

comportamiento de la infancia, intentando “ser buena”, “no causar problemas”. Uno de los casos en que me di cuenta de cómo de absurda era mi situación fue cuando un día le pedí permiso a una oficiala para usar el teléfono público más de tres minutos (tiempo máximo de las llamadas diarias de las presas) y me lo dio porque “era una buena soldada”. Admito que no me lo tomé como un halago...

Si la experiencia carcelaria fue dura para mí, no tengo duda alguna de que para quienes fueron condenadas a cárcel por haberse visto envueltas en problemas personales (en lugar de por libre elección) esta experiencia debió de ser mucho más dura y destructiva. Problemas alimentarios, uso abusivo de drogas, acoso y violación, son algunos de los ejemplos de las experiencias de muchas de las presas. La pérdida de control, quedar cortadas del mundo exterior, la soledad, los olores, y los otros elementos de la vida en la cárcel, obviamente intensifican esas experiencias tan duras.

Las oficialas, debemos recordar, son chicas de la misma edad que las presas, y se supone que deben controlar y supervisar a las presas y todas sus actividades. Como no se las entrena para eso, no me cabe la menor duda de que no saben cómo lidiar con los diferentes problemas que sufren las presas, y tampoco me cabe la menor duda de que a algunas esa experiencia les ha hecho daño también. La obligación que tienen de actuar de maneras controladoras y opresivas en una situación tan absurda y deprimente, en las que se las obliga a oprimir a quienes lo están pasando muy mal, suscita preguntas que no son fáciles de resolver.

Pasar tiempo en la cárcel fue sin duda muy deprimente y no se lo recomiendo a nadie. En el movimiento de resistencia al ejército en Israel, a las personas que hacen objeción de conciencia se las envía repetidamente a la cárcel: varias semanas por negarse a alistarse, y cuando termina el primer periodo de cárcel, si persisten en su negativa, se las vuelve a enviar a la cárcel, una y otra vez, hasta que una de las partes cede: o bien la persona que objeta (normalmente decidiendo solicitar la exención por razones mentales) o bien el Ejército (normalmente considerándole persona No Apta para el servicio militar, no objetor u objetora de conciencia).

La elección de ir a la cárcel realizada por algunas de las personas objetoras es a veces vista como un acto casi heroico en el movimiento de objeción al servicio militar. Puedes sentir el aprecio que suscita tu determinación y disposición a renunciar a tu libertad y poner en peligro tu estado mental, que es lo que pasa cuando estás en la cárcel.

Durante mi tiempo allí, comprendí los problemas que plantea el encarcelamiento reiterado. No eres vista como una “combatiente heroica” dispuesta a sacrificar la vida y la salud mental por el servicio militar y la lucha, pero sí como una “objetora heroica”, dispuesta a “sacrificarse” yendo a la cárcel por sus creencias. En mi opinión así se reproduce justamente el patrón militarista

de comportamiento que yo me niego a reproducir. Sin duda, en ocasiones caes en una trampa, porque por ejemplo si quieres darle voz a tu opinión (una objeción ideológica al servicio militar) en los medios de comunicación se espera que lo narres como un acto “heroico”: no te has “sacrificado en la guerra” pero al menos has “sacrificado” tu salud mental en la cárcel.

Claro que sólo me di cuenta de esto después de la experiencia de pasar por la cárcel, de comprobar lo que implicaba, en el nivel más emocional. Fue cuando decidí que no quería cooperar con la imagen de “objetora heroica”. Al mismo tiempo, los procesos por los que pasé durante el periodo de mis encuentros finales con el Ejército me hicieron comprender que no necesitaba el sello de aprobación de éste para sentirme segura con mis creencias y mis razones para la objeción. Así pues, decidí no insistir en luchar por la exención como objetora de conciencia.

Al final de todo, después de ser puesta en libertad, y después de mi apelación, asistida por mi abogada, me concedieron el dudoso derecho de presentarme ante el Comité de Conciencia. La reunión con este órgano fue una experiencia absurda en sí misma. Unos días después, me otorgaron la exención como “No Apta para el servicio militar”, explicándose que la razón de “feminismo” no justificaba la exención como objetora de conciencia.

Una de las manipulaciones ridículas a las que me sometió el Comité de Conciencia fue intentar hacerme pensar que mi negativa a hacer el servicio militar era optar por “ser pasiva” frente a la opción de ser “activa” aportando un trabajo a favor del cambio “desde dentro”. De alguna manera, no me queda claro cómo unirme a la organización más masculina y chovinista del país vaya a poder generar acción feminista. Es cierto que en los estudios, en muchos lugares de trabajo y en la calle, también existe un ambiente de jerarquía, fuerza o patriarcado, pero sólo en el Ejército se da la combinación de tantos elementos opresivos juntos y de un modo tan extremo, y sólo allí estos elementos son vitales para la esencia de la organización. Un ejército no jerárquico, no agresivo o no violento no sería un ejército; así pues, no me queda claro lo que significa “hacer un cambio desde dentro” (para mí en el Ejército). El chovinismo masculino existe en todos lados, cierto, pero no es un fundamento en todos lados.

El ejército, a diferencia de otros lugares con ambiente agresivo, necesita los valores masculinos chovinistas y machista-misóginos para poder existir. Sin la adoración de la masculinidad combatiente, la gente empezaría a perder interés en las unidades de combate, que son la esencia del Ejército. Sin la represión de las emociones y la admiración de la superioridad y la capacidad de agresión, la gente tendría que desarrollar más compasión, humanidad y demás características que les incapacitarían para poder tirar bombas en el corazón de una zona de población civil densamente poblada, pegarle un tiro a la persona que tienen

delante, humillar a familias enteras en el día a día, aceptar el riesgo de morir en cualquier momento, y otras materias militares rutinarias.

Otro argumento que escuché a raíz de mi negativa fue que el Ejército, al fin y al cabo, era una organización encargada de cuestiones de vida y muerte, y que éstas siempre serán más importantes que otros temas sociales, por muy dolorosos que éstos sean. Sin siquiera entrar en la discusión de si las actividades del Ejército salvan vidas o causan más muertes, creo que este argumento se encuentra basado en una perspectiva un tanto problemática para empezar.

No me cabe la menor duda de que en Israel en nombre de la palabra mágica “seguridad” se tiende a convertir el Ejército israelí en una vaca sagrada, por lo que, cualquier discurso social puede ser silenciado. Después de la Segunda Guerra del Líbano, el centro de ayuda a mujeres violadas recibió muchas llamadas de mujeres que habían sido atacadas en los refugios antibombas; en su intento de escapar a la habitual amenaza a la seguridad, se encontraron expuestas, sin protección, a una amenaza a su seguridad que no era menos dolorosa... No recuerdo haber oído que el gobierno o la sociedad estuvieran ofreciendo recursos para ayudar a las supervivientes de este gravísimo daño. No podemos ignorar tampoco a las mujeres asesinadas en Israel en los últimos años por maridos y familiares celosos, en ocasiones con armas que pertenecen a las fuerzas de “seguridad” o a empresas de seguridad. Las características del asesinato por razones de celos son bastante familiares para todo el mundo, y crean un ambiente de terror que no es menor que el terror que provoca una amenaza de seguridad “externa”. En cualquier caso, el asesinato en la familia o en la pareja se considera una cuestión “social” de importancia secundaria, no una cuestión en la que es necesario invertir todos nuestros recursos sociales, a pesar del hecho de que es un tema de vida o muerte, como lo son los conflictos armados entre diferentes grupos nacionales.

En mi acto de resistencia y en mi vida en general, he intentado cambiar las cosas desde dentro. No cambiar el Ejército desde dentro, sino influir, desde dentro de la sociedad en que vivo. Me gustaría vivir en una sociedad más sana, menos militarista, más igualitaria y respetuosa, y menos violenta y opresora. No creo que mi propio acto de resistencia por sí solo pueda generar todo eso, pero estoy contenta por haber tenido la fortaleza de unirme a un movimiento de personas dispuestas a plantear ciertas preguntas.

Un agradecimiento a Tal Hayoun por la traducción del hebreo al inglés.

Notas

- [1] Sason-Levy, Orna 2003 “Feminism and military gender practices: Israeli Women Soldiers in ‘Masculine’ Roles” (Feminismo y prácticas de género en el Ejército: las soldadas israelíes en papeles ‘masculinos’) *The Sociological Inquiry*, vol. 73, nº. 3, pp. 440-465.

- [2] Firestone, Juanita M., y Harris, Richard J., "Sexual Harassment in the U.S. Military: Individualized and Environmental Contexts" (Acoso y violación en el ejército estadounidense: contextos particulares y sociales), *Armed Forces & Society*, vol. 21, n.º. 1, otoño 1994
- [3] Schmeidl, S. y E Piza-Lopez (2002). *Gender and Conflict Early Warning: A Framework for Action* (Aviso temprano sobre género y conflicto: un marco para la acción). International Alert y Swiss Peace Foundation.

Mujeres de Eritrea: en un cruce de fuegos entre la conscripción y que se las niegue ser objetoras de conciencia

Eritrea está en el Cuerno de África, y se independizó de Etiopía después de treinta años de una amarga, sangrienta y costosísima lucha armada. La guerra de Independencia empezó en 1961 y la independencia se consiguió formalmente el 24 de mayo de 1993, tras un referéndum supervisado por las Naciones Unidas en el que una aplastante mayoría votó a favor.

Eritrea es uno de los dos únicos países del mundo que reclutan a las mujeres. El gobierno ha militarizado el país por completo. El reclutamiento forzoso de jóvenes, niños, niñas y personas adultas menores de 50 años es diario. Desde el momento en que ingresan en el Ejército, les tratan con brutalidad, y hay pruebas de que violan a las niñas y a las mujeres. Nadie tiene derecho a cuestionar a las autoridades militares. Nadie tiene derecho a la objeción de conciencia. A las personas que se declaran objetoras, el régimen las considera cobardes y antipatriotas. No existe forma de defenderse en el ámbito legal, ni un servicio civil alternativo. Quien se declara objetor u objetora y quien deserta sufre tortura, penas de cárcel larguísima e incluso condena a muerte.

El número de objetoras y objetores sobrevenidos (que declaran su objeción ya estando en el Ejército) aumentó después de la guerra de Fronteras con Etiopía (1998-2000). En la actualidad, son miles las personas que quieren objetar. Tienen que exiliarse. Un número considerable está buscando asilo político en Europa, especialmente en Alemania, y en Libia, Etiopía, Egipto, Israel y Sudán. En Alemania, la población refugiada eritrea ha fundado la Iniciativa Antimilitarista de Eritrea, que ofrece apoyo a otras personas refugiadas y trabaja para promover la paz y el antimilitarismo en Eritrea.

Debido al número abrumador de violaciones de derechos humanos de las mujeres a manos del ejército, el número de mujeres que intenta abandonar el país es alto. Ruta Yosef-Tudla y Bisrat Habt Micael son dos jóvenes lo bastante valientes como para contarnos sus experiencias. Ruta es pacifista, y salió del país antes de que la reclutaran. Bisrat nos habla de sus vivencias en el Servicio Nacional obligatorio antes de lograr escapar. En la actualidad, ambas viven en Alemania.

No existe ninguna organización de derechos humanos que organice campañas contra los abusos que sufren las personas reclutadas. La Asociación de Mujeres Eritreas trabaja para el régimen y muestra poca interés por (o bien no se las permite investigar) las violaciones y demás abusos que cometen los militares.

Se cree que una de cada cuatro combatientes del Ejército es mujer. Según la

Proclamación del Servicio Nacional, que obliga a las mujeres a hacer el servicio militar y emitida por el actual gobierno en 1994, todas las mujeres mayores de 18 años deben recibir formación militar durante seis meses para servir después un año en la Reconstrucción Nacional. Después de la Proclamación, la oposición a la participación de las mujeres vino en especial de las comunidades musulmanas y fue de carácter religioso. Según informes, en las tierras bajas, donde la concentración de población musulmana es elevada, el gobierno no muestra el mismo celo a la hora de cumplir con la Proclamación que en las tierras altas.

Después de la guerra de Fronteras con Etiopía, no se ha cumplido con la sección de la Proclamación que limita la duración del servicio a 18 meses. El grupo más afectado ha sido el de las mujeres: les han ampliado el servicio de manera ilimitada.

En los últimos años, el campo de entrenamiento de Sawa se ha convertido en el cuartel general para el Servicio Nacional Universal. Todas y todos los estudiantes de secundaria son obligados a hacer su último año de estudios, el curso 12, en Sawa; ninguno ha vuelto para continuar estudiando después de realizar el Servicio Nacional. Sólo un grupo pequeño ha sido transferido a facultades nuevas semimilitares, como la de Mai NefHi, abiertas después de que la Universidad de Asmara, la única en Eritrea, fuera cerrada por el gobierno. Los rectores de las nuevas universidades son militares.

Hasta la guerra de Independencia, en Eritrea, la sociedad era muy tradicional y patriarcal, pero las cosas han ido cambiando en los últimos años, especialmente en las ciudades. Legal y teóricamente las mujeres son iguales a los hombres. En general, todo el mundo tiene derecho a la educación. Las mujeres que han estudiado tienen mejor estatus en la sociedad: disfrutan de igualdad de oportunidades en el ámbito laboral; en las ciudades pueden tomar decisiones sobre su propia vida respecto a casarse y similares; y pueden participar en política y en campos tradicionalmente exclusivos de los hombres. Sin embargo, la dominación masculina ha sido muy prolongada, por lo que su participación plena y el que la sociedad proteja su nuevo estatus no se encuentran más que en sus comienzos.

Tanto las zonas cristianas de las tierras altas como las zonas musulmanas de las tierras bajas son conservadoras en sus actitudes para con las mujeres. El padre o el hijo mayor es el jefe de la casa. Si éstos no están, los tíos o familiares hombres tienen el poder sobre las mujeres y las niñas. Las mujeres se ocupan de lo doméstico, como del cuidado de las niñas y los niños y de llevar la casa. Los hombres son los que toman las decisiones de toda la vida social y económica de la familia, incluido con quién van a casar a sus hijas. Hasta hace muy poco, los hombres eran los únicos que participaban en política en los poblados. Sólo los hombres podían ser jueces, funcionarios y similares. Sólo los hombres podían ser Ancianos, del Consejo que arbitra y media en los conflictos en las aldeas.

El proceso de armar a las mujeres de Eritrea empezó durante la lucha por la Independencia: tanto el Frente de Liberación Popular de Eritrea (FLPE) como el Frente de Liberación de Eritrea (FLE) lo apoyaron. El FLPE en concreto lo presentó como parte de su lucha por la igualdad de las mujeres.

Lograda la Independencia, las mujeres pasaron a tener un estatus oficial en el Servicio Nacional. Algunas y algunos académicos explican que la participación de las mujeres durante la guerra de la Independencia contribuyó a romper la dominación de los hombres: su estatus mejoró de hecho porque accedieron al poder político. Se nombraron ministras y otros cargos importantes. La primera Constitución, de 1997, estableció la igualdad. El documento reservaba el 30% de los escaños parlamentarios para ellas, a lo que se podrían sumar los que se hubieran ganado en las elecciones. Sin embargo, la posición de las mujeres ajenas a este ámbito no cambió, y conservó sus elementos más duros, en especial, para las que eran reclutadas para el Servicio Nacional.

Después de la Independencia, el FLPE estableció de inmediato un gobierno de transición con miembros suyos en todos los puestos administrativos y lugares claves. En su Tercer Congreso de 1994, el partido cambió el nombre a Frente Popular por la Democracia y la Justicia (FPDJ). Sin embargo, el régimen no era democrático y sí era injusto, además de inconstitucional. En septiembre del 2001, el FPDJ aplastó a toda la oposición, ignorando la Constitución ratificada en 1997.

En la actualidad, el FPDJ ejerce una brutal dictadura y es el único órgano que hace leyes. A la población se le niegan derechos humanos y civiles básicos; todas las protestas terminan en detenciones arbitrarias, cárcel y tortura. Para todas las personas del país que imaginaron una nueva nación de paz, estabilidad y prosperidad, el nivel alcanzado por las guerras, la corrupción y el abuso de poder que siguió a la Independencia les parece inconcebible. La Eritrea de hoy es un país donde la pobreza y la opresión lo dominan todo. No existe prensa ni televisión independientes y todas las fuentes de información son propaganda del gobierno.

Aquí presentamos las historias de Ruta y Bisrat en sus propias palabras, los textos han sido revisados para incluirlos aquí.

Introducción de Ellen Elster y Abraham G. Mehreteab. Una versión distinta de esta introducción apareció en El fusil roto, nº 68, noviembre 2005.

Ruta Yosef-Tudla: "Me opongo por principios a la guerra"

Nací el 27 de noviembre de 1987 en Asmara, y tengo cuatro hermanos. Mi madre murió en 1996 y aquel mismo año, a mi padre lo detuvieron y encarcelaron sin dar ningún tipo de explicación. Después de que muriera mi madre, se encargó de nosotras mi abuela por parte de madre, y yo tenía que ayudarla. Cuando ella también murió, en 2001, se hizo cargo de nosotras mi abuela paterna (es de un poblado) y también tuve que ayudarla, por eso dejé de ir a la escuela. En 2003 dejé la escuela del todo.

En Eritrea me fue muy mal. En la escuela nos daban formación militar dos veces a la semana, dos o tres horas. A veces hacíamos marchas muy largas, otras el entrenamiento era en la escuela. A las chicas nos llevaban a Gahtelay, donde hace muchísimo calor y podías morir de sed. Dos de mis compañeras del colegio murieron allí.

Casi todas las estudiantes, sobre todo durante la guerra, eran reclutadas sin escapatoria y las llevaban a Sawa y al frente. Unas morían en combate, otras quedaban heridas y ahora tienen discapacidades; otras volvían y lograban terminar sus estudios.

El 24 de mayo es el Día de la Liberación. Todo el mundo lo celebra. En la tele salen adolescentes celebrándola, en desfiles y haciendo ejercicios todas y todos al mismo tiempo. Tres meses antes de la celebración, se va recogiendo a estas personas en las escuelas. Si alguien hace algo mal le pegan una paliza. Una vez, hasta los padres y las madres protestaron: se negaron a que sus hijas e hijos fueran a la escuela. Las madres, muy valientes, organizaron una manifestación, aunque estaba prohibido. Dijeron: "Se interrumpe la educación de nuestras hijas. Eso hará que se las vea mal en la sociedad. Por eso, es necesario que continúen en la escuela, que las dejen volver a estudiar. Si tienen que ir a algún tipo de formación [militar], que sea de manera voluntaria." Por esta manifestación, se consideró a las madres opositoras a la Independencia. A unas las detuvieron. No hay libertad de expresión. Tampoco hay libertad religiosa. Para las mujeres, la situación es especialmente difícil. A algunas se las llevaron a la fuerza a Sawa, donde recibirían un entrenamiento básico. Allí las trataron como a esclavas y también las violaron. Las cristianas quedaban embarazadas de los musulmanes y al revés. A algunas las repudiaron sus familias. Era horrible soportar esto para las mujeres, por eso algunas se suicidaron, otras se practicaron un aborto, y algunas se volvieron locas.

Quienes viven en Eritrea sin problemas son de familias de gente importante o con mucho dinero. Las hijas y los hijos de los gobernantes, de los generales, de los funcionarios y demás no son reclutadas. El resto de la gente se ve obligada a

morir en la guerra. A mi modo de ver, eso no está bien. Todo esto me ha minado mi fuerza y me ha dado mucho miedo.

Como yo había dejado de ir a la escuela (por ayudar en casa), no me iban a dejar volver, me enviarían al Servicio Nacional. A algunas adolescentes las reclutaban a la fuerza en la calle. Así que iba a llegar el día en que me llevaran a mí también.

Yo tenía muy claro que no quería ir al Ejército por varias razones. Una es que mi corazón es sensible, es mi naturaleza. Además, recibí educación religiosa, y sería pecado para mí participar en una guerra. Es más, yo me opongo por principios a la guerra. No sé por qué se hacen las guerras. ¿Quién muere y quién se salva? Los gobernantes, los miembros de sus familias y sus hijas e hijos están a salvo. El resto debe morir. ¿Existe alguna guerra con sentido? La guerra asesina a las personas y genera pobreza. Las niñas y los niños sufren.

Otra razón es que se llevaron a dos hermanas mías a la guerra y nunca volvimos a saber de ellas. Otra razón era que a mi padre lo detuvieron sin dar ninguna explicación. Se lo llevaron cuando no estábamos en casa. Después los soldados volvieron para registrar la casa. Yo les pregunté: “¿Por qué le habéis detenido? ¿Dónde está?” y en lugar de contestarme me dieron una paliza. Y seguimos sin conocer el paradero de nuestro padre.

Así que yo estaba en una posición muy difícil porque podían reclutarme en cualquier momento. Un amigo de mi padre me prometió que me iba a ayudar a salir del país. Pude irme con él a Sudán en 2003. No me quedé allí mucho tiempo, un mes o dos.

No me siento bien desde que llegué a Alemania. Vivo en un pequeño pueblo, Seeheim-Jugenheim, cerca de Darmstadt. Tengo problemas con la Oficina de Asuntos Sociales. No me permiten ir a visitar a mis amistades o a mi familia. Solicité que me trasladaran a otro alojamiento, y les pareció bien que pudiera vivir con familiares, pero al final rechazaron mi solicitud. Ahora, a menudo no estoy en el campamento. Así que me han reducido varias veces los servicios sociales.

Ruta Yosef-Tedla fue entrevistada el 2 de junio del 2004. Traducción al inglés de Axel Heinemann. La versión alemana fue publicada en: Connection e.V. (editor) Offenbach, Germany: “Eritrea: Kriegsdienstverweigerung und Desertion”, noviembre 2004.

Bisrat Habte Micael: “Estoy más que harta de la guerra”

Nací el 10 de enero de 1981 en Asmara. Terminé el curso 11, hice mis exámenes finales. Sólo tenía 15 años. Nos dijeron que nos darían las notas cuando hubiéramos hecho la Formación Básica con el Servicio Nacional. Por eso tuve que hacer el servicio militar a los 15 años. Deseaba que mis notas fueran buenas para así poder marcharme de allí, después de la Formación Básica, y seguir con mis estudios. Así pues, en 1996 fui reclutada por el Servicio Nacional en su quinta ronda de reclutamiento y me llevaron a Sawa a hacer aquel entrenamiento.

El tiempo que pasé en Sawa fue duro. Era la época de las lluvias y las instalaciones de Sawa estaban en muy malas condiciones entonces. Muchas enfermaron, de hepatitis. A menudo cogíamos hipo; lo llamamos lewti. Aunque estuviéramos enfermas nos obligaban a formar cuando pasaban lista. Tenías que estar gravemente enferma para que el Servicio Nacional te concediera unos días. Nos obligaban a participar en ejercicios militares hasta la extenuación. No les importaba si sobrevivías o te morías. Sin embargo, a las familias de los altos mandos les trataban diferente. Les otorgaban la exención del servicio militar incluso sin enfermedad.

A muchas chicas las violaban. Había chicas que sobrevivían a la situación tomando ellas la iniciativa de insinuarse a oficiales para que así no las violaran. Los oficiales eran todos hombres. Las chicas que no se dejaban, las que les rechazaban, eran enviadas a los peores trabajos, o al frente. Las chicas que habían sido violadas y les rechazaban eran enviadas al frente. Las chicas que eran agradables eran tratadas bien. A menudo quedaban embarazadas, sin quererlo.

Después de seis meses de Formación Básica llegué a la división 381. Al principio se suponía que iba a trabajar de secretaria, pero después me enviaron al frente. Esto me sorprendió. Había asumido que haría un total de 18 meses de servicio militar. Quitando las vacaciones, esto habría sido 8 meses más después del fin de la Formación Básica, es el tiempo que suelen hacer los soldados. También había solicitado vacaciones, pero mi superior no quería que me las tomara. Quería que cocinara para él y que fuera su muñequita. Me negué.

Las chicas que se negaban a jugar a ama de casa tenía que hacer guardias nocturnas de 3 o 4 horas como castigo. También castigaban a los jóvenes que las ayudaban; les castigaban a estar firmes bajo el sol durante un día entero. A las chicas que jugaban al juego, las trataban mejor. Les daban una habitación mejor, una cama bonita, y vacaciones cada mes para visitar a su familia. Pero no había muchas que lo hicieran. La mayoría se negaba. Siempre pensábamos que cuando terminara el servicio militar podríamos volver a casa.

Después de los 18 meses en eso, tuvimos que hacer dos meses más. Y entonces empezó la guerra. Es difícil describirlo... Fue horrible. Por ejemplo, cinco o seis jóvenes soldados murieron y los dejaron en el campo. Cuando la unidad se retiró del frente para un descanso, algunas personas salieron corriendo a ver a sus familias, sin autorización. Cuando volvieron, su unidad ya habían partido al frente, pero las hicieron ir al frente solas como castigo. A otros incluso los ejecutaron.

Yo estoy más que harta de la guerra. Dije que estaba enferma, aunque eso significaba que tendría que quedarme allí, no irme a casa. Después de insistir con peticiones y quejas, conseguí cinco días de vacaciones, pero me ausenté 10. Entonces me asusté muchísimo. Volví. De castigo, tuve que cargar un contenedor grande de agua arriba y abajo de una colina durante una semana.

En mayo de 1999 el comandante de la unidad intentó violarme. Yo grité y otras personas corrieron a ayudarme. Impidieron que pasara. Pedí que le castigaran, pero él era el encargado de informar sobre mi queja a sus superiores. No le castigaron. Después mi superior me presionó y contó mentiras sobre mí, porque yo seguía sin ceder a sus exigencias. Por ejemplo, me acusó de robar dinero, aunque él no dejaba dinero por ningún sitio. Informó sobre sus acusaciones a sus superiores para que me castigaran. Era insufrible. Así que me fui con mi familia, a Asmara.

Después de un mes, me detuvieron, y me llevaron al cuartel de policía de Gegeret. Después de aquello, me enviaron a Adiabeto. Yo pedía una y otra vez: “Quiero que me lleven a mi unidad. Si me van a castigar, quiero que me castiguen allí”. Después de varias semanas, conseguí escapar de la cárcel de Adiabeto y fui a Adisegdo. Conseguí quedarme allí más de un año, escondiéndome todo el tiempo. Como no había vuelto, las autoridades presionaron a mi padre, y finalmente lo detuvieron. Con la ayuda de sus amigos, conseguí escapar a Sudán. Estuve allí una semana para preparar el resto de mi vuelo.

En Sudán también tenía miedo de que me detuvieran. El presidente de Eritrea, Afewerki, había dado la orden de que detuvieran a las y los desertores y los trajeran de vuelta a Eritrea. El gobierno de Eritrea exigía que los jóvenes que hubieran huido a Sudán fueran devueltos y a veces el gobierno sudanés lo hacía, los deportaba. En Eritrea, les pegaban un tiro, o simplemente desaparecían. Además, el Servicio Secreto de Eritrea opera en Sudán y a veces secuestra a mensajeros secretos de Eritrea, y también soldados y soldadas de a pie. A esto hay que añadir la corrupción de los soldados sudaneses, por ejemplo en Kessela. Debido a los conflictos entre Sudán y Eritrea, no les importa lo que les pase a las y los desertores. Detienen a quienes no les dan dinero y les dejan en la frontera. Las desertoras y los desertores ni siquiera pueden esperar ayuda de las Naciones Unidas.

En Sudán me quedé un mes con un familiar en Khartoum. Con su ayuda y la ayuda de los que se ganan la vida ayudando a la gente a cruzar fronteras conseguí llegar a Alemania.

Aquí en Alemania estoy bien. He encontrado mi descanso. Mi solicitud de asilo, sin embargo, ha sido rechazada por las autoridades. Estoy recurriendo la decisión pero no tengo muchas esperanzas. No sé cómo está mi familia, y estoy muy muy preocupada. No puedo escribirles ni llamarles, porque probablemente les vigilan. Tengo miedo de que las autoridades averigüen que mi familia me ayudó a escapar. No sé nada de mi padre. No sé si sigue vivo. A mis hermanas las ha reclutado el Servicio Nacional. Mi madre está sola. No sé cómo pueden soportarlo.

Bisrat Habte Micael fue entrevistada el 28 de mayo de 2004.

Traducción del tigrí al alemán de Yonas Bahta y Abraham Gebreyesus.
Traducción del alemán al inglés por Andreas Speck.

Fuente: Connection e.V./Eritreische Antimilitaristische Initiative: Dokumentation: "Eritrea: Kriegsdienstverweigerung und Desertion".

Mujeres de Estados Unidos resistentes a la guerra del Golfo, de Afganistán y de Irak

En Estados Unidos el ejército se profesionalizó en 1973, por lo que en la actualidad se compone de personal voluntario. Existe un sistema sólidamente diseñado para captar a gente joven; la financiación anual para los programas de reclutamiento y retención pasó a ser más del doble del 2003, con \$3.400 millones, al 2007, con \$7.7000 millones. Hoy en día, las mujeres constituyen el 15% de las fuerzas, casi medio millón de los tres millones de militares en las fuerzas armadas combinadas. De los efectivos desplegados en Irak y Afganistán, el 11% son mujeres [1]. Aunque ellas no pueden ocupar “posiciones combatientes” (política empleada por el Ejército para reclutar a las mujeres), la realidad es que cualquier puesto ocupado en guerras como las de Irak y Afganistán es un puesto combatiente.

Existen numerosas razones por las que las mujeres ingresan en el Ejército. Stephanie Atkinson y Tina Garnanez, aunque se enlistaron con casi 20 años de diferencia, explican que venían de familias pobres con escasas oportunidades, y que no sabían qué iban a hacer en su vida adulta. Jóvenes en situaciones así son un blanco fácil para los grupos de captación militar. Anita Cole y Diedra Cobb, que habían pasado por la universidad antes de ingresar en las Fuerzas Armadas, nos cuentan que pensaban que así servirían a su país “sacrificándose por el bien común”, tema que utiliza el Ejército en sus campañas publicitarias. Cada una de estas mujeres se enfrentó a una difícil decisión a medida que crecía su oposición a la guerra. La declaración de Katherine Jashinski refleja lo que todas decidieron: “No comprometeré mis creencias por ninguna razón”. Todas pagaron un precio por sus acciones.

A Stephanie Atkinson y a Diedra Cobb se les pidió un artículo para esta antología, y les fue doloroso escribirlo. Stephanie manifiesta: “Me cuesta una verdadera lucha contra lo que me pasó”. “A veces no sé si quiero visitar esta historia”, escribe Diedra. Para ella, incluye mencionar que la violaron en unos barracones. La violación es una amenaza muy real para las mujeres que sirven en el Ejército: documentos gubernamentales demuestran que casi un tercio de las mujeres militares son violadas. Las dos tienen muy claro lo difícil que es cuestionar el Ejército estando en él. Como cuenta Stephanie, “Fue años después de mi resistencia cuando empecé a educarme para poder entender racionalmente lo que me había generado tanto malestar”. Menciona los escritos de Cynthia Enloe como buena fuente de información sobre nacionalismo y masculinidad desde una perspectiva feminista. La invitamos a escribir sobre esto, pero nos dijo que ése sería otro capítulo que no podría escribir para la presente antología. No obstante, sí habla ahora lo que llama “la Cultura hipermasculinizada Militar”. El mensaje que le envían a las mujeres militares, nos explica, es: “Os permitimos

estar aquí pero nunca seréis como nosotros”. Existe un tipo de feminidad que no amenaza a esta cultura, pero no todas las mujeres encajan en él.

En agosto del 2008, el informe del Observatorio del Congreso (Government Accountability Office) recogió que los altos cargos y los comandantes habían obstaculizado (al no apoyar) los pasos para combatir la violencia “sexual” dentro del ejército: “Las cifras más recientes del Pentágono reflejan que casi 3.000 mujeres sufrieron agresiones “sexuales” (violación) en el año fiscal 2008, un 9% más que el año anterior; y que entre las mujeres sirviendo en Irak y Afganistán, la cifra asciende un 25%. Cuando contemplamos el universo entero de las víctimas, casi un tercio manifiestan haber sido violadas o acosadas en servicio, el doble de lo que ocurre entre civiles. [2]

Jessica (prefiere que no utilicemos su apellido) es una de las mujeres que pasó por una experiencia así y que no ha podido escribir sobre ella, aunque lo ha intentado. Contó su historia por primera vez en público en un acto para gays y lesbianas que habían sido víctimas de la violencia. La mayoría de las historias contadas aquella noche eran sobre terceras personas, pues no habían sobrevivido a la tortura homófoba a la que habían sido sometidas. Pero Jessica contó su propia historia. Cuando estuvo en el Ejército, un día fue a un bar gay, y al salir a tomar el aire, los sargentos que la conocían del cuartel la secuestraron y la violaron, estrangulándola y abandonándola porque la dieron por muerta. Unas estudiantes de secundaria que trabajan para evitar la captación militar en sus institutos, le pidieron a Jessica que diera una charla en su grupo, YouthPeace (JóvenesPaz), y lo hizo.

Jessica ingresó en el Ejército a los veintipocos. Antes había trabajado como entrenadora personal en fitness. Físicamente estaba fuerte, y eso les parecía amenazante a los militares hombre. El acoso lo sufrió desde el primer entrenamiento. Habló de cómo consiguió sobrevivir a las violaciones y al estrangulamiento, de cómo le robaron documentos del caso, de cómo la hicieron volver a empezar desde cero en los entrenamientos después de trasladarla a otra base. Jessica sufría Trastorno del Estrés Post Traumático, pero en el Ejército no se le prestó asistencia médica para tratarlo. Eligieron a Jessica, contó Stephanie, porque no se ajustaba al “nivel de feminidad” que exige la “Cultura hipermasculinizada Militar”. Después de un año entero de horribles abusos, Jessica pudo abandonar el Ejército con dinero suficiente para ir a la facultad y recibir atención médica. Sin embargo, hasta el momento, le ha sido demasiado doloroso escribir su historia. Espera poder hacerlo algún día, pero necesita más tiempo para recuperarse.

En esta sección de la antología podréis leer a mujeres que se enlistaron en el Ejército estadounidense a lo largo de un periodo de veinte años, desde las militares que fueron enviadas a la Guerra del Golfo, a las que sirvieron en Irak y Afganistán. Hablan de sus evoluciones en los primeros entrenamientos, influidas

por lo que iban leyendo, por lo que aprendían del papel de Estados Unidos en el mundo, por el hecho de recibir un arma, y enfrentarse finalmente a la realidad de la guerra y el hecho de matar. Aunque cada una tiene una historia personal propia sobre cómo fue que decidió oponerse a la guerra, y a abandonar el Ejército, sus vivencias son de hecho compartidas por muchas otras mujeres cuyas historias no han sido contadas jamás.

Introducción de Joanne Sheehan, Liga de Resistentes a la Guerra (WRL)

Notas

- [1] Budget figures: The Washington Post, May 11, 2009. Todas las cifras sobre el Ejército son del Departamento de Defensa de EEUU, 2009
- [2] The War Within (La guerra de dentro), de Nancy Gibbs, Time Magazine, 8 de marzo, 2010

Orgullosa de ser desertora

Por Stephanie Atkinson

No soy objetora de conciencia. No soy alguien que haya tenido que defender sus creencias de negarse a participar en la guerra. Soy alguien que cuando fue llamada a filas para participar en una guerra que consideraba injustificable por muchas razones, se negó a hacerlo. Me convertí en una desertora del Ejército estadounidense por mi oposición a la Operación Tormenta del Desierto. Soy sólo una más en un largo historial de resistentes a la guerra, pero estoy orgullosa de aquella decisión, de haberme negado a participar en aquella guerra.

Si el Ejército estadounidense acepta otorgarte el estatus de objetora de conciencia, sales del Ejército honrosamente. Esto ocurre, no obstante, después de un proceso militar largo y muy difícil, en el que las objetoras y los objetores tienen que defender su proceder, que suele ser coherente con una oposición a la guerra por motivos religiosos o morales.

Yo me defino como resistente a la guerra por muchas razones pero nunca he presentado una solicitud para el reconocimiento del estatus de objetora. Además, si lo hubiera hecho, creo que no habría podido defender mi oposición a la guerra ante el Tribunal Examinador. Mis razones fueron sobre todo políticas, y en cualquier caso, indefinidas. En lugar como objetora, me veo más bien como una persona orgullosa de haber desertado. Pienso que hay mucha gente como yo, quizá no sientan este orgullo que yo siento, pero han desertado o han hecho el Ausente Sin Permiso (AWOL, en inglés); personas que quizá no sepan explicar bien por qué, pero que han acumulado una serie de experiencias y de sentimientos que las han llevado a sentir que “algo no va bien”. Pero me cuesta mucho contar la historia de mi experiencia. No tengo, por ejemplo, el sentimiento de haber hecho algo noble por haberme opuesto a ir a guerra por profundas convicciones religiosas. De hecho, no soy creyente. Cuando me opuse a ir a la guerra, no disponía de ninguna argumentación, ni elocuente ni sólidamente razonada, ni basada en datos ni en un análisis político. (Esta educación me vino más tarde, y me sirvió para validar y darle una fundamentación a mis sentimientos.) Pero sí tenía sentimientos y experiencias que me decían que estaría mal participar en la primera guerra del Golfo. No me conmovían los discursos patrióticos y sobre la lealtad. Pasar a estar Ausente Sin Permiso no me supuso un dilema moral o amoral que requiriera justificación religiosa o moral. No sentía la presión de si “mi país tenía razón o no”. De hecho, sentía lo contrario: “Esto está mal, por muchas razones, y no lo voy a hacer. Personas de los dos bandos morirán, se dilapidarán recursos y dinero, y nada de esto ayudará a conseguir nada para mejorar las condiciones de nadie”.

Cómo fue que ingresé en el Ejército estadounidense

Me alisté en las reservas del Ejército estadounidense a los 17 años, en septiembre de 1984, con la autorización de mi madre. Lo decidí de repente, sin pensarlo mucho. No tenía esos planes; no tenía planes de ningún tipo. Aunque en el instituto había sacado matrícula de honor, no había recibido mucha orientación de nadie. A eso hay que sumar que mi vida en casa estaba llena de problemas emocionales y económicos. En mi último año de secundaria, empecé a preparar mi marcha, con unas ideas vagas sobre mi futuro. Había abandonado todas las actividades extracurriculares y me había buscado empleos a tiempo parcial, sólo iba al instituto la mitad del día. Lo que más ansiaba era independizarme, poder mantenerme económicamente, y empezar mi vida.

Me crié en un pueblo. Hay muchas comunidades como la mía: agraria y obrera, política y religiosamente conservadoras y con oportunidades económicas limitadas. (Más tarde, cuando conocí a otras personas resistentes, me di cuenta de que muchas compartíamos circunstancias similares, procedíamos de la periferia industrial, de pueblos o de barrios pobres en el centro de las ciudades. Muchas veníamos de familias monoparentales obreras. Y lo normal era que no supiéramos qué queríamos ser o a qué nos queríamos dedicar. Aunque en realidad, ¿quién lo sabe a los 17, 18, o 21?) Estas comunidades son ideales para la captación militar. Para las personas adultas jóvenes que no saben qué van a hacer ni cómo empezar sus vidas, el Ejército aparece como una oportunidad real de acceder a estudios superiores, conseguir un empleo fijo, independencia económica, la oportunidad de viajar... Vivir experiencias que jamás vivirían si continuaran en sus comunidades. Con mis buenas notas, mis ganas y mi ingenuidad, con mi voraz deseo de irme de casa, yo era una candidata ideal.

Acompañé a mi madre y a mi padrastro (que quería alistarse en la Marina) a una oficina de reclutamiento, y fue fácil captarme: yo había hecho el ASVAB en el instituto (examen de aptitud para una carrera en las Fuerzas Armadas), porque me gustaba hacer tests. Resultó que el oficial de reclutamiento tenía mis notas. ¡Muy conveniente! Era una joven sana inteligente, sin planes de futuro y con una madre entusiasta dispuesta a firmarme la autorización para que pudiera alistarme de inmediato. ¡Podría aprender tantas cosas! ¡Y viajar! ¡Ir a la facultad! Los captadores nos dijeron a mi madre y a mí todo lo que queríamos oír sobre lo que sería para mí ingresar en el Ejército, y no nos corrigieron ninguna percepción desinformada que tuviéramos sobre lo que era en realidad estar allí. En un par de horas, ya habíamos hecho los preliminares de mi enlistamiento. Estaba muy emocionada y un poco nerviosa: tenía un plan, algo en lo que pensar durante el curso.

Flotaba en una nube de ensoñaciones. Había tomado una decisión como una persona adulta, y ser una adulta independiente estaba tan cerca... Pero era una adolescente con información muy limitada, y, cierto, había tomado una decisión de persona adulta: de vida y de muerte. Lo que menos me había planteado era que estar en el ejército estadounidense significaba algo muy concreto: guerra. No

tenía información o sentimientos fuertes respecto a temas nacionales o internacionales, ni siquiera tenía el sentimiento de patriotismo o de estar respondiendo “una llamada superior”. Nunca había considerado la guerra o la violencia más que como parte de la Historia de la Antigüedad. Mis dos abuelos habían ido a la Segunda Guerra Mundial, pero eso eran cosas de “viejos”. Como la mayoría de las personas adolescentes, no tenía un sentido de la mortalidad y tampoco una preocupación por el mundo en su conjunto, sólo aspiraba a cambiar mis circunstancias personales inmediatas. ¿Es eso egoísta? Sí. ¿Es raro en la gente joven? No.

Todas las percepciones erróneas que había tenido sobre el Ejército a la hora de alistarme quedaron disipadas en mi experiencia de la Formación Básica, en el verano de 1985. La misión principal de estos entrenamientos es “forjar soldados”, es decir, destruir psíquica, emocional y físicamente a la persona que eres, para hacer de ti una “eficaz máquina de combate”. El proceso de transformación de adolescente ingenua en soldada se me hizo muy difícil. En casa, por los problemas emocionales que había, me había acostumbrado a los gritos y las escenas. Sin embargo, ésta era la primera vez que ser “buena” o “lista” no me servía de nada para evitar que me gritaran. Todos los días solicité mi vuelta a casa, todos los días me lo denegaron. Quedó bastante claro desde el principio que yo no encajaba. Deseaba suspender, para terminar con aquellos entrenamientos y salir de allí. Lo raro de todo aquello fue que, de hecho, me convirtieron en una eficaz máquina: me endurecí, me convertí en alguien más fuerte, por lo que les pareció importante retenerme. Mi sargento me amenazó con Reciclaje, lo que quería decir repetir la Formación Básica en lugar de graduarme y pasar a la Formación Individual Avanzada. Ser reciclada era la peor de mis pesadillas, por lo que esto me dio fuerzas para luchar por pasar a la siguiente fase.

Poco a poco, empecé a llevar mejor los entrenamientos. La falta de sueño, los cambios en la dieta, el contacto constante con el grupo, el cambio en el modo de vida, y el entrenamiento, le comen la moral a cualquiera. Pero incluso en aquel punto, la guerra seguía siendo algo abstracto. Los ejercicios, entrenar con armas, las simulaciones y los ensayos de guerra seguían sin tener significado para mí. Para mí, eran algo “por lo que tenía que pasar”. A mediados de octubre de 1985 había terminado mis dos procesos de formación, Básico y Avanzado, en el Fuerte Jackson, Carolina del Sur. En noviembre y diciembre, volví a casa y allí me quedé, atrincherada. Mi madre tuvo que animarme a que me apuntara al semestre de primavera de la facultad. La adolescente ingenua que había en mí había muerto. Era otra persona: más dura, con más miedo y más cautela respecto a la gente. Antes del entrenamiento, me emociona la posibilidad de probar cosas nuevas; ahora me daba miedo, porque si todo fuera mal, creía que no podría dejarlo.

Resistencia creciente

Como la mayoría de las jóvenes y los jóvenes estadounidenses, no me interesaba lo que pasaba en el mundo, y no tenía tiempo para enterarme de esas

cosas. Como lo peor de mi formación militar ya había pasado, lo de ser reservista un fin de semana al mes y dos semanas en verano sólo me pareció una actividad más. Pronto me adapté a las libertades y responsabilidades de ser una universitaria. Tenía varios trabajos a tiempo parcial, estudiaba todo lo necesario para mi semestre y luchaba por construirme una vida mejor, aunque tuviera un contrato de seis años con el Ejército. De paso, intentaba pasármelo bien, hacer amistades, y disfrutar de mi vida independiente, que es lo que más había deseado.

Como reservista, no sentía que esta parte de mi vida fuera tan significativa como el resto; la guerra seguía siéndome ajena. La guerra del Vietnam era un tema del pasado, de la generación de mis padres, algo que se analizaba en clases de Historia. A mediados de los ochenta, en la era Reagan, los conflictos militares ocurrían en las selvas de pequeños países de habla hispana o alrededor de muros que había que destruir y guerras frías con las que había que terminar. En cualquier caso, yo seguía notando tendencias que me preocupaban: parecía que cada verano, Estados Unidos estaba invadiendo un nuevo país. Recuerdo que sentí mucha ansiedad cuando invadieron Panamá.

Pronto mi aprendizaje sobre el mundo y mi papel en él se coordinó con mis experiencias como soldada “a tiempo parcial”. Entre 1987 y 1989 hice dos viajes al extranjero, uno a Japón, y uno a Corea del Sur, como integrante de la Operación Espíritu de Equipo, un ejercicio militar conjunto que se celebra una vez al año. Cada vez me sentía peor con cómo nos portábamos fuera de nuestro país, como personas: actuábamos como abusones. Me frustraba nuestra falta de interés en la gente y los paisajes que nos acogían. Se trataba de gente con la que trabajábamos para defender nuestros intereses mutuos y les tratábamos fatal. Éstas fueron mis experiencias a nivel individual, no a nivel global. No pude entender las cosas racionalmente hasta años después de mi resistencia, cuando fui encontrando explicaciones a qué era lo que me hacía sentir tan mal. (Cynthia Enloe, en su obra *Bananas, Beaches and Bases* explica elocuentemente el impacto de una base militar en una comunidad y en última instancia en un país. [1]) Mis experiencias se limitaban a acompañar a compañeros de unidad a los clubs nocturnos y los espectáculos de strip-tease, emborracharme con ellos e intentar que no se pelearan o portaran mal con la gente.

Mientras tanto, como estudiante, en mi “verdadera vida” empecé a hacerme amiga de gente de una pequeña contracultura de la Universidad Illinois del Sur, punk rockers que sacaban fanzines de música y política. Participábamos en las protestas contra las armas nucleares y empezamos a prestarle atención en serio a asuntos originados en la era Reagan, como el Irán-Contra. Mi participación en mi unidad de reserva se convirtió en algo irritante que tenía que soportar. (Estoy segura de que el sentimiento era mutuo respecto a mis superiores.) Cada vez obedecía menos, estaba más irascible, y no funcionaba bien “en equipo”. Básicamente, iba allí e intentaba que pasara el tiempo gastando la mínima

energía posible. Era una soldada nefasta. Iba a mis entrenamientos de fin de semana mensual con el pelo punk, me negaba a pasar las pruebas de tiro, y en general tenía muy mala actitud. Algunas de estas cosas tenían que ver con ser joven, pero también con mi malestar por el compromiso que había adquirido con el Ejército a plazo largo, porque no lo podía dejar. Ójala hubiera sabido que había consejeros militares que ayudaban a gente en mi situación.

En mi último campamento de verano en 1990, me moría de ganas de que llegara el fin del contrato de seis años. Tenía 23 años, hacía menos de un año que había terminado la facultad y estaba lista para seguir adelante con mi vida. Aún no sabía qué iba a hacer, pero tenía bastante claro que no quería seguir en el Ejército. No habíamos formado una buena pareja. Me encontraba en el campamento de Wisconsin con una unidad distinta a la mía (porque se me había pasado la fecha de mi campamento), cuando en el último día de ejercicios, me enteré de que Irak había invadido Kuwait. Una vez más, este hecho parecía no tener relación con mi realidad: yo iba a quedar libre de la reserva en un mes. Había sobrevivido a la espera.

Llamada al Servicio

Cuando me llamaron en octubre de 1990, me quedé alucinada y me sentí muy frustrada por ver que no llegaba el fin. El presidente George H. W. Bush había firmado una orden para “Detener la Pérdida de Personal”, lo que significaba que no se iba a eximir del servicio a nadie, no habría desgaste, ni pérdida, y así de claro lo tenían ya en el inicio, desde agosto 1990 (aunque Estados Unidos no invadiría Irak hasta enero de 1991). Francamente, mis deseos de vida, mis preocupaciones, dudas y confusión sobre mi experiencia militar y el escenario político mundial no le interesaban al Ejército; mis ambigüedades morales sobre el significado de la guerra le eran indiferentes. Yo sólo era una persona que formaba parte de una operación muy grande; el tiempo de “dejarlo” o de que “me echaran” por no dar la talla había pasado.

Cuando alertaron a mi unidad, me preparé. Sentí que no tenía elección. Pero poco después, leí sobre dos objetores de conciencia, Jeff Paterson y Erik Larsen. Los dos eran Marines, se habían negado a ir a la guerra, y sus palabras me resonaban en la cabeza, “A mí me pasa eso”, aunque no sabía aún cómo expresar qué era “eso”. Paterson se había plantado, sentándose en la pista de aterrizaje de Kaneohe, en Hawaii. En las fotos aparecía como un buda flaquillo en atuendo militar, inmóvil. Los escritos y discursos de Larsen eran una lista de puntos concretos que explicaban su oposición a la guerra y a la violencia por motivos religiosos y políticos. Los dos hombres demostraban su valor al negarse sencillamente sentándose en silencio, o declarando “Ya no soy un Marine”. Sentí que yo, también, podía dejarlo.

Decidí que cambiaría mis planes. En lugar de presentarme al servicio, lista para embarcar a Kuwait, me presentaría para entregarme y negarme a cumplir.

Recibí bastantes malos consejos de personas bienintencionadas en aquella época: que me quedara embarazada, que me declarara homosexual (en la época pre-Clinton, “no preguntes, no cuentes”, esto era motivo de expulsión), ideas que me eran inasumibles si decidía aceptar la responsabilidad de lo que sentía y pensaba. Tenía el ejemplo de Paterson y Larsen, por lo que quería declararme resistente a la guerra y asumir las consecuencias. No sabía qué consecuencias serían esas, pero pensé que, en cualquier caso, serían mejor que ir a la guerra o mentir sobre mis motivos. En algún momento tomé una decisión simple: prefería ir a la cárcel que ir a la guerra del Golfo. No sabía cuánto tiempo iría a la cárcel, o dónde me enviarían, pero parecía sencillo: la guerra no era una opción. De todas las cosas que una persona puede hacer y reprocharse haber hecho más tarde, no hay manera de des-hacer el haber perpetrado actos de violencia y quizá asesinado a otro ser humano.

Declaración Pública

Me puse en contacto con un grupo del que había leído, Citizen Soldier, donde me animaron a que hiciera una declaración pública sobre mi situación y solicitara el estatus de objetora de conciencia, en lugar de presentarme al cuartel para entregarme preventivamente. No estaba bien preparada para todo lo que esto significaba, pero la publicidad de mi caso influiría en los acontecimientos. Tod Ensign, de Citizen Soldier, es un competente abogado que se había ocupado de soldados y veteranos y que tenía una larga experiencia a la hora de trabajar con los medios de comunicación. Él y otro abogado, Louis Font, objetor de conciencia a la guerra de Vietnam, adoptaron mi caso. Hablé públicamente en diferentes actos y me entrevistaron en la televisión. Se me daba muy mal ser mi propia abogada, tenía poco conocimiento de cómo lidiar con los medios de comunicación. Luego estaba la cuestión del cómo había desertado (estar Ausente Sin Permiso): si hubiera pretendido solicitar el estatus de objetora después de eso, habría sido controvertido. El procedimiento para que te declaren objetora de conciencia no era nada fácil. Tienes que hacer la solicitud, someterte a evaluaciones por expertos que determinarán la sinceridad de tu convicción y, mientras esperas a la resolución del caso, tienes que participar plenamente en tu unidad. Y como me habían llamado a servicio y me había negado a presentarme en mi unidad de inmediato, esto socavaba cualquier consideración de que yo pudiera ser una objetora de conciencia. Por eso me considero más bien una resistente a la guerra.

Mi caso en la arena pública fue tanto una bendición como una maldición. En lo positivo, como acaparé tanta atención del público justo en los inicios de la construcción de esta guerra, creo que el Ejército lo que quería era que me callara cuanto antes y librarse de mí rápido, para así evitar repercusiones en la moral de los soldados. Desde el punto de vista de las relaciones públicas, una persona contra una organización muy grande con mucha credibilidad es una batalla fácil: me tratarían como una aberración, no representativa del Ejército ni de sus

soldados, un caso único, un error. (Por esto me pusieron pronto en libertad.)

Mi resistencia enfureció a aquellas personas que no me apoyaban, pero también me ganó el apoyo y la confianza de un pequeño grupo de simpatizantes. Yo estaba muy confundida y asustada con la reacción que había tenido gente a la que yo no conocía. Me producía desasosiego que una decisión mía personal, por la que estaba sufriendo unas consecuencias, fuera debatida públicamente. Me dejó atónita que mi negativa a ir a la guerra pudiera ser algo importante para nadie. Las compañeras y compañeros de mi unidad que me conocían no se sorprendieron, y tampoco mis amistades de la universidad. Pero aún vivía en mi barrio de siempre, y la indignación de que yo hubiera disentido en el seno de una comunidad tradicional puso fin a mi vida allí. Recibí amenazas por teléfono y por correo, y tampoco me sentía segura como “fugitiva” del Ejército.

Detenida y Despedida del Ejército

Me detuvieron en octubre, un viernes por la tarde en casa. La policía vino a mi casa para notificármelo y me llevó a la cárcel del condado. Poco después, me recogió una unidad de la policía militar en la base aérea de Scott, que me retuvo aquel fin de semana. A continuación, me transfirieron a unas instalaciones carcelarias para el personal de Fort Knox, en Kentucky, donde tenía que esperar a que se emitieran los cargos. El sitio no era una cárcel en realidad, sino un barracón para gente que estaba a la espera de ser expulsada, para las “manzanas podridas” que se habían desviado del Código Uniforme de la Justicia Militar. Ésta sería mi última experiencia en el Ejército. Se parecía a mis primeros entrenamientos: no sabía qué me iba a pasar, estaba aislada de todo lo que conocía. Después de un par de semanas, me ofrecieron una separación administrativa del Ejército por “condiciones otras que honorables”. Me degradaron el rango a E-1, con lo que perdía el derecho a recibir la ayuda de las y los veteranos, no me enterrarían con la bandera y tenía prohibido volverme a alistar. Todo esto me pareció bien. Estaba contenta de poner fin ya a esta relación. Tuve mucha suerte. Mientras mi unidad se estaba instalando en Kuwait, yo ya había dejado de ser parte del Ejército.

Ya antes de que empezara la guerra en enero de 1991, mi vida era completamente diferente. No pude retomarla donde la había dejado. Encontré trabajo en un pequeño negocio de mi barrio, pero tuve que dejarlo cuando el jefe me explicó que la gente de la comunidad le había dicho que se dejarían de ir a su negocio si yo continuaba allí. A consecuencia del tema de las amenazas telefónicas y por carta, cuando alguien me miraba “raro” me sentía paranoica. La gente del barrio que creí que era amiga mía, ya no era tan amiga; incluso familiares más lejanos ya no sabían cómo relacionarse conmigo. Así que fue una suerte que recibiera la beca Jim Bristol, del programa Juventud y Militarismo [de búsqueda de alternativas al servicio militar] del American Friends Service Committee [el AFSC, o Sociedad de Amigos estadounidense, es un grupo

cuáquero, que recibió el premio Nobel de la Paz en 1947 por su trabajo de oposición a la guerra], de Philadelphia. Harold Jordan, el director del programa, me había apoyado cuando empezó todo, y me ofreció una oportunidad concreta de usar mi experiencia en trabajo constructivo. Desde allí conocí a gente que me apoyaba, objetoras y objetores de conciencia y resistentes a la guerra de épocas anteriores. Un grupo especialmente activo que nos arropó a otras personas y a mí bajo en esta época fue el de Veteranos por la Paz, allí empezó mi amistad con Nancy Clarke, una miembro muy activa del grupo que había en Boston.

Una comunidad de resistentes a la guerra

Quienes hemos rechazado la participación en la guerra convirtiéndonos en resistentes a la guerra llegamos a la misma decisión pero por circunstancias tan diversas que no hay dos historias iguales. Las consecuencias de nuestras experiencias, no obstante, son universales: saber que de alguna manera somos diferentes, alienígenas; sentir el aislamiento que se siente al principio; el ostracismo al que nos someten nuestros iguales, la gente extraña e incluso las personas queridas por haber expresado nuestra diferencia. El sentimiento se da antes de iniciar el papeleo solicitando el estatus de objetora, o antes de decidir desertar. Convertirse en una resistente a la guerra o en una objetora de conciencia no es una decisión que se tome de repente; es el punto álgido que se da tras la acumulación de experiencias, e incluso aunque nos presionen para que expliquemos qué nos pasa, a unas personas nos cuesta, otras son elocuentes, pero todas compartimos la claridad de la negativa rotunda.

Lo único que puedo decirle a los y las resistentes a la guerra y objetoras de conciencia es esto: es normal tener miedo por las consecuencias que pueda tener la acción. Vivimos en un mundo que da mucho miedo. No todo el mundo va a comprender tus razones o a apoyarte. Algunas personas te amenazarán y es posible que vayas a la cárcel. Pero otra gente sí que te va a apoyar. Existe toda una comunidad de gente que cree que lo que haces es lo correcto. No pasa nada si no puedes explicar bien por qué sientes que participar en la guerra está mal. No tienes que resolver los conflictos o proponer una solución diplomática al problema por creer que la guerra no está mal. No tienes que tener todas las respuestas. Al margen de qué ocurra, sé fiel a lo que te dice tu corazón: confía en tu decisión, has hecho lo correcto.

Notas

- [1] Cynthia Enloe: Making Feminist sense of international politics. Bananas, beaches and bases (Entendiendo la política internacional desde el feminismo. Bananas, playas y bases). London, Sydney, Wellington, Pandora 1989

El poder de contar tu historia

Por Diedra Cobb

Quierido Dios, por favor, escúchame. Necesito escuchar a mis guías espirituales. Necesito apaciguar las palabras que resuenan en mi cabeza. Necesito crecer como la Diosa que soy. Necesito escribir. Necesito crear. Necesito construir contando conmigo misma y con otras personas. Necesito pasarlo bien. Necesito comer bien. Necesito cariño, la atención de los afectos. Necesito una comunidad fuerte, solidaria, inteligente, positiva. Necesito que se respete mi feminidad. Necesito los árboles y el agua. Necesito una comunicación directa y productiva con quienes están a mi alrededor y más allá. Necesito la fuerza y la guía de la Madre Naturaleza. Necesito verdad. Te necesito. Me necesito. Gracias. Te quiero. Me quiero.

Sacrificarse por el Bien Mayor

A veces no sé si deseo visitar esta historia de nuevo. La experiencia de escribir esta historia representa la psicosis de mis interacciones con esta sociedad como mujer, como mujer negra, como pensadora, como ser espiritual. Contar esta historia representa revivir, volver a despertar, volver a evaluar, volver a tener la visión de, renovar todo lo que ha sido: creación. Escribo sabiendo que poder contar esta historia es lo que necesito, intentando ser precisa, sabiendo que probablemente me quedaré corta frente a las expectativas más críticas, y sabiendo que al final todo está en equilibrio siempre. Poco a poco me cuento mi propia historia. Poco a poco se la cuento a las demás personas. Y poco a poco, sano, gano en claridad y amo a mi bello ser incondicionalmente, para poder amar a las demás personas incondicionalmente.

Empecé mi viaje con los militares en junio del 2001. Me uní a las Reservas del Ejército con la comprensión de que me estaba uniendo a una comunidad de personas que creían en el sacrificio por un Bien Mayor. Me uní a las Reservas del Ejército con la comprensión de que estaría construyendo futuros seguros y más libres para todos los seres humanos, quedara esto cerca o lejos, y con esa comprensión, me sentía llena de energía y viva.

Mi padre y mi tío había servido en el Ejército, y por mis interacciones con ellos entonces y ahora, nunca les describiría como hombres malvados. Son cariñosos y generosos, inteligentes, y siempre están ahí. En el año 2000, decidí asistir al Instituto Militar de Nuevo México, una academia militar preparatoria, pero después de un semestre allí, comprendí que la naturaleza autoritaria y exclusivista de la vida en la Academia no era para mí. Lo dejé y volví a la facultad, a un par de facultades de Illinois, antes de decidir que quería explorar el mundo, conocer a gente con muchas y diferentes experiencias en la vida, y

ejercitar mi pasión por cuidar y proteger. ¿Dónde podría encontrar estas tres cualidades pudiendo, al tiempo, ocupar un lugar como mujer joven en la sociedad? En el Ejército... o así lo creí.

Entré en junio del 2001 y en enero del 2002 partí a Fuerte Jackson para hacer la Formación Básica, la fase inicial donde aprendes disciplina militar, formaciones, y a manejar armas. De allí, fui al Fuerte Huachuca, en marzo del 2002, para hacer la Formación Individual Avanzada (la AIT en inglés), donde aprendes lo que necesitas saber como soldada. En estas fases iniciales, me fui dando cuenta de que la base necesaria para procurar una sociedad segura y más libre en cualquier lugar no fundamentaba nada de lo que hacía. Sin al menos una comprensión básica y/o un conocimiento mínimo de la historia, el idioma, las costumbres y las fuentes de felicidad de personas diferentes, no podías más que actuar como una autómatas asustada, a la espera de instrucciones para saber cómo proceder en un lugar extraño.

En la Formación Básica escuché y me ordenaron cantar cosas como “Jei, jo, Capitán Jack, quedamos en las vías del tren, con este arma en la mano, voy a ser una ametralladora, una máquina de matar”, “La sangre, roja y fresca, hace crecer la hierba verde”, etc. Nos enseñaron a usar bayonetas, granadas de mano, rifles semiautomáticos, minas antipersonas, lanzaderas de granadas impulsadas por cohetes, y muchas otras armas de destrucción masiva. Cuando me gradué, me sentía muy mal por esta falta de orientación y de conocimiento sobre las sociedades donde teníamos que entrar e impactar. Asegurarnos de que no abusamos de estas habilidades, y que las usamos de la manera más disciplinada, contenida y estratégica, requiere disponer de una comprensión de las gentes con las que vamos a interactuar. Al parecer, esto era “pensar demasiado”, porque el sargento, riéndose de mí por solicitar información sobre estos temas, me respondió, “Especialista Cobb, ¿dónde se cree que está?!”.

Primeros pasos hacia la objeción de conciencia

Cuanto terminé la Formación Básica y la AIT, pasé unos seis meses en unidad de la Reserva del Ejército en Decatur, Illinois. Había empezado y terminé un libro llamado, En tiempos de las mariposas, de Julia Álvarez. Al acabarlo, tuve una epifanía: “lo que me he comprometido a hacer no es compatible con mi yo espiritual”. Ser parte de una organización que ocupa países por la fuerza para proteger negocios e intereses de un Poder que nunca podrán crear esa paz porque sólo la usa de marketing para justificar sus actuaciones equivaldría a aceptar mi autodestrucción, una muerte larga, lenta y tortuosa. Estaba profundamente afectada, tanto que una sargenta de mi unidad se me acercó en unos ejercicios para preguntarme si estaba bien. Le conté lo que me estaba pasando y me dijo que tenía que comunicarlo, urgentemente.

El personal de nuestra unidad aún no había sido movilizado, pero ya se

hablaba de movilizaciones en los noticieros de la región. Empecé a intentar escribir las razones por las que no estaba dispuesta ni era capaz de seguir participando, para fundamentar mi petición de que se rescindiera mi contrato con el Ejército. En ese momento, no sabía que todo en esta institución tiene un canal oficial, incluida la Resistencia a ser parte de la misma. Mientras redactaba e imprimía documentos que describían el conflicto entre mis creencias y los objetivos militares, fui descubriendo que según las emitía, los oficiales que tenían que considerarlas las descartaban, o directamente las ignoraban.

En febrero del 2003, me dijeron que tenía que ir a Wisconsin para hacer el SRP, un proceso para trabajar la buena disposición del personal militar. Pregunté en qué punto se encontraba mi caso, y también que por qué me enviaban al SRP de Wisconsin. Me dijeron que no me preocupara, que estaban considerando mi caso y que todas y todos los soldados pasaban por el SRP, sólo que en diferentes momentos. Cuando llegué allí, sentada en el comedor de un gimnasio (lo que me recordaba el comedor de mi infancia) era como si hubiera vuelto a primaria. Cuando finalmente terminó la fase “Deprisa, deprisa” y “Espere aquí”, descubrí por qué mi intuición me enviaba alarmas cuando me dijeron lo de Wisconsin. Me comunicaron que no se había iniciado ningún proceso sobre Objeción de Conciencia, que ya no estaba asignada a la unidad de Illinois, y que tenía una semana para hacer las maletas: me trasladaban a Maryland, me habían asignado al Batallón de Inteligencia Militar, que aguardaba la entrada de un puñado de soldados antes de ser desplegado. Yo iba a ser una de las últimas personas asignada allí.

¿Una semana? No sabía por dónde empezar exactamente, pero sabía que tenía que hacer algo. Dejé mis clases en la facultad, y busqué la ayuda de amistades de la School for Designing a Society [escuela para el diseño de una sociedad], y me puse a rezar. Le expliqué lo mejor que pude lo que me estaba pasando a mi padre, mi madre y mis amistades, y seguí rezando. Metí en la maleta todo lo que creí que necesitaría, y dejé todo aquello que pudiera causar demasiada controversia o generar problemas, y seguí rezando.

Resumiendo, llegué a la Base de Verificación de Aberdeen en la madrugada del 3 de marzo, 2003, y presenté mi solicitud de objeción de conciencia aquella misma mañana. Mis amistades de la School for Designing a Society me habían ayudado a saber cómo solicitar el estatus de objetora, así que desde el momento en que puse el pie en ese nuevo puesto militar, dejé claro que no quería seguir teniendo nada que ver con el Ejército. Sabía que además de presentar documentos explicando mi negativa y documentos de apoyo de otras personas, tendría que pasar por entrevistas con un párroco y un psiquiatra, una audiencia informal con un oficial de la base, y después esperar a que la Junta Examinadora Militar emitiera su decisión final. Al llegar a la unidad tuve la suerte de que mi Comandante me asignara a la retaguardia. Él no quería que me desplegara con el resto de la unidad por miedo a que les bajara la moral y pusiera en peligro su

seguridad. Me considero bastante poco violenta, pero por mis creencias y por el hecho de que si me hubieran ordenado ir a la misión, me habría negado, no tuve queja alguna sobre esa asignación a la retaguardia.

Efectos de la vida militar

Cuanto más tiempo pasaba en aquel puesto, más ejemplos de engaño se acumulaban ante mis ojos, y de frustración y comportamientos autodestructivos por parte de las tropas, ya que no sabían por qué se les pedía desplegarse. Supe de varias personas que llevaban años en el Ejército, leales de pensamiento y acción, y que se quedaron sin la pensión porque les degradaron: desaparecían los expedientes militares que probaban diferentes discapacidades o que iniciaban procesos para salir del Ejército. Encarcelaron y degradaron a soldado raso a un sargento que por error había sido llamado al servicio activo 20 años después del fin de su contrato con el Ejército porque había caído en una depresión por la injusticia y había bebido alcohol en los barracones, y lo hicieron incluso después de que se hubiera aclarado el error y se determinara que se le eximiría del servicio y se le volvería a asignar su pensión de jubilación. Muchos hombres y mujeres frustrados, confundidos, habían empezado a beber también, y se estaban haciendo daño a sí mismos y a sus seres queridos. De hecho, nunca he visto llorar a tantos hombres. Fue en el Ejército donde descubrí que al igual que mi padre, mi tío y yo hasta cuando cambié mi percepción de las cosas, muchos de los hombres y mujeres militares tenían buenas intenciones; era la premisa de estas intenciones la que a menudo era inexacta o estaba incompleta debido a inexactitudes en las que nos adoctrinaron desde la guardería hasta la escuela secundaria privada.

Fue la absoluta falta de interés del Ejército por tener en cuenta, con honestidad y siendo fieles a la verdad, a quienes les habían ofrecido tanta fidelidad lo que me puso sobre la pista de que era imperativo que buscara dónde recurrir si necesitaba apoyo. Poco después de que desplegaran mi unidad en Irak, mi Comandante aspiró a obtener el rango más alto de los Comandantes, y por ello se dio cuenta de que le iba a plantear problemas explicar el hecho de que yo no hubiera sido enviada a Irak, siendo una soldada entrenada y en perfecta condición física. Fue entonces cuando me amenazó con usar recursos legales contra mí por desobedecer una orden directa: “fingimiento y conducta impropia de una soldada” fueron los cargos que presentó contra mí, para que así me entrara miedo y aceptara ir a Irak. Gracias a la ayuda del teléfono de ayuda de emergencia para soldadas y soldados (GI Rights Hotline), al equipo de defensa legal militar (Military Law Task Force) y al abogado DC Jim Klimaski, conseguí demostrar que eso era falso, pues el Comandante me había asignado a la retaguardia y había firmado un contrato conmigo para asegurarse de que me quedara allí hasta que se resolviera mi caso como objetora de conciencia.

Cuando estaba en la Base de Verificación de Aberdeen, en Maryland, conocí a

una mujer llamada Claribel Torres, también conocida como Claire o Jewelz, que pasó a ser una muy querida amiga mía en aquella fase de militarismo de mi vida. Me permitió quedarme en su casa de Delaware cuando nos daban días libres en el barracón, y en los barracones y en la base nos apoyábamos como hermanas. Cuando la enviaron a Irak, envié los paquetes que quería enviar y nos escribíamos, y cuando volvió, incluso fui su dama de honor en su segunda boda. Aunque perdimos nuestra amistad, ella tuvo un papel fundamental en mi felicidad mientras estuve estacionada en la Base de Verificación de Aberdeen. Mucha gente de mi unidad, tanto de la que se había alistado como entre los oficiales, compartían abiertamente creencias parecidas a las mías sobre la guerra y me apoyaban; sin embargo, la mayoría no quería oponerse como yo, por miedo a las consecuencias. La violación que sufrí en los barracones, cuya resolución legal no me ha sido transmitida ni por la división de investigación criminal (CID) ni por la oficina del auditor de guerra (JAG, Judge Advocate General) de la Base de Verificación de Aberdeen, era una materia tan grave que mucha gente en mi unidad fue solidaria en extremo.

Evitando que otra persona fuera barrida bajo la alfombra

Dios, y mi familia y amistades siempre serán los pilares de mi vida. A esto se sumó que hubo muchos hombres y mujeres de la comunidad de activistas que me proporcionaron el cariño y apoyo que necesitaba para sobrellevar aquella experiencia. Damu Smith, Jonah House, Joe Morton, el grupo cuáquero (American Friends Service Committee), Not Your Soldier (No tu soldad@), la Liga de Resistentes a la Guerra (WRL), el Anti-War, Anti-Racism Effort (AWARE, grupo antiguerra y antiracismo), Not in Our Name (No en nuestro nombre), Anarchist People of Color (Personas de color anarquistas), Suncere Ali Shakur, el Women of Color Resource Center (Centro de recursos para mujeres de color), la Service Women's Action Network (SWAN, Red de acción para las militares en activo), Alixa y Naima de Climbing Poetree, y un maravilloso grupo de estudiantes activistas de la universidad de Towson (descansa en paz, Jordan) estuvieron a mi lado a lo largo de todo el proceso. No sería honesto decir que sentí que todos actuaran por una solidaridad altruista con mi caso. De hecho, hubo algún momento en que sentí rechazo por el 90% de los grupos con los que estaba en contacto, porque sentí que me trataban como si fuera una oportunidad para difundir su causa y no un ser humano. No obstante, con la distancia del tiempo, entiendo que todo su interés y las invitaciones a participar en los diferentes actos del movimiento antiguerra fueron herramientas que posibilitaron que mi caso recibiera la publicidad colectiva necesaria para que la burocracia militar no pudiera barrer mi caso bajo el felpudo, como otros muchos. De ahí que siento gratitud hacia todos. A quienes me vieron como una persona, más allá de lo que yo pudiera representar, todo mi amor y mi gratitud.

Amy Goodman de Democracy Now!, Eunice Buckner-Boone de WEFT, Ryme Khatkouda de WPFW, el Chicago Tribune, y The Guardian proporcionaron el apoyo personal y mediático que me permitió sobreponerme ante la amenaza de dos años de cárcel por mis creencias. Aunque no reprodujeron correctamente mis palabras en el Chicago Tribune, les doy las gracias a todos por haber hecho posible que una resistencia que venía del propio interior del ejército pudiera ser conocida. A través de estas experiencias, aprendí sobre el poder de los medios de comunicación, y sobre el poder que tenía contar tu propia historia.

En diciembre de 2003, me negaron el estatus de objetora. Era la decisión final de la Junta Examinadora Militar. Volví a mi casa en Illinois, donde el abogado de Chicago, Charles Nissam-Sabbat, me asistió en lo que fue preparar e identificar una estrategia para presentar recurso de habeas corpus y así defender mi posición de objetora de conciencia a pesar de la decisión del tribunal, en caso de que me volvieran a movilizar y ordenar ir a alguna misión. Después de abandonar el Ejército, mi querida amiga Cecil Smith, Jr., tuvo una actitud bellamente abierta y comprometida con ayudarme a ver/soñar más allá de mi experiencia militar traumática, y así seguir adelante con toda mi fortaleza. Con todo y para siempre, mi fe en Dios me ha permitido dejar atrás mis demonios y acceder a las bendiciones de mi interior. Sigo adelante bajo la luz y la armonía que creó el mundo, y doy gracias a quienes creen en y buscan lo que es justo.

Anita Cole

A finales de noviembre del 2001, Anita Cole, recibió su liberación del servicio al ejército estadounidense como una objetora de conciencia (OC) a la guerra.

Antes de entrar a las fuerzas armadas, me sentía como muchas personas se sienten, hablando de manera general, sentía que asesinar era malo, pero a momentos consideraba que matar era inevitable e incluso justificable, como, por ejemplo, en una guerra..

Yo soy una persona de convicciones intensas. Mis padres me criaron creyendo que servir a la sociedad -entregando tiempo y donando recursos es un imperativo moral. Desde que era una niña, siempre he sido agradecida de ser una ciudadana estadounidense; Senti que todas las personas deben de servir a su país y las Fuerzas Armadas apelaban a mí con un esfuerzo mezclado con sentido.

Después de graduarme del bachiller decidí unirme al Ejército. Mi motivo para unirme al Ejército no fue recibir un crédito para el bachiller o cualquier otro incentivo monetario, al momento de mi enlistamiento me sentí llena de orgullo y profundamente plena con mi compromiso de servir a mi país.

Durante el entrenamiento básico, el entrenamiento con bayoneta se conjugaba con el mantra "¿Qué hace el pasto crecer?! Sangre, sangre, sangre hace el pasto crecer!," esto me choqueo. Pero incluso en ese momento, pensé que si eramos llamadas para la guerra, también debería enarbolar el espíritu guerrero.

En agosto del 2000, fui enviada al recinto para calificar para mi arma asignada: "la M-16A2". Estaba profundamente atormentada y traumatizada mientras disparaba con una arma mortal a siluetas humanas, un sargento percibiendo mi, obvio, acongojamiento trato de darme una motivación diciendo: "Vamos, tu eres una asesina". En el momento estaba tan aturdida que no fui capaz de razonar.

Me dije a mi misma que sólo estaba "haciendo agujeros en papeles". A pesar de este acto de voluntad (.....) de todas formas las palabras del NCO en el recinto ("Vamos, tu eres una asesina") me han perseguido continuamente. Esta "arenga", cimiento en mi consciencia la objeción a mis obligaciones como soldado.

Mi conciencia, la meditación, la lectura y la introspección me han llevado a respetar la verdadera naturaleza de mi ser; No sere capaz de vivir en ningún tipo de paz si es que mato, dejo a otros matar o apoyo en mis pensamientos o en mi manera de vivir cualquier acto de matar En otras palabras, soy una objetora de conciencia en el sentido literal.

Publicado en El fusil roto no 70, mayo de 2006. <http://wri-irg.org/pubs/br70-es.htm>

Tina Garnanez

"Yo era una Nativa perdida". Tina Garnanez reflexiona sobre su tiempo en el Ejército.

Tina creció en una reserva Navajo y trabajó en la educación pública en Farmington, Nueva Mexico. Siendo la única hija de cinco niños criados por una madre soltera, Tina se enlistó cuando tenía 17 años, para obtener dinero para el bachillerato.

"Yo quería asistir al bachiller y sabía que, entre la situación de mi familia y siendo parte de la reserva de Americanos y Americanas Nativas, tenía pocas opciones para alcanzar una educación de bachiller."

Tina, fue enviada a Kosovo en marzo del 2003, en ese mes los aviones estadounidenses comenzaron a bombardear Bagdad y, en julio del 2004, Tina fue enviada a Irak.

Tina, ya había cumplido el tiempo requerido, pero el Ejército estadounidense puede extender el enlistamiento de un soldado por medio de una política llamada "stop-loss."

Como medico en Irak, Tina, transfería pacientes desde la ambulancia hasta el hospital donde ella evidenció el alto costo de la guerra: "yo vi cuerpos desfigurados, soldados que perdían la cordura..."

Ella también viajó con convoys entregando suministros medicos a las bases, en uno de estos convoys, Tina, por muy poco escapó de una explosión; Una bomba explotó y polvo de roca voló por todos lados.

"Estaba tan enojada... no enojada con los iraquíes, pero enojada por el motivo por la cual estaba allí. Para qué?, me pregunté, mi madre habría recibido una bandera doblada en forma de triángulo en cambio de su única hija."

Ella supo en el momento que no podía seguir sirviendo en esta guerra: "He terminado...no estoy peleando por ninguna agencia de petroleo de otros."

Tina, esta en su casa en Silver City, Nuevo Mexico, honorablemente des-enlistada; "Yo en verdad quisiera nunca haber estado en el Ejército... ahora tengo un desorden de Stress Post Traumático. Yo ahora me sobresalto con todo."

Tina, dice que ella le habla a muchos estudiantes de secundaria, porque los reclutadores se enfocan en estudiantes pobres y de minorías.

Esta juventud está buscando un camino de salida, fuera de los ghettos, fuera de la pobreza, fuera de los lugares donde hay poca esperanza de mejores expectativas: "Las fuerzas armadas no son la única opción, pero normalmente son los reclutadores de las fuerzas armadas los únicos que van a estas escuelas."

Tina, a luchado por entender como ella, como una Americana Nativa, pudo ser parte de la misma maquinaria que casi exterminó a su pueblo.

"Rompiendo acuerdos... Forzandonos en reservaciones...Yo era una Nativa perdida."

Pero Tina, a encontrado su camino como parte de un movimiento creciente de soldados que hablan en contra de la guerra en Irak.

Tina Garnanez, entrevistadas por Christine Ahn, Women of Colour Resources Center. War Times; Tiempo de Guerras.

Katherine Jashinski

Soy una SPC en el Ejército de la Guardia Nacional de Texas. Nací en Milwaukee y tengo 22 años. A la edad de 19 me enlisté en la Guardia como cocinera porque quería experimentar la vida militar. Cuando me enlisté yo creía que matar era inmoral, pero también que las guerras eran una parte inevitable de la vida, por lo tanto, una excepción a la norma.

Después de enlistarme comencé la lenta transformación hacia la adultez. Como muchas adolescentes que dejan su hogar por primera vez, pase por un periodo de crecimiento y de búsqueda interior, del alma. Conocí a mucha gente nueva e ideas que expandieron mis limitadas experiencias.

Después de leer ensayos por Bertrand Russel, viajar al Pacífico Sur y hablando con personas de todo el mundo, mis creencias sobre la humanidad y su relación con la guerra cambiaron. Comencé a ver una imagen más grande del mundo y comencé a re-evaluar todo lo que había aprendido sobre guerras mientras era una niña. Desarrolle la idea de que tomar vidas humanas estaba mal y que las guerras no eran una excepción. Así fui capaz de clarificar quién soy y cuales son mis principios.

La que yo más respeto en este mundo es la vida y yo nunca tomare la vida de otra persona.

Así como otros tienen fe en dios, yo tengo fe en la humanidad.

Tengo una profunda convicción de que las personas tienen que solucionar todos los conflictos por medio de la diplomacia pacífica, sin el uso de la violencia. La violencia solo provoca más violencia.

Porque creo fuertemente en la no violencia, no puedo realizar ningún rol en las fuerzas armadas.

Toda persona que realiza alguna labor, sea la que sea, en el Ejército contribuye de alguna manera a la planificación, preparación o implementación de la guerra.

Por 18 meses, mientras mi estatus de CO estaba en espera, he respetado mi compromiso con el Ejército y he hecho todo lo que me han pedido.

Ahora he llegado al punto donde estoy forzada a elegir entre mi obligación legal al Ejército y mi profundos valores morales. Quiero dejar en claro que no comprometeré mis creencias por ningún motivo.

Yo tengo una obligación moral no solo conmigo, con el mundo entero y esto es más importante que cualquier contrato legal.

Yo utilizare todos mi derechos legales para no tomar un arma y no participar en esfuerzos de guerra. Estoy determinada a ser des-enlistada como una OC y, durante el proceso de apelación, continuaré siguiendo ordenes que no choquen con mi conciencia hasta que mi estatus sea resuelto. Estoy preparada para aceptar las consecuencias por adherir y respetar a mis creencias.

Las mujeres turcas despiertan a la objeción de conciencia

Por Ferda Ülker

Consideremos primero la situación actual en Turquía antes de pasar a analizar la lucha por la objeción de conciencia y el tema de las objetoras de conciencia.

Nacidos para ser soldados

La historia de la República de Turquía es la historia de un pueblo que procedía de una tradición imperial y que posteriormente volvió la mirada a Occidente. Todas las reformas que siguieron al establecimiento de la República de Turquía aspiraban a un futuro brillante más prometedor. Los dueños de este proyecto de Construcción de una Nación(-Estado) eran soldados. Este proceso, emprendido bajo el liderazgo de Atatürk, perdió con el tiempo toda cualidad progresista; el Ejército turco, sin embargo, mantuvo su hegemonía. Podríamos decir que culturalmente hoy también se concibe el Ejército turco como salvador y defensor del régimen político: lo que implica que está por encima de toda crítica. Y esto ha ocurrido a pesar de su efecto aniquilador, claramente perceptible en todos y cada uno de los numerosos momentos en que esta institución ha considerado que existía una amenaza al régimen, cuando no ha dudado en dar golpes militares, “poderosos” y “destructivos”. El golpe militar del 12 de septiembre de 1980 ha dejado una huella profunda en la población turca, y esta herida sigue precisando ser sanada.

En la escuela, lo fundamental que se nos enseña es que somos una Nación-Ejército. Ya en los primeros años de colegio, juramos defender la nación hasta con la última gota de nuestra sangre. Todas las mañanas prometemos sacrificarnos como parte que somos de esta nación, y como ofrenda a la nación. “Todo turco es un soldado desde la cuna” se nos repite una y otra vez. Al margen de lo que hagamos o seamos, no hay elección: siempre seremos soldados, desde la cuna. Puede que no sepamos qué vamos a hacer cuando seamos mayores; lo que sí está claro es que somos sin duda alguna soldados, y que siempre lo seremos. Los chicos son pequeños soldados, y nosotras, pequeñas Ayses, según la canción infantil que dice:

“Soldadito, soldadito, dime, ¿qué estás haciendo?
Estoy limpiando mi fusil, poniéndole municiones.
Pequeña Ayse, pequeña Ayse, ¿qué estás haciendo tú?
Estoy cuidando a mi bebé, cantándole una nana.”

Nos enseñan que Turquía limita por tres de sus lados con tres mares y con enemigos por los cuatro lados. El Ejército turco concibe los enemigos y las

amenazas, y actúa en coherencia con estos escenarios teniendo al pueblo turco preparado y en formación ante la eventualidad de un ataque. Se supone que nosotros, el pueblo turco, tenemos reflejos militares: cualquier crítica al Ejército puede implicar que te acusen de ser un enemigo doméstico.

La historia de la República de Turquía, a lo largo de la cual se ha diseñado toda nuestra vida en sociedad, ha inyectado el militarismo en nuestras vidas cotidianas, convirtiéndolo en una parte fundamental de nuestras tradiciones. Uno de los efectos directos de esta situación ha sido que se considera el machismo como una parte casi natural y necesaria de la realidad social. Así, el militarismo es uno de los bastiones del machismo, útil para alentarlo y consolidarlo.

Lo que es ser hombre y ser mujer queda descrito y codificado desde el militarismo, y cualquier tercera posibilidad es considerada una enfermedad. El Ejército turco protegió esa idea de “ser hombre” cuando se estableció que la homosexualidad era una enfermedad incurable y que los homosexuales quedaban, por tanto, exentos del servicio militar por razones de “incapacidad”.

Respecto a las mujeres, en Turquía no se las recluta. Por desgracia, esto no es el resultado de una larga lucha ni de algo positivo que proceda de que se considere que el ejército es algo negativo. La causa es que las mujeres son concebidas como el segundo sexo: no son dignas de cumplir con este “deber sagrado”. Se piensa que el lugar de las mujeres es el “hogar”, y que su deber es cuidar de los niños y las niñas. El Ejército es el lugar de “los hombres de verdad”, de ahí que no tengan cabida en sus filas segundos ni terceros sexos. En este mundo masculino, todo lo relacionado con las mujeres y lo femenino se utiliza para insultar.

Así pues, la cuestión es, ¿por qué nosotras, mujeres que no deseamos ingresar en el Ejército (seamos bienvenidas o no) nos declaramos objetoras de conciencia, y por qué decimos “no” al militarismo?

La objeción de conciencia en Turquía

En Turquía los temas del Ejército son tabú y las personas que los suscitamos somos objeto de represión. Sería injusto no mencionar el papel que ha tenido el movimiento de objeción de conciencia respecto a la apertura de espacios (aunque estén limitados) en la sociedad actual, espacios donde se pueda hablar, analizar la cuestión del Ejército y del militarismo. Se trata de un movimiento que ha sobrevivido en condiciones muy difíciles, sostenido por muy poca gente, personas que le han tenido que dedicar todo su tiempo y energías. Ser parte del movimiento de objeción de conciencia turco ha significado que incluso la izquierda nos consideraba personas raras, aunque pudieran vernos como interesantes también: siendo nuestras acciones y nuestro discurso muy distintos a los de la izquierda, les costaba y cuesta comprender nuestros análisis. El

movimiento kurdo también eligió distanciarse cuando se dieron cuenta de que el lema “Ni ejércitos ni montañas (guerrillas)” no era mera táctica sino principio fundamental en el movimiento.

Ser objetor u objetora, apoyar al movimiento de objeción de conciencia y defender el derecho a la objeción de conciencia en un contexto tan militarizado conlleva un alto riesgo de represión legal. La objeción de conciencia no está reconocida como derecho en Turquía. Para la sociedad turca, la objeción de los hombres es cobardía, la cobardía de no querer cumplir con su deber; y la objeción de las mujeres no se comprende, la consideran superflua. No sólo la sociedad, esto ocurre también en los movimientos de oposición de la izquierda, entre las feministas e incluso entre parte de los objetores de conciencia. Ocurre porque la mayoría concibe la objeción de conciencia meramente como la negativa a realizar el servicio militar, por eso no les cabe en la cabeza qué podría significar la objeción de conciencia de las mujeres.

Los objetores de conciencia surgieron por primera vez a principios de la década de los noventa. Unos años más tarde, a raíz de sus primeras declaraciones, se fundó la Asociación de Resistentes a la Guerra de Izmir. Este espacio, poblado por un puñado de activistas que se negaban a limitar el antimilitarismo a una línea política teórica y lo conectaban también con una manera de vivir, se convirtió en el lugar fundamental de encuentro para las personas que apoyaban la objeción de conciencia. En un sentido, se ha convertido en el lugar de referencia para cualquier declaración, acción o actividad relacionada con la objeción.

La objeción de conciencia ha estado en la agenda social a varios niveles y en diferentes periodos. Incluso a día de hoy, no existe una definición del tipo de estrategia a seguir; se trata de una lucha de reacción: se organizan acciones cuando pueden encarcelar a algún objetor. En las campañas, no obstante, intentamos llegar a cuanta más gente nos sea posible. Sin embargo, no podemos decir que nos hayamos convertido en un movimiento aún. El Grupo de Trabajo Objeción de Conciencia, que se creó en la Asociación no consiguió funcionar bien. Hasta la fecha, seguimos juntándonos sólo cuando tenemos que montar estas campañas.

Todas nuestras acciones, actividades y declaraciones se desarrollan, por lo tanto, en este marco. Y dado lo muy costoso que es participar, al final sólo llegan hasta el final un puñado de personas, lo que termina debilitando y disolviendo las campañas, y nos deja una sensación de agotamiento y de personas heridas que se distancian. Sin embargo, no debemos olvidar algo crucial: quienes determinan el curso de los acontecimientos no somos los y las activistas; el tema “Cárcel” viene determinado por las autoridades militares, y quizá esto sirva para explicar por qué las campañas se van debilitando.

En mi opinión, en este escenario tan poco radiante, no todo es negativo. Contra todo, hemos ido manteniendo un proceso continuado, y esto sigue proporcionando la posibilidad de que se genere un movimiento mucho más fuerte en el futuro. Aunque somos pocas personas numéricamente, no hemos perdido la esperanza. En Turquía, la objeción de conciencia ha sido concebida desde el antimilitarismo: es un terreno abierto de lucha nutrido de personas concretas e intrínsecamente antimilitarista. Es vital que esta lucha sea capaz de rechazar todos y cada uno de los brazos del militarismo.

Las mujeres en la lucha por la objeción de conciencia

La objeción de conciencia ha sido asociada únicamente a los objetores de conciencia. De hecho, los temas del movimiento han sido presentados y concebidos por ellos, han venido determinados sobre todo por el tema de la obligación de que los hombres hagan el servicio militar obligatorio. Nosotras las mujeres no nos hemos considerado agentes de la lucha desde el principio, sino personas que les apoyaban. A medida que nos íbamos implicando más, nos fuimos dando cuenta de lo importante que es incluir a las mujeres en la lucha de este movimiento. Sin embargo, durante mucho tiempo no pudimos reunir el valor necesario como para decir “aquí estamos, somos parte de esta lucha”. Una de las razones que podría explicarlo es justamente lo hondo que nos afecta la cultura militarista en la que vivimos; tanto que, incluso aunque participemos en movimientos de disidencia, podemos estar perpetuando sin querer cosas que deberíamos estar combatiendo. Como mujeres, incluso en las reuniones de los movimientos de oposición, tenemos miedo a hablar: cuando se nos ocurre una idea, no la expresamos, la pensamos y repensamos, para poderla presentar con la mejor argumentación posible y que así no se pueda descartar fácilmente, y el caso es que el tiempo pasa y ahí estamos, esperando el momento adecuado para hablar.

Queríamos argumentar (y no lo conseguimos entonces) que la objeción de conciencia no es un área limitada a hombres concretos, que si así lo concebíamos, podríamos terminar haciendo análisis machistas, y que aunque la objeción de conciencia se relaciona con los ejércitos y las obligaciones militares, con todo, el tema requiere un enfoque más amplio. A las mujeres, nos ha llevado mucho tiempo reunir el valor necesario para expresar nuestros análisis. El 15 de mayo del 2004, en el Primer Festival Militarista, cinco compañeras nuestras se declararon objetoras de conciencia públicamente. Su valor, en el contexto de críticas del estilo “Muy bien, bonita, pero ¿qué tiene que ver contigo?”, nos animó a más mujeres a declararnos objetoras a partir de aquella acción. En la actualidad, existen 62 personas haciendo la objeción de conciencia en Turquía y 13 son mujeres. Puede que la cifra parezca menor, pero considerando lo joven que es esta lucha y lo profundamente arraigado que está el militarismo en nuestra cultura, no se debe subestimar.

¿Qué es lo que hizo que las mujeres reunieran el valor necesario como para dar el paso de declararse objetoras? En mi opinión, ocurrió principalmente porque llegamos a un punto en que tuvimos que decidir si íbamos a luchar para que nos tuviera en cuenta o si íbamos a renunciar a eso. Nosotras luchábamos por más temas que el de exigir el derecho de los hombres a no realizar el servicio militar. Eso podría ampliar la agenda del movimiento de objeción de conciencia, además de visibilizar a las mujeres, generadoras de esos otros planteamientos. No obstante, como pensábamos que el proceso iba a ser difícil, seguíamos esperando que llegara el momento adecuado. Y para mí, aquel momento llegó cuando vi abrir la brecha a las primeras mujeres que se declararon objetoras públicamente. Pero las cinco siguientes, nuestro momento iba a llegar cuando organizábamos las acciones para el Festival Militarista, pues pasamos mucho tiempo juntas, preparándolas, y no parábamos de discutir temas. Se puede decir que las cinco decidimos declarar nuestra objeción juntas a raíz de haber estado trabajando juntas: sabíamos que iban a hacernos muchas preguntas sobre por qué lo hacíamos, pero habíamos madurado nuestras razones en los últimos años y había llegado nuestro momento.

Declaraciones de Objetoras de Conciencia

Las siguientes citas de las declaraciones públicas de las primeras objetoras sirven para ilustrar mejor de lo que yo pueda expresar la posición y el análisis de las objetoras de conciencia.

Inci Aglagul, la primera objetora de conciencia:

“Me consideraré cómplice si continuo en silencio. Y de ninguna manera deseo ser cómplice de la guerra ni del militarismo, ni observar sin hacer nada cómo encarcelan nuestras vidas, nuestras mentes y nuestros sueños. No participaré en ninguna maquinaria que socave la vida. Por eso rechazo el servicio militar, el militarismo y esta compulsión al estilo de vida que nos imponen”.

Nazan Askeran (fallecida recientemente):

“Rechazo cualquier tipo de violencia, organizada o no organizada. No quiero matar ni morir en ninguna guerra. Además, también me niego a ser una amenaza, una aniquiladora de la vida orgánica / no orgánica que existirá en este planeta cuando hayamos desaparecido. Rechazo el enfoque militarista que introduce y legitima el militarismo para oprimir, ser oprimidas/os; para dar órdenes y recibir órdenes; para matar y morir. Rechazo la guerra, el servicio militar, la violencia en todas las áreas de nuestras vidas”.

Escuchemos ahora la voz de Ceylan Ozerengin:

“Dejemos que todo el mundo viva y actúe según sus deseos y su modo de pensar. En mi opinión, la vida humana es el único concepto sagrado que

existe en la tierra. Rechazo todos los otros “deberes sagrados” que se nos imponen, los rechazo radicalmente”.

Ayse Girgin:

“Como mujer, y aunque no me relaciono con el militarismo desde el ejército, tengo que enfrentarme al militarismo en todas y cada una de las áreas de mi vida. Lucho contra él con todas mis fuerzas en este mundo que basa todas sus relaciones en nociones de hegemonía-opresión, discriminación machista y todo tipo de violencia, sangrienta y no sangrienta. Rechazo todas las manifestaciones del militarismo”.

Figen:

“Las mujeres somos el grupo más oprimido del militarismo, aunque no se nos reclute. El militarismo, como ideología patriarcal, define nuestras vidas, haciendo que las mujeres sean percibidas como propiedad, criadas, esclavas, objetos, personas que no están ahí para expresarse y sí para ser acosadas/violadas. En Turquía, donde hoy son visibles los rastros del golpe militar, del gobierno militar y de la guerra que hay, la liberación de las mujeres es posible a través de la lucha contra el militarismo.

Declaro mi objeción en nombre de los millones de niños y niñas cuyas vidas fueron partidas en dos después del golpe militar del 12 de septiembre de 1980. Presenciamos el terror de aquel 12 de septiembre y de lo que se siguió después, vivimos aquel terror. Mataron a nuestras personas queridas, hubo desapariciones, personas forzadas al exilio, o aterrorizadas a tal punto que aprendimos que el miedo es bueno. Con el golpe militar del 12 de septiembre, comprendimos para qué servían los ejércitos. El ejército es miedo, existe para crear miedo. El ejército es el terror”.

Todas estas declaraciones comparten un punto de vista feminista a la hora de hacer la crítica al militarismo. Lo fundamental es que dejan claro su rechazo al militarismo, adopte éste la forma que adopte. La tradición ubica la relación de las mujeres con el servicio militar en los temas de maternidad, de ser hermanas, esposas, novias de hombres que serán soldados. Sin embargo, las objetoras de conciencia, la mayoría feministas y antimilitaristas, manifiestan en sus declaraciones públicas que existen maneras de relacionarse con el ejército diferentes a las que concibe la tradición.

Los hombres intentan explicar el papel de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia como el de esposas, hermanas o madres de los objetores de conciencia. Ésta es la visión aceptada por todos. Cuando no se da dicha conexión, dicen los hombres, es porque la mujer tiene algún amigo objetor. Obviamente, estas razones que explican la implicación de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia parten de que la existencia de las mujeres

está supeditada a su relación con los hombres. Nuestras declaraciones públicas explican por qué estamos aquí, en este movimiento. Es evidente que apoyamos a los objetores de conciencia por negarse a realizar el servicio militar, así lo hace cualquier persona que esté sensibilizada con este tema. Pero nuestra intención y papel fundamental es visibilizar que el militarismo invade todas las áreas de la vida en sociedad, todas las relaciones sociales. Queremos que esto se vea con claridad, para poder combatirlo.

Sin duda, las relaciones llamadas “tradicionales” son en sí mismas rechazables, aunque cuando consideramos lo que se manifiesta vemos que estos contextos también quedan incluidos. Las objetoras de conciencia construimos nuestra relación con el militarismo a partir de nuestra propia existencia y nuestros “problemas” específicos, y no a través de los hombres de nuestras vidas. Como nuestras declaraciones reflejan claramente, no consideramos la objeción un mero rechazo al servicio militar obligatorio, sino que para nosotras es cuestionar el militarismo en su conjunto.

¿Qué significan las declaraciones de objeción de hombres y mujeres?

El punto común de las declaraciones de objetoras y objetores es su posicionamiento antimilitarista y la crítica abierta al militarismo. El objetivo es identificar y mostrar el militarismo en todas sus manifestaciones y todos los contextos, así como declarar públicamente que no participaremos en el militarismo bajo ningún concepto. Ninguna de las declaraciones de objetores u objetoras se limita a exigir la abolición del servicio militar obligatorio. Más bien, pretenden mostrar el militarismo como práctica criminal y perversa así como manifestar que sus crímenes nunca serán excusados.

A partir de aquí, entra en funcionamiento un proceso diferente, que introduce la diferenciación respecto a la resistencia de los objetores y de las objetoras: la posibilidad de que los hombres sean enviados a la cárcel o forzados a hacer el servicio militar. Este riesgo impone que los objetores se vean obligados a aceptar una “muerte civil”.

Las mujeres aún no se enfrentan a este riesgo de detención o encarcelamiento, lo que no significa que esto no vaya a ocurrir jamás. Actualmente, lo normal es que ni los hombres ni las mujeres sean procesados. Sin embargo, algunos hombres son procesados y castigados por no cumplir con las órdenes; para las mujeres, el único riesgo judicial surge del artículo que criminaliza “disuadir al público de que cumplan con su deber militar”. Hasta ahora ninguna mujer ha sido procesada por eso, y pienso que esto se explica en parte porque no se nos toma en serio.

El Ejército dispone de muchas herramientas para neutralizar las declaraciones de los objetores de conciencia. Como movimiento, intentamos influir en un

proceso que está de hecho determinado por otros. Sin embargo, frente a las objetoras de conciencia, el Ejército no parece tener una política clara a seguir. El potencial de la objeción de conciencia de las mujeres es que muestra que la cultura militarista de la sociedad no es inevitable o inmutable. La clave para salvar la lucha por la objeción de conciencia de las críticas existentes (equiparar la objeción de los hombres con la cobardía) son las declaraciones de las objetoras. La implicación de las mujeres en el movimiento puede llevarlo a otra fase. En este sentido, es deseable que se multipliquen las preguntas: ¿por qué?, ¿qué intentas decir haciendo eso? Las respuestas a estas preguntas podrían abrir la puerta a un nuevo mundo. Quizá sea demasiado pronto como para decir algo así, pero cuando imagino manifestaciones con miles de objetoras, también soy capaz de soñar con la posibilidad de llegar a la conciencia de las personas, atravesando las capas de polvo y corrupción de los siglos. Pero para que un sueño tan fantástico se haga realidad, todos y todas tenemos trabajo que hacer. La tarea primera y principal es asumir la responsabilidad de llegar a construir un movimiento.

Las necesidades de las objetoras de conciencia

A pesar de las críticas que se le hacen a las mujeres que deciden ser objetoras, seguimos aquí como objetoras y no pensamos dejar de existir. Después de tres años en la lucha, nuestra primera necesidad es conocernos mejor y crear juntas un lenguaje común que explique nuestra postura política. No conozco cuáles son las necesidades de las objetoras en otras partes del mundo, pero lo que necesitamos aquí en primer lugar es construir este lugar común. Nuestra historia es todavía muy corta. Como objetoras de conciencia que viven en Turquía, nuestra necesidad más urgente es ser muy conscientes de los puntos en que estamos de acuerdo y también de los que son diferentes, para poder crear un lenguaje que recoja el consenso más amplio posible dentro del movimiento. Todas y todos compartimos la crítica al militarismo en nuestras declaraciones públicas, las diferencias se dan en las argumentaciones que las fundamentan.

Sin embargo, algo que constantemente se ignora es que somos parte de la lucha antimilitarista. Sin duda, somos conscientes del amplio espectro del antimilitarismo. Cuando miramos la relación entre objeción de conciencia y mujeres, se ve claramente que estamos aún al inicio de un camino. Por eso, constituye una oportunidad de oro para la lucha antimilitarista que nosotras podamos reforzar que se planteen preguntas. Porque cuanto más se fortalezcan las preguntas, más sólidas serán las respuestas. En este contexto, es evidente que la comunicación y el compartir experiencias en el foro internacional nos ayuda tanto moralmente como en términos prácticos.

Un agradecimiento a Alp, Ash, Cuneyt y Ulku por su ayuda con la traducción y la corrección del turco al inglés.

Manifiesto mi rechazo al militarismo

Ferda Ülker

Como es lógico, desde que me he definido como antimilitarista y feminista, me considero objetora. Con la presente declaración, pretendo formalizar esta situación.

La lucha del movimiento de objeción de conciencia no es únicamente contra el servicio militar obligatorio. El nombre mismo alude una enfoque mucho más amplio. Y nosotras, las mujeres, tenemos una voz y ocupamos un lugar que es mayor que el de apoyo solidario al movimiento. La objeción de conciencia implica oponerse abiertamente al militarismo y a todo aquello con lo que éste se relaciona. El militarismo no está sólo en el Ejército: la vida cotidiana de la población está influida por una concepción del mundo militar, una concepción donde las mujeres ocupan una posición inferior e invisible, pues son consideradas personas de segunda clase (incluso aunque en ocasiones asciendan a alguna mujer de posición). Los conceptos que rigen este mundo son autoritarismo, jerarquía y obediencia. Nosotras las mujeres conocemos bien el significado y el impacto de estas palabras: aluden a las fronteras de un mundo que siempre nos fuerza a ocupar el segundo plano. Para las mujeres de esta región, el militarismo es siempre un invitado no anunciado que impone su presencia sin pudor en todos los aspectos de la vida: lo encontramos en las calles, en casa, en el trabajo, en nuestras relaciones, en nuestros campos de lucha, en todos lados.

Así pues, declaro que hoy, igual que ayer, desafiaré toda forma secreta o evidente de militarismo y que me solidarizaré con toda persona que le haga frente al militarismo. Mientras el militarismo siga resuelto a influir en mi vida, yo seguiré resuelta a continuar con mi lucha.

¡No al militarismo!

Un análisis feminista sobre la objeción de conciencia en Turquía

Por Hilal Demir, Internacional de Resistentes a la Guerra

¿ Por qué nosotras, las mujeres, nos declaramos objetoras de conciencia en Turquía cuando no tenemos que hacer el servicio militar? Deseo abordar algunos de los problemas y dinámicas de la objeción de conciencia, valorar las declaraciones públicas que hicimos las objetoras, y comentar los debates que se generaron.

Considero que al vivir en una cultura patriarcal, los movimientos de oposición, incluido el feminista, corren siempre el riesgo de masculinizarse. Este riesgo es tan fuerte que esta masculinización puede desnaturalizar, anaquilar la mayoría de los movimientos.

En mi opinión, ignorar el análisis feminista en un movimiento que lucha contra el patriarcado y sus operaciones condena el proceso al fracaso. En un movimiento como el antimilitarista, la lucha contra el machismo debería ser uno de los elementos fundamentales en la agenda. Además, si no prestamos atención autocrítica, los mecanismos insidiosos del sistema patriarcal se infiltrarán en el movimiento y lo trivializarán. Me gustaría citar a Pinar Selek, en un artículo que publicó en la revista de análisis feminista Amargi:

Aunque éste es un tema muy importante en lo que respecta a la militarización y la reproducción de la masculinidad, sigue siendo uno más de los muchos puntos de la agenda de lucha contra el militarismo. En especial aquí, en Turquía, el militarismo se relaciona con una gran cantidad de temas. Tenemos asuntos que resolver en lo tocante a la historia, la república, el enfoque predominante, incluso dentro de la propia oposición. Tenemos que desarrollar políticas contra la militarización de las políticas y de la economía, contra la rápida institucionalización del militarismo. Sin embargo, desde sus inicios, el movimiento antimilitarista ha fracasado a la hora de abordar temas que no sean el “servicio militar obligatorio” y “la alienación del servicio militar”.¹ Lo que el movimiento feminista aporta salvaría al movimiento antimilitarista de su restringida agenda y de las actitudes patriarcales en las que se ha estancado. Mientras los trabajos antiguerra y antimilitarista no consigan generar una agenda y un debate público feministas para cuestionar el militarismo, el nacionalismo y la política que organiza la guerra a través la integración en los micropoderes, seguiremos sin poder avanzar. Para evitar el estancamiento, el movimiento antimilitarista debe integrar el trabajo del movimiento feminista. Siempre ha tenido esta necesidad. [1]

Como mujeres y activistas en movimientos antimilitaristas, antiguerra y de objeción de conciencia, hemos estado buscando formas alternativas de expresar nuestra resistencia al militarismo. Hemos luchado por abrir un espacio que nos acogiera en los movimientos donde luchábamos porque éstos no incorporan el enfoque de género. En 1999, algunas activistas que trabajábamos en la Asociación de Resistentes a la Guerra de Izmir creamos el grupo independiente Feministas Antimilitaristas. Fue el primer grupo que tenía el objetivo de superar los problemas que enfrentaban las mujeres por el hecho de ser mujeres en el propio movimiento. En los años que se siguieron, se formaron grupos similares en varias ciudades.

En Turquía, como en la mayor parte de los lugares del mundo, es común definir la objeción de conciencia como la negativa a realizar el servicio militar obligatorio. Como las mujeres no tienen que hacer el servicio militar, se considera que no tiene sentido se declaren objetoras. Mi intención fundamental al declarar mi objeción era llamar la atención sobre el riesgo que corría el movimiento de convertirse en una especie de foro de política masculina, y recordarnos, además, que el militarismo no se circunscribe al tema del servicio militar. El hecho de que las mujeres no puedan ingresar en el Ejército turco se debe a la percepción de que no somos lo suficientemente dignas como para ingresar en una institución “tan noble”. Esto significa que el servicio militar no sirve únicamente para la “defensa de la nación”, sino también para que quede bien definido el estatus ciudadano de hombres y mujeres, y el lugar que cada grupo ocupa en la sociedad.

Cuando pensaba en qué poner en mi declaración pública, tenía muy claro qué puntos quería explorar en mi texto: causas de las guerras, cómo se usa a las personas en las guerras, cómo el militarismo presente en la vida cotidiana nos prepara psicológicamente para las guerras y la violencia, cómo perpetúa este sistema una vida social estructurada en torno a los papeles de género... En mi declaración quería rechazar todos estos puntos.

Esra Gedik es una de las analistas del tema de la objeción de conciencia de las mujeres en Turquía. A continuación, presento algunas de sus consideraciones sobre nuestra situación.

Las mujeres que declaran su objeción aunque no vayan a ser reclutadas lo hacen como forma de enfrentarse al militarismo, a todas las formas de la guerra, la violencia y la discriminación. Además, dirigen su mensaje a las fuerzas armadas y la propia guerra; a la economía de guerra y la mentalidad bélica. El sector más oprimido por el militarismo son las mujeres, pues el militarismo se construye desde el machismo, el patriarcado, el heterosexismo además de todos los otros tipos de discriminación. Por esa razón, la lucha que están haciendo las mujeres es

importante. Supone el rechazo a los ejércitos, a todas las guerras que éstos provocan y lideran, al armamento y a todos los tipos de armas y violencia en su conjunto. Son mujeres que se expresan como madres, como defensoras de la paz, como antimilitaristas, como personas. Y es la prueba de que ellas, en este movimiento, tienen más que decir y que hacer que sencillamente servir de apoyo a los objetores. Aunque las mujeres no son reclutadas, son en ocasiones parte del militarismo y por regla general siempre víctimas. Así pues, están alzando su voz contra todos los tipos de estructuras autoritarias, jerárquicas, nacionalistas, machistas y militaristas, porque no quieren matar ni morir en las guerras, y no quieren ser oprimidas ni explotadas. Seguir calladas equivaldría a apoyar la guerra. Existe una voluntad a favor de un mundo sin armas, sin discriminación racial, religiosa o sexista. [2]

Yo hice mi declaración pública el 15 de mayo del 2004 en el Festival de Militarismo que habíamos organizado. Nuestras declaraciones nos hace correr el mismo riesgo que corren los objetores, pues nos aplican la misma legislación. Es una estrategia política para intentar forzar al gobierno de la República de Turquía a posicionarse definitivamente sobre la objeción de conciencia; las declaraciones de las objetoras son parte de esta estrategia. Algo que comparten las declaraciones de las objetoras es su actitud feminista frente al militarismo. La mayoría de las definiciones de la objeción de conciencia incluyen el derecho humano a la libertad de conciencia y la objeción de conciencia como expresión personal de esta conciencia, así pues, como feminista no veo problemático el declararme objetora de conciencia.

El primer caso legal sobre objeción de conciencia en Turquía fue el de Osman Murat Ülke, en 1996. El caso fue muy problemático por la larga duración del proceso, la incertidumbre, el desgaste, las insuficiencias materiales, la falta de movilización, la marginalización, y la falta de apoyo de otros movimientos políticos. Todo esto generó agotamiento y problemas que nos acompañarían los años siguientes en el movimiento de conciencia. El impacto de la cultura en la que vivimos, el tener que trabajar estando agotadas y agotados, las muchas deficiencias... llevaron al movimiento a ocuparse exclusivamente de las declaraciones de los objetores de conciencia, pues se negaban a cumplir con un servicio obligatorio. Por lo tanto, se cayó en la creación de héroes, pues eran hombres que corrían el riesgo de cumplir condenas carcelarias prolongadas en un país donde la objeción de conciencia no es un derecho constitucional.

La negativa a hacer el servicio militar de los hombres y su posterior encumbramiento como “héroes” puede ayudar al desarrollo del movimiento en algún grado, pero debería aspirarse a ir devaluando este estatus, porque de lo contrario, no habrá espacio para las mujeres, será un movimiento sólo de hombres. De hecho, ya ha empezado a pasar en el movimiento de objeción de conciencia. El ‘heroísmo’ es un concepto masculino y militarista, y por tanto

debemos cuestionarlo. Es evidente que tenemos que desarrollar nuevas estrategias y actitudes. La única acción que hemos concebido hasta el momento se inscribe en el marco de la objeción de conciencia, y las mujeres tenemos nuestra parte de responsabilidad en esto. No hemos conseguido establecer prioridades que nos permitan disponer de tiempo para suscitar los puntos que consideramos importantes. No pretendo ser dura en mi crítica, pero creo que lo que hemos descuidado sobre todo es el tema de los problemas que enfrentamos por ser mujeres.

Recientemente, hemos empezado a discutir una cuestión importante: “Aunque estamos seguras de que queremos materializar enfoques y acciones antimilitaristas y feministas en la resolución de todos los problemas, ¿es la plataforma de objeción de conciencia el lugar adecuado para hacerlo?”. Para que esto se comprenda, he de aclarar que nosotras concebimos el concepto ‘objectora’ de manera distinta a cómo se concibe generalmente en el movimiento, de cómo lo conciben otras mujeres del movimiento de objeción de conciencia y el movimiento antimilitarista en su conjunto. Según estas otras personas, el término ‘objeción’ se acuñó por una situación legal, y debería, por tanto, restringirse al uso en este contexto. Se oponen a que las mujeres nos declaremos objetoras. Sostienen que las mujeres deben concebir, nombrar y luchar por sus propios temas. Que como las mujeres tenemos nuestro propio poder, tendremos que crear nuestras propias palabras contra el militarismo, en lugar de pretender cambiar el significado de ‘objeción de conciencia’.

Pienso que las declaraciones de las 12 objetoras de conciencia han ayudado a desarrollar la sensibilidad de género en el movimiento, cuestionando los debates sobre este concepto y animándonos a buscar un camino donde desarrollar nuevos enfoques. Las declaraciones de las objetoras nos ayudan a estar alerta, a hacernos más fuertes, y evitan, además, que nuestro movimiento se centre exclusivamente en los juicios a los objetores.

Dentro del movimiento antimilitarista, sólo veo que se realiza activismo en esa visión restringida de la objeción de conciencia. Y si las mujeres, que son invisibilizadas por el militarismo, son también ignoradas en el activismo, seguiremos atrapadas y atrapados en la trampa militarista.

Con todo, sigue pendientes de análisis varias cuestiones importantes como: ¿deberían las mujeres trabajar por su visibilidad dentro del campo de la objeción de conciencia, para ser “iguales” a los hombres? ¿Y cómo alentar actitudes no machistas dentro del movimiento? Las declaraciones de las objetoras han aportado más cuestiones aún, recogidas por Ayşegül Altınay en Amargi:

- ¿Quién y qué procesos dan a luz al Soldado Turco (y a su contrafigura, el Militante)? ¿Por qué creemos que somos Soldados Natos culturalmente y que la aportación más valiosa que podemos hacer a nuestra sociedad es servir en

el Ejército?

- ¿Cuál es el lugar que ocupan los hombres y las mujeres en la tesis Soldado-Nación?
- Si entendemos el militarismo de manera más amplia como glorificación de las conquistas y prácticas militares y crisol donde se forja la vida “civil”, ¿cuál es nuestra aportación al militarismo como “civiles”?
- ¿Qué aportan las mujeres?
- ¿Qué aportamos las feministas? ¿Podemos mantener nuestras declaraciones y actuaciones ante todos los tipos de violencia y militarismo?
- Resumiendo, ¿cuándo nos enfrentaremos realmente a los procesos de “ser” y “generar” soldados y militarismo? Si no somos Soldados Natos, ¿qué podemos hacer para no serlo? [3]

Hace poco tuvimos una reunión de mujeres de diferentes ciudades para debatir estos temas. Seguimos con el de la objeción de conciencia y estamos buscando nuevas estrategias para abrir nuevos caminos. Las necesidades que compartimos nos han llevado a establecer una red de mujeres, donde hemos empezado a analizar diferentes conceptos y formas en que desarrollar el activismo antimilitarista de las mujeres. Y veo que empezamos a recoger frutos en este proceso que comenzó en la práctica con las mujeres que se declararon objetoras de conciencia.

Un agradecimiento a Balam Kenter por traducir las citas en turco al inglés.

Notas:

- [1] Pınar Selek, “Feminizme ve anti-militarizme ihtiyacımız var (Necesitamos el feminismo y el antimilitarismo), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 27).
- [2] Esra Gedik, “Kadınlık ve Vicdani Red Üzerine” (Sobre la feminidad y la objeción de conciencia), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 38.
- [3] Ayşe Gül Altınay “Asker Türk’leri Ve Onların Asker Kardeşlerini Kim Doğuruyor?” (¿Quién está pariendo al “soldado turco” y a sus hermanos soldados?), Amargi, S.2, Autumn Issue 2006, p. 18.

Declaración de Objeción de Conciencia

No quiero vivir en un mundo machista, jerárquico, autoritario, militarista y patriarcal.

No quiero una educación basada en este sistema.

No quiero que la gente muera en guerras por una inconmensurable mentira.

No quiero tener que estar demostrando que soy un ser inteligente y una persona por el hecho de ser mujer.

No quiero ignorar las políticas de guerra del Estado y sus mentiras.

No quiero que los militares entrenen a la gente como corderos que irán al matadero.

No quiero que nadie decida por mí sin preguntarme.

No quiero que operen los conceptos y comportamientos militaristas en nuestros movimientos.

No quiero vivir bajo reglas patriarcales, y soportando normas que invaden mi vida privada.

No quiero que se juzgue la identidad sexual de las personas.

No quiero que me etiqueten como “madre”, “esposa”, “hija” y “novia” sólo porque sea una mujer.

No quiero vivir encerrada en fronteras.

No quiero matar ni que me maten.

Y, rechazo todo esto porque estoy escuchando mi conciencia.

Porque QUIERO vivir en libertad, con alegría, en un mundo donde no exista la guerra, ningún tipo de violencia, que sea anti-autoritario y que no imponga fronteras.

¿Y tú?

Hilal Demir

Esta declaración se publicó por primera vez en Izmir, Turquía en 2005

Las mujeres en el Movimiento por la Paz de Corea del Sur

Por Jungmin Choi, *Solidarity for Peace and Human Rights*

Paisajes militaristas después de la Democracia

En Corea del Sur el militarismo se basa en el Ejército, y el sistema de conscripción tiene una influencia considerable no sólo en la vida de los hombres, también en la de las mujeres. Dicha influencia va desde el uso de la violencia física directa hasta el tono cultural y emocional prevalente en la sociedad, pasando por un amplio espectro. Las activistas que trabajan en temas de objeción de conciencia al servicio militar, Seguridad Nacional, y paz y desarme se enfrentan a varias dificultades, que ilustran bien lo profundamente militarizada que se encuentra la sociedad surcoreana. A continuación presento mis reflexiones y experiencias como activista interesada en temas de pacifismo y feminismo.

Corea, como único país del mundo que está dividido, es un lugar donde la posibilidad de que estalle un conflicto militar entre el norte y el sur y la consecuente tensión militar son continuas. Aunque la distancia entre Corea del Norte y del Sur ha quedado mitigada a lo largo del prolongado proceso de reunificación y con la globalización neoliberal, la sociedad sigue creyendo que la seguridad se consigue gracias a la defensa militar. A lo largo de la historia, la población coreana ha creído que la defensa nacional y la defensa militar son conceptos vitales para su existencia como nación. Esta angustia por la seguridad (especialmente concebida así, militarmente) ha posibilitado que continúe vigente el sistema de conscripción “No preguntes”; peor aún, es responsable además de que la gente crea que la violación de derechos humanos dentro del Ejército es inevitable hasta cierto punto.

Con la obsesión por esta noción tradicional de seguridad, las diferencias entre los sexos se hacen más específicas, y se celebran la beligerancia y la violencia masculinas. Este patrón de comportamiento se puede apreciar por regla general en las relaciones internacionales, la guerra fría, la carrera armamentista, y también en las relaciones entre hombres y mujeres. No sorprende que el Ejército quede retratado como un activo defensor de la paz. En Corea, donde el sistema de conscripción ha sido duramente puesto en práctica, es innegable que las imágenes de las mujeres como ciudadanas de segunda clase, seres débiles, a los que hay que proteger, han sido necesarias para conformar y mantener el poder de la cultura militarista e incluso del propio Ejército. En la sociedad coreana, donde el equilibrio de poder es entendido como la única forma de sobrevivir, sólo se valora a los hombres con cuerpos aptos para el combate y la masculinidad. En consecuencia, las mujeres y personas con minusvalías quedan marginadas. Por

esta razón, en Corea a los objetores de conciencia se los asocia a menudo con seres afeminados o mujeres; pasan a ser ciudadanos de segunda clase que quedan excluidos de la sociedad.

El Ejército y la defensa nacional disfrutaban de una ideología y una historia muy sólida y compleja en Corea del Sur. En los más de 30 años de dictadura, el Ejército se ha convertido en un santuario que escapa al control civil. En su seno, se han producido numerosas violaciones de derechos humanos, situación que continúa produciéndose hoy. Aunque Corea del Sur, en general, se ha desarrollado en una dirección más democrática, estos logros no se aplican al ámbito militar, como si lo militar no entrara en la consideración del sistema democrático. Es un secreto a voces que algunos privilegiados abusan de su poder para conseguir que sus hijos no hagan el servicio militar. Corea del Sur no aplica la conscripción de manera universal, pues sólo se recluta a los hombres sin dinero o poder.

Últimamente, el nacionalismo y el patriotismo en Corea (las bases de una defensa nacional autosuficiente) han pasado a ser bastante amenazantes. Tanto las personas conservadoras como las de izquierdas sueñan con un país que no tenga que prestar atención a otros más poderosos, que pueda mantener su política sin tener en cuenta a las superpotencias, ejerciendo su autoridad soberana. Y es incuestionable: este tipo de patriotismo necesita del Ejército. Ahora es común ver a jóvenes estrellas en anuncios donde cuentan que se han enlistado, para alentar el patriotismo y que se participe en la cacería de quienes no quieren hacer el servicio militar. A diferencia de antes, cuando la mayoría consideraba que ingresar en el Ejército implicaba el “fin de la carrera a la fama”, ahora esto mejora la popularidad porque se considera que estos hombres se comprometen con la protección de las mujeres y de la familia. Como contrapunto, una estrella del pop que consiguió evitar legalmente la conscripción porque era ciudadano estadounidense, ahora no puede volver a Corea porque no hizo lo que prometió: renunciar a esa nacionalidad para poder servir en el Ejército.

Las mujeres y el Ejército

El debate sobre una decisión judicial que determinó que el trato preferencial (otorgar méritos computables a los hombres desempleados que hubieran hecho el servicio militar) es anticonstitucional muestran claramente cómo afecta el sistema de conscripción a las vidas de las mujeres de una forma u otra. (Con todo, se sigue pensando que este sistema no les afecta.) El 23 de diciembre de 1999, cuando el Tribunal Constitucional dictaminó que la política de méritos computables violaba la igualdad en la nación, los hombres que sintieron que esto era una provocación emprendieron ataques ciberterroristas contra sitios webs de organizaciones de mujeres, y contra la Universidad Mujer-es de Ewha, a la que asistía la parte litigante. Las activistas de estos grupos empezaron a sufrir vómitos y dolores de cabeza por la tensión soportada, ya que las webs estaban plagadas de insultos y amenazas. Tuvieron que cerrarlas.

A partir de esa época, el ciberterrorismo ha sido muy común: los sitios feministas que critican el Ejército o la cultura militarista son arrasados o cerrados por los ataques terroristas de hombres. En algunos casos, roban la información personal de las mujeres que participan en estas webs y la publican en sitios de pornografía en Internet. Una mujer estuvo sufriendo más de 60 llamadas telefónicas pornográficas al día, por ejemplo. La cuestión que afecta a la Universidad Mujer-es de Ewha no acaba aquí. En 2003, en pleno debate social sobre la objeción de conciencia, cuando expresaron su apoyo a este movimiento, su web volvió a quedar cerrada. Desde entonces, se considera esta web el lugar de encuentro del movimiento feminista, y no cesan los ataques a manos de hombres militaristas cada vez que surge un debate social sobre las mujeres y los ejércitos.

El papel de “protector” es alentado también por la gratitud y el respeto de quienes reciben esa protección, por eso, por ejemplo, en los colegios se le escriben cartas de agradecimiento a los soldados. Las personas ciudadanas de segunda clase, mujeres y hombres con discapacidades, que sólo pueden estar en el grupo de las personas protegidas, no tienen derecho a expresar sus opiniones.

Una de las preguntas que más me hacen como objetora de conciencia es “¿Por qué si no tenéis que hacer el servicio militar os ponéis a debatir este tema?”. La pregunta es reflejo de la ideología prevalente en la sociedad coreana, que ha silenciado las voces de las mujeres en lo concerniente al Ejército o la conscripción, tanto visiblemente como de forma invisible.

En los inicios del movimiento, yo participaba en debates online porque, como mi nombre puede ser de hombre o de mujer, creían que era un hombre. Cuando quedo con alguien a quien no conozco en persona, siempre le sorprende que sea una mujer. Ya me he acostumbrado al “¡Pero si eres una mujer!”. Sin embargo, en los debates de la televisión, o en los artículos de los periódicos que van con foto, no he tenido esa presencia. No sólo porque las personas a cargo consideraban el hecho de que soy mujer, sino también por seguridad mía, pues el tema me preocupa desde que he visto lo que le pasa a las mujeres que se expresan públicamente. Mi autocensura llegó a tal punto debido a todo esto, que me vi hablando del Ejército, de la conscripción o del militarismo de manera muy limitada, o buscando que lo hiciera algún hombre en mi lugar, incluso aunque no nos hubieran pedido que el portavoz fuera un hombre. Mis compañeras activistas que han sido objeto del ciberterrorismo por ser de la Universidad Mujer-es de Ewha, dicen, a día de hoy, que siguen sin decirle a la gente que no conocen bien que estudian allí.

La población está convencida de que las mujeres no tienen derecho a debatir nada relacionado con temas militares. Este tipo de hechos (que las mujeres que no hacen el servicio militar no pueden hablar) define el Ejército como un ámbito exclusivamente masculino/de hombres, restringiendo el acceso de las mujeres a

él. Dicha actitud impide que la gente se dé cuenta de cómo el Ejército coreano y la cultura militarista coreana han estado exacerbando el sistema que regula los papeles de género, la explotación de los derechos humanos, y el derecho de una mujer a la vida. Por estas razones, cuando las mujeres coreanas hablan contra el sistema de méritos y a favor de la objeción de conciencia sólo se entiende que lo hacen desde su posición de madres o esposas de soldados.

Los inicios del movimiento de objeción de conciencia

La gente ha estado practicando la objeción de conciencia al servicio militar durante al menos 60 años, y se les ha castigado por ello. Pero no fueron motivo de interés hasta que una revista semanal sacó el tema en su portada a principios del 2001. Antes de este artículo sobre la objeción de conciencia de los Testigos de Jehová, nuestra sociedad había tratado a los objetores como si fueran invisibles. Aunque nunca antes se había discutido este tema a nivel social, ahora ha pasado a ser un tema de debate.

Cuando creamos el movimiento de objeción de conciencia, empezamos por mostrar el sufrimiento de los objetores de conciencia y de sus familias. De hecho, durante la dictadura militar, cuando se negaban a sostener un fusil entre las manos, muchos recibían palizas, que en ocasiones les costaban la vida. La necesidad más urgente que teníamos era transformar su imagen, pues estaba gravemente dañada. No queríamos hacerlo con argumentos lógicos, sino consiguiendo generar un ambiente emocional en la sociedad. Según previmos, se armó un gran revuelo: la gente empezó a darse cuenta del abuso de las violaciones del gobierno y de lo irresponsable que era no querer enterarnos del tema. Y entonces llegó la represión sistemática del ministerio de la Defensa Nacional y de los grupos cristianos conservadores. Cínicamente, presentaron a los objetores como un grupo de privilegiados que intentaban librarse del servicio militar, ilegalmente. Asimismo, hicieron hincapié en el hecho de que la mayoría de los objetores pertenecen a una religión determinada, para que se les diera el trato especial de herejía. Pronto la sociedad le dio la espalda a los objetores de conciencia, y dejó de ser posible tratar el tema con argumentos en el foro social.

El movimiento de objeción de conciencia y las mujeres

La crítica feminista al activismo dominado por los hombres es ya una realidad en casi todos los movimientos sociales, y casi siempre enfrenta una poderosa oposición, que adopta muchas formas y que se da en muchos terrenos. Según lo que yo entiendo, esta oposición se basa en el argumento de que la crítica feminista socava la Causa Mayor del movimiento, y elimina la posibilidad de que se encuentren formas más eficaces de resistencia. Yo no creo que las críticas feministas existentes en el movimiento por la paz y de mujeres se produzcan para crear problemas: muy al contrario, señalan que existen diferentes enfoques sobre lo que es la paz, y no se puede ignorar esto. Las activistas también nos negamos a ser consideradas un grupo con una sola identidad, hemos cuestionado el constructo Mujeres y “nosotras” para averiguar dónde estamos cada una en

realidad. Además, nos oponemos a cómo se presentan nuestros sufrimientos en el movimiento Antiimperialismo Estadounidense o en el de la guerra de clases. Estamos planteándoles a los y las activistas la necesidad de análisis y redefinición de una metodología dentro del activismo para evitar que se reproduzca la dominación masculina.

La marginalización de las mujeres dentro del movimiento de objeción de conciencia tiene que ver con la breve historia de siete años del movimiento. Al participar en la lucha contra la oposición y la violencia hacia el movimiento, no hemos tenido elección: hemos tenido que limitar lo que queríamos decir. Esta estrategia tuvo aspectos positivos: mostró el sufrimiento y el dolor del objeto y de la gente que le rodea, familia y amistades. Pero también es verdad que dicha representación facilitó que se distorsionara el sufrimiento de los objetores para colmar la interpretación social de ellos, a saber, que un objetor era una “pobre víctima” de la violencia del Estado, en lugar de un activo resistente al militarismo. En consecuencia, los objetores de conciencia tuvieron que adaptarse (al margen de sus específicas personalidades) al papel de “buena gente” que soporta en silencio la crítica de la sociedad, lo que no ha sido sólo una carga para los objetores, sino que ha contribuido además a marginalizar a quienes les apoyaban, en especial, las mujeres. El fenómeno ha sido más común en el servicio social alternativo, donde el activismo ha estado excesivamente centrado en los objetores individuales y donde las mujeres sólo han sido personajes secundarios de apoyo (por ejemplo, en el tema apoyo a los presos). Por otro lado, con objeto de criticar la fuerte masculinidad que la sociedad espera de los hombres, cada objetor, individualmente, tenía que convertirse en un superhéroe. No tuvieron más elección que objetar a hacer el servicio militar, no porque fueran extraordinariamente valientes sino porque son débiles, demasiado débiles como para poder entrenarse militarmente en desarrollar la capacidad de hacerle daño a alguien. [Dificultades de traducción.] Estos papeles de género que se esperan de las activistas también, junto con un ambiente que hace énfasis en la obediencia ciega ha desesperado a las activistas y oscurecido los objetivos de nuestro movimiento.

Yo espero que el movimiento de objeción de conciencia nos proporcione la oportunidad de averiguar dónde estamos en esta sociedad donde la violencia se encuentra normalizada, y si somos o no parte de esta violencia. Espero que sea un movimiento que nos empuje a pensar cómo se crea la violencia en nuestra sociedad y que nos ayude a evitar que entre en nuestras vidas cotidianas, en vez de limitarse a entender el mundo y establecer el papel del movimiento desde la arena de la esfera pública y los discursos grandilocuentes.

Pensar el movimiento de objeción de conciencia como proceso y no como producto, ¿no sería acaso ejercer un activismo por la paz auténtico?

Un agradecimiento a Dongyoung Kim por la traducción del coreano al inglés.

Paraguay@s unid@s contra el militarismo

Por María Elena Meza Barboza, Movimiento de Objeción de Conciencia Paraguay

En el Paraguay, los sectores más pobres de la sociedad son criminalizados a través de la maquinaria del Estado: su ejército, policía e incluso las estructuras judiciales, son las que pavimentan el camino a la represión o a privar a la gente del acceso a los servicios básicos, como sanidad, educación y vivienda.

Militarismo en Paraguay

En el Paraguay el militarismo es muy fuerte todavía en términos de estructura en el sentido de que existen muchos cuarteles o destacamentos militares. Además, se asigna mayor presupuesto a las fuerzas armadas que a salud y educación. Este desvío de recursos económicos y humanos al ejército es perjudicial porque es un aparato que está encargado muchas veces de reprimirla y en especial a los sectores más pobres.

A pesar de que todo el aparato del estado, con su estructura militar y policial, se mejoró en muchos aspectos en la democracia aún falta mucho por hacer. Esta estructura muchas veces no protege al pueblo, un ejemplo claro es el poder judicial que existe solo para los poderosos y los que tienen dinero.

En los últimos tiempos los militares en el país tenían mucho dinero que cobrar. Primero inventaron un conflicto con Bolivia [1], después se pusieron a reprimir o generar miedo a las personas. Se ponían frente a los colegios con sus armas y uniforme para que nadie se comporte mal, porque a los chicos de colegios se les daba por manifestarse mucho incluso romper portones si se oponían las autoridades a que lo hagan.

Después ya estaban en todas partes en la capital, estaban en los colegios, en los shopping, en las plazas, en las esquinas, en todos lados, un tiempo ya parecía que todos los días estábamos en estado de sitio.

Después como que disminuye un poco la cantidad de militares en las calles por diferentes acciones que hemos hecho como MOC y también la sociedad en general, pero al Estado se le ocurre crear lo que es la guardia urbana en Asunción y solo para el centro de Asunción. Pero lo que actualmente está ocurriendo es que se están expandiendo como para que la gente no perciba de golpe eso lo hacen de a poco y lo hacen bordeando todo lo que sería El Bañado que es la zona donde casualmente vive gente pobre, o sea, los criminales para ellos.

Y por cierto en el interior del país se les ocurrió la magnífica idea de invadir

los terrenos de los asentamientos campesinos e indígenas [2] además de estar constantemente coaccionándoles y matando en las manifestaciones campesinas.

El movimiento antimilitarista en Paraguay

Desde sus comienzos el MOC fue uno de los grupos, es más yo diría que es el único movimiento social antimilitarista que sigue siendo oposición de las fuerzas armadas y la cultura violenta en nuestro país. A pesar de que es un país que culturalmente conserva la cultura militar a través de valores como el patriarcado, el machismo, la sumisión, la solución de conflictos de forma violenta, nosotr@s como movimiento estuvimos haciendo frente a todos esos valores desde el comienzo, a pesar de que no fue fácil hoy podemos decir que tenemos muchos logros tan fortalecedores y satisfactorios para nosotr@s y sobre todo visibles en la sociedad, uno de ellos es haber instalado el derecho de la objeción de conciencia y que todos los días esté gente declarándose objetores no solamente en Asunción sino en todo el país.

La declaración de objetores se debe a que en un comienzo rompimos el miedo que existía en ejercer el derecho a la objeción, a pesar de ya haberlo introducido en la constitución nacional existía todavía mucho miedo en la sociedad al ejercicio de los derechos.

En 1995 la primera objetora de conciencia hizo pública su declaración de objeción [3] y después a partir de ese momento las mujeres del MOC se declaran objetoras cotidianamente. Otro grupo de mujeres se declaró en 2002 [4], en que se declaran mujeres famosas, otro grupo se de mujeres del MOC y de la sociedad en general se declara públicamente en el 2004, pero el Congreso no quiso expedir el carné a las chicas porque la Constitución no obliga a las mujeres a realizar el servicio militar.

También las formas como resolvemos conflictos y las acciones no violentas que hacemos la gente va tomando como alternativas y las va incorporando a sus grupos, muchas veces otros movimientos nos llaman a pedir capacitación sobre lo que es ADN, nos piden que seamos seguridad en sus manifestaciones y eso demuestra para nosotros una postura que nos hace ver que ellos prefieren una forma de solución de conflictos no violenta.

Somos aliados de muchos movimientos sociales como los movimientos estudiantiles, de Bañados, niños y adolescentes, salud, las víctimas del Ycuá Bolaños (un gran supermercado que ardió el 1 de agosto de 2004, dejando al menos 400 muertos y más de 500 heridos), etc. y eso nos da fuerza para seguir haciendo cosas día a día, porque significa reconocimiento social, porque eso significa que lo que hacemos vale a pesar de no ser un movimiento de un gran número de personas ni de redes incluso a pesar de ser 10 o a veces poco menos de 10 estamos muy felices de hacer lo que hacemos.

Ser una objetora de conciencia

En el MOC la organización es una sola, tanto para hombres y mujeres, no existe diferencia ni tampoco existe una organización aparte que sea feminista y antimilitarista, la única organización en la que estamos las mujeres antimilitaristas y hacemos cosas en torno a todo lo que significa el antimilitarismo, la objeción de conciencia y cultura de paz es el MOC, y el acompañamiento por parte de los compañeros es siempre la mejor en eso no tenemos problema las chicas del MOC.

Sobre el servicio militar, este es obligatorio para los hombres, incluso los niños son reclutados, sobre todo en las zonas rurales. La declaración de objetoras no es reconocida por el Estado en el sentido de que la ley del servicio militar no es obligatorio para las mujeres entonces no es necesario que las chicas tengan su carné de objeción a pesar de que no tendría porque haber discriminación en ese sentido, no obstante en algunos casos hemos conseguido el carné todo depende de la coyuntura y presión que hagamos. Pero de hecho existen muchas chicas que son objetoras.

Socialmente las personas se preguntan que hacen las mujeres en el movimiento si el servicio militar no es obligatorio para ellas, la gente cree que la objeción solo afecta a los hombres, afortunadamente hemos demostrado más de una vez que eso no es así y que el militarismo nos afecta a todos, que la violencia nos afecta a todos. En el movimiento no hay dificultad en cuanto a que exista mujeres objetoras.

El M.O.C. es un movimiento que mucha gente piensa que esta integrado solo por varones, porque el servicio militar es obligatorio solo para varones, pero el M.O.C. desde sus comienzos siempre fue un grupo integrado por varones y mujeres y donde todos tienen el mismo nivel de incidencia en las decisiones porque estas se toman por consenso. En algún tiempo el movimiento estuvo conformado por más mujeres que hombres eso es algo que no se ve como negativo sino como algo que da más fuerza y legitimidad. Es más siempre nos preguntan a las chicas porque estamos en el M.O.C. y eso del servicio militar no nos afecta a nosotras, y siempre respondemos que si nos afecta, es más les afecta a todos, niños, adultos, todos, porque todos queremos una vida mejor y cada una de las personas que forma parte de esta sociedad contribuimos de alguna manera para eso ya sea con nuestros impuestos, estando en un movimiento social, luchando por una ideología, con nuestro trabajo, o simplemente no haciendo nada también colaboramos con algo, y es por eso que las chicas del M.O.C. decidimos ser antimilitaristas porque a diario queremos colaborar para cambiar esa cultura machista que hay en la sociedad paraguaya y si nos afecta mucho, queremos que se acabe la dominación de los grupos de poder hacia los pobres, niños, indígenas y también nosotras las mujeres y es por eso que día a día aportamos nuestro granito de arena.

No nos gusta el ofrecimiento que nos hacen las fuerzas armadas y el estado en sí como ciudadanos, porque ellos dicen vamos a darle su lugar a la mujer, miren ya no somos machistas, ya no discriminamos ahora las mujeres también pueden estar en el ejercito, pero nosotras decimos para qué, para aprender lo mismos que siempre ha hecho las fuerzas armadas matar, torturar, oprimir al pueblo, colaborar con las injusticias del gobiernos del turno.

Así, en relación con la entrada de las mujeres a las fuerzas armadas, no estamos de acuerdo con que las mujeres deben realizar los mismos roles que los hombres dentro del ejército, creemos que no todos los espacios son válidos, creemos que entrar en la academia militar no es un buen lugar, no es un buen lugar no solo para las mujeres, no es un buen lugar para los niños, el ejercito no es un buen lugar para nadie.

Desde una perspectiva de género, una forma importante de como nos afecta el militarismo son los valores, valores que están muy arraigados a la cultura y en lo que es lo milicia y es eso justamente lo que queremos que acabe, queremos que acabe el la cultura militar en los colegios, calles, en la casa, en todos lados. En el país tanto hombres y mujeres se ven afectados por el militarismo en el sentido de represión de las luchas sociales, sean que estas defiendan derechos de mujeres o cualquier otro derecho, y más aún en el campo. Sin embargo, en lo que se refiere a valores militaristas, comúnmente lo sufren más las mujeres que los hombres, ya que este país es un país muy machista hasta hoy día a pesar que muchas organizaciones hemos tratado de cambiar eso, el machismo es una práctica muy común y no solo por los hombres o por las instituciones que incentivan ese tipo de valores como las fuerzas armadas, sino que es también muy practicado por las mujeres mismas, es más muchas mujeres y mucho más aún en el campo siguen creyendo que eso tiene que ser nomás luego así, un ejemplo, para ilustrarles mejor.

Las tareas domesticas siempre deben ser hechas por las mujeres, las mujeres siempre deben servirles a los hombres. A las niñas se les enseña que deben hacer las tareas domesticas y que tienen que servirle a los hombres desde niños por ejemplo a los hermanos, etc., Eso es avalado por la mayoría en la sociedad, y la gente se sorprende si un hombre por ejemplo lava sus ropas o hace tareas domésticas a pesar de vivir en pareja con una mujer o vivir con su madre o hermana, por lo general se mira eso como raro o se dice que la mujer es una haragana.

Lo mismo sucede si el hombre tiene muchas mujeres es un ídolo y se le alaba, pero si la mujer no le gusta el compromiso y dice yo quiero amor libre se le tilda de que es una mujer sin moral. Hay que resaltar que esto ha disminuido mucho en la capital y los lugares más urbanos, pero existe mucho todavía y esta muy arraigado este tipo de pensamiento en las áreas rurales.

Como ejemplo final, en lo que se refiere al estado civil de casada, las mujeres automáticamente al casarse en su cédula de identidad llevan el apellido de su marido, el famoso Juanita Pérez de fulano de tal, y si una no quiere llevar el apellido debe hacer una declaración primero que no quiere y después de hecha la declaración recién puedes seguir usando tu apellido que es algo sumamente ridículo porque eso es con lo que cada persona se va a identificar y le tiene que gustar, tiene que tener el derecho de poder elegir su identidad en ese sentido.

Finalmente les cuento que en especial en número las chicas en estos últimos años del M.O.C. hemos sido más, pero no por eso hemos tratado de convertirnos en un grupo feminista, en algún momento surgió el planteo de uno de esos grupos de separar el M.O.C. y crear un grupo feminista antimilitarista aparte pero nosotras creemos que no es necesario separarnos de los compañeros para hablar de feminismo y antimilitarismo porque creemos que podemos hablarlos entre todos y llevar proyectos como MOC.

Notas

- [1] "El presidente de Paraguay afirma que es posible un conflicto con Bolivia para justificar aumento del presupuesto militar". <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=37547>
- [2] <http://elyacare.wordpress.com/2008/01/23/denuncian-en-paraguay-atropellos-a-asentamientos-campesinos/>
- [3] Esta declaración se presenta junto al artículo.
- [4] Esta declaración se presenta junto al artículo.

Breve historia del movimiento antimilitarista en Paraguay.

La historia del MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) data de 1981, solicitando la eliminación del servicio militar obligatorio. La intención inicial era pedir la abolición del servicio militar, pero se cambió por la petición del reconocimiento de la objeción de conciencia como propuesta transitoria.

- En abril de 1992, la Comisión Redactora de la Convención Constituyente aprueba en términos muy restrictivos un artículo sobre objeción de conciencia al servicio militar.
- En mayo de 1993, el primer grupo de objetores está constituido. Con el apoyo del Serpaj-Py se profundiza en la formación antimilitarista, preparación de la primera presentación, formación de grupos de apoyo, diseño de la estrategia de comunicación, etc. el temor a una reacción

represiva legal o ilegal era muy grande. Más tarde el primer grupo de 5 objetores de conciencia se presenta y logra un amplio destaque en los medios de comunicación. Los militares prefieren no reaccionar ante la aparición del primer grupo.

- En mayo de 1994 se presenta el segundo grupo de 7 objetores de conciencia
- El 17 de agosto se presenta el tercer grupo de 6 objetores, cinco hombres y una mujer. La Comisión de Derechos Humanos de la Cámara de Diputados, resuelve recibir todas las declaraciones de objeción de conciencia y entregar una constancia de dicha recepción. En se momento nace el Movimiento de Objeción de Conciencia (MOC).
- El 24 de julio de 1995 Día del Ejército e inauguración de la pista de desfiles del Gral. Lino Oviedo. Acciones directas del MOC y otros grupos políticos durante la ceremonia, y fuerte represión policial-militar.
- El 9 de agosto se presenta el grupo de mujeres antimilitaristas del MOC. Ver declaración en pág. 140
- El 15 de diciembre el MOC recibe el premio Memorial de la Paz y la Solidaridad con los Pueblos, otorgado por el Premio Nóbel Adolfo Pérez Esquivel.
- En febrero de 1996 la Central Nacional de Trabajadores lanza la campaña “Basta al servicio militar obligatorio”, de apoyo a la OC.
- En febrero de 1997, se refuerza el reclutamiento forzoso en zonas rurales del país. En mayo las iglesias presentan un manifiesto solicitando se legisle con las más amplias garantías el derecho de OC.
- El 17 de octubre 81 organizaciones sociales y campesinas solicitan al Congreso la reducción del 25% del gasto militar, durante el estudio del presupuesto para 1998.

PRESENTACIÓN DE MUJERES OBJETORAS DE CONCIENCIA, 1995

Comunicado de prensa

El miércoles 9 de agosto, un grupo de 11 MUJERES vamos a presentarnos públicamente como OBJETORAS DE CONCIENCIA a las 8:30 de la mañana frente a la comisión de DD.HH. en la casa de la cultura. En Paraguay hay 8 mujeres que ya se han presentado anteriormente como objetoras pero éste es el primer grupo formado exclusivamente por mujeres. Con tal motivo queremos expresar los motivos de nuestra objeción:

Objetamos al Servicio Militar ya que en el mismo se aprende la imagen machista del hombre, entendida como el macho, fuerte, insensible, que aguanta todo, el guerrero, educado para la vida dura de “afuera de la casa”, al contrario de la mujer, débil, floja, ingenua, educada para servir en la casa y ser el reposo del guerrero, hecha exclusivamente para atender al hombre.

Objetamos al Ejército por ser el brazo armado de este sistema basado en todo tipo de injusticias en el que unos pocos acaparan las riquezas y explotan al gran resto manteniéndoles en la pobreza.

Objetamos al militarismo como fenómeno que impregna a todos los ámbitos de la sociedad valores como la obediencia frente a la creatividad, la prepotencia respecto al otro/a, el machismo frente a las relaciones de respeto entre los sexos, la violencia frente al diálogo en la resolución de los conflictos, la sumisión frente a la responsabilidad y la autogestión, el autoritarismo frente a la libertad, etc.

Todo ello sitúa a la mujer en un mayor grado de marginación respecto del hombre.

Las mujeres representamos 1/3 de la población activa mundial, realizamos 2/3 del trabajo mundial por una décima parte de su salario medio y controlamos un 1% de la riqueza mundial.

Vemos necesario criticar y no aceptar aquellas definiciones de cultura, situaciones o instituciones que no faciliten un camino de liberación para la mujer, al margen del grado de

participación que tenga el hombre en ellas.

Para detener el creciente militarismo nosotras, las mujeres, debemos ser capaces de construir esquemas de organización social alternativos mediante la participación en espacios culturales, sociales, políticos, etc. potenciando valores tales como la confianza mutua, solidaridad, cooperación, etc. Espacios, donde las decisiones sean asumidas y tomadas de manera consensuada, donde la autocrítica nos permita no reproducir esquemas que conlleven a cualquier tipo de marginación.

Buscamos que los hombres tomen conciencia de las prácticas, roles y valores machistas que nos imponen. Que se autocrítiquen y se corrijan.

Pretendemos que las mujeres tomemos conciencia de la situación de discriminación que padecemos y nos unamos para revelarnos y lograr dignificar tanto nuestra condición de mujer como nuestra sociedad.

No hay posibilidad de cambios reales en las relaciones humanas y sociales sin la participación de las mujeres en dichas transformaciones. Por ello es necesario también la implicación de la mujer en la lucha antimilitarista para ir construyendo desde ya una sociedad justa así como para ir consiguiendo la liberación de la mujer.

MUJERES ANTIMILITARISTAS - M.O.C.

Presentación de grupo de mujeres objetoras y antimilitaristas

Mujeres Antimilitaristas del Movimiento de Objeción de Conciencia de Paraguay (25 de Mayo de 2002)

En el marco del día Internacional de la Objeción de Conciencia, el Grupo de Mujeres Antimilitaristas del MOC-Paraguay ha presentado el tercer grupo de mujeres objetoras. Unas 25 mujeres dijeron no al servicio militar y por sobre todo a las Fuerzas Armadas como institución que representa la cultura patriarcal. Así también con el acto se busca demostrar que el anuncio publicitario realizado por las Fuerzas Armadas de integrar a las mujeres dentro del cuadro de oficialidad de las mismas, es rechazada por un sector importante de la sociedad. A continuación el manifiesto elaborado por las coimpañeras.

"Porque la Igualdad no es solo una cuestión de Espacio".

En el marco del Día Internacional de la Objeción de Conciencia, las Mujeres Antimilitaristas del MOC, en nuestra tercera presentación, nos declaramos objetoras de conciencia a un sistema de dominación representado por una cultura de opresión económica, social, cultural, de hombres contra hombres y mujeres contra mujeres.

Objetamos a ocupar espacios que no construyan alternativas positivas de participación femenina, pues la inclusión de mujeres a la Academia Militar es una justificación de más presupuesto para una Institución cuyo único rol en nuestro país es corromper y robar.

Por tanto denunciemos que el militarismo no es solo un problema de género sino también un problema social, porque implica la manutención de todo un sistema de valores verticalistas y autoritarios significando un retroceso en nuestra lucha por una sociedad desmilitarizada y democrática.

No creemos en las FFAA como Institución dada que su esencia esta basada en la violencia y la cultura patriarcal y, por tanto, nos negamos a ser objeto de esta estructura formando parte de ella.

La Objeción de conciencia es un derecho universal. Somos Objetoras no objetos

Introducción a Colombia

Colombia es un país caracterizado por la violencia diaria y las enormes diferencias entre la población rica y la población pobre. El país se encuentra muy militarizado, y existe una guerra civil desde hace más de 40 años. El Ejército del gobierno, las guerrillas FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia) y ELN (Ejército de Liberación Nacional) junto con los cuerpos paramilitares tienen una presencia evidente en la sociedad, por sus actos violentos y porque reclutan a jóvenes. El militarismo es espejo del patriarcado colombiano. Sólo los hombres hacen el servicio militar con el Ejército del gobierno, pero en nombre de la igualdad de género, las mujeres también son reclutadas por las guerrillas y los cuerpos paramilitares. Debido a esta situación que sufre la sociedad colombiana, las mujeres del movimiento antimilitarista se declaran objetoras de conciencia, además de oponerse al militarismo en un sentido más amplio.

Presentamos a continuación un texto de Andrea Ochoa sobre objetoras colombianas y varias declaraciones de las mismas.

Por Ellen Elster, Internacional de Resistentes a la Guerra

Objetoras de conciencia en Colombia

Por Andrea Ochoa, Acción Colectiva de Objetores y Objetoras de Conciencia

Dentro de la historia de la Objeción de Conciencia en Colombia es bien interesante encontrarse con que el primer antecedente de una acción encaminada a cuestionar la obligatoriedad del servicio militar fuese realizado por una mujer. Carlota Rua, líder del sindicato Obrero de la Dorada fue quien en 1924, durante el primer Congreso Obrero, abrió la discusión entorno a que los jóvenes obreros y campesinos no fuesen obligados a empuñar las armas dentro del ejército nacional, pues consideraba injusto que fueran sacados de sus tierras en donde aportaban al país con su trabajo, para ser forzados a destruirlo haciendo parte de las filas. Esta misma iniciativa impulsó a otro grupo de mujeres a oponerse a que sus hijos y esposos fueran reclutados durante la época de la guerra contra el Perú, haciendo su objeción pública y generando controversia dentro del país [1].

Con el paso de los años y el encrudecimiento de la guerra interna en el país, las mujeres han seguido teniendo un papel protagónico a la hora de hablar de iniciativas organizadas en contra de la guerra, en búsqueda de la paz y de soluciones mediadas al conflicto armado. Vale la pena mencionar los esfuerzos realizados por la mesa de Trabajo “Mujer y Conflicto Armado”, que agrupa a diversas organizaciones y personas en pro de investigar, señalar y cuestionar las múltiples formas de violencia que afectan a las mujeres, jóvenes y niñas en el contexto del conflicto armado interno colombiano; labor de suma relevancia puesto que por muchos años se estaba invisibilizando la crudeza de los actos violentos dirigidos específicamente al género femenino por parte de los diversos actores armado [2].

De la misma forma, es importante remarcar la labor de la Alianza “Iniciativa de Mujeres Colombianas por la Paz”, que también recoge diversas organizaciones y que surge en el marco de la resolución 1325 de las Naciones Unidas, aprobada el 31 de octubre de 2000, teniendo como objetivos la participación de las organizaciones de mujeres en la negociación y diálogos del conflicto armado, aportar en el proceso de reconciliación nacional y reducir la afectación del conflicto armado en las mujeres [3]. Dichas organizaciones han realizado importantes labores de incidencia política, trabajo social y demostraciones públicas.

A pesar de que dentro del movimiento particular de objeción de conciencia, la perspectiva de género no es tan clara, puesto que tanto mujeres como hombres se reflejan en los principios de la no-violencia activa, el antimilitarismo y una visión amplia tanto de las causas estructurales del conflicto armado y el ambiente de guerra en Colombia, como de la propuesta de soluciones o alternativas desde

diversos enfoques, las mujeres son de suma relevancia dentro movimiento. Es importante tener en cuenta que en nuestro país el servicio militar es obligatorio sólo para los varones y por lo tanto la posición de las mujeres se ha extendido mucho más allá de solidarizarse con sus amigos, parejas e hijos frente a este punto para aportar su trabajo e iniciativas a la construcción de una Colombia que aprenda a transformar sus conflictos sin el uso de la violencia, más equitativa y sin la injusticia social tan aguda que alimenta todos los demás problemas del país. En esta medida, el trabajo en objeción de conciencia ha tenido un gran desarrollo entorno a la construcción de una pedagogía alternativa, acercándose así a niños, niñas, jóvenes y adultos de todas las condiciones sociales y culturales con su propuesta no-violenta. Igualmente ha ampliado sus horizontes para tocar temas como la injusticia del cobro excesivo de los servicios públicos la importancia del comercio justo, conciente y solidario, la creatividad a la hora de proponer acciones directas, etc. Labores en las cuales las mujeres han aportado de una manera importante.

Asimismo es relevante tener en cuenta que además del servicio militar obligatorio, en Colombia los grupos al margen de la ley, tanto guerrilleros como paramilitares, reclutan forzosa y voluntariamente a hombres y mujeres cada día bajo la consigna de la igualdad de género. Esto ha hecho de suma importancia la declaratoria de muchas mujeres como objetoras de conciencia, negándose a participar en cualquier ejército y a aportar de cualquier manera a la cultura machista, patriarcal y militarista que sostiene a la cruda violencia que sufre Colombia.

De esta manera las mujeres, dentro del movimiento de objeción de conciencia en Colombia, han permitido que tanto el problema como las propuestas frente a la guerra sean abarcadas desde una perspectiva amplia, comprendiendo la complejidad de la realidad Colombiana y la necesidad de proponer alternativas estructurales y profundas. Sigue siendo conmovedor ver que somos nosotras quienes tenemos el mayor poder de convocatoria para realizar actos públicos y que los hombres, además de sentirse acompañados en su negativa al servicio militar obligatorio, nos reconocen como iguales de importantes dentro del movimiento, sabiendo que todos y todas necesitamos involucrarnos desde nuestra alma, corazón y manos en la transformación de las practicas tanto cotidianas como políticas que soportan la guerra.

Notas

- [1] Giraldo, Jhon. "La Objeción de Conciencia en Colombia: una historia en movimiento" publicado en http://www.nodo50.org/moc-carabanchel/campa%F1as/objecion/15m04_colombia_agresion.htm, consultado en abril del 2007.
- [2] Página web de la Mesa de Mujer y Conflicto Armado en Colombia <http://www.mujieryconflictoarmado.org/lamesa.html>, Consultada en Abril del 2007
- [3] Página web de la IMP: <http://www.mujeresporlapaz.org/>, Consultada en abril del 2007

Las objetoras en el contexto colombiano

Alejandra Londoño Bustamante, Red Juvenil de Medellín

Soy objetora por conciencia, porque no creo que la objeción sea una figura jurídica de respaldo a una negativa, sino por el contrario una forma legítima de organización social y colectiva que propende inicialmente por el cambio de las y los individuos para la construcción de un proyecto de sociedad.

Me niego a continuar reproduciendo las prácticas patriarcales que sostienen la desigualdad y la exclusión, no soy objetora porque tema que mi hijo o mi hermano vayan a la guerra, soy objetora porque como mujer, aún sin empuñar un fúsil podría estar reproduciendo los patrones tradicionales que ponen a la mujer en un rol de sumisión, le seccionan sus sueños y su posibilidad de decidir, opinar y actuar, le ocultan el placer y la ponen en una postura esclavista de servicio a otros. Mi postura como objetora por conciencia va desde tratar diariamente de transformar esos elementos de la guerra que pasan por el sonido de las balas, pero además por transformar la minucia que me habita y responde a prácticas que finalmente son las que permiten que las armas sigan sonando.

Es constante escuchar por parte de militares, y de la población en general preguntas como: ¿Por qué mujeres objetoras, si son los hombres quienes van a la guerra? Y es precisamente acá donde nosotras con mayor fuerza hemos reivindicado que la objeción no es una exigencia que solo le compete a los masculinos.

La objeción no es una propuesta que se agote en lo evidente del conflicto armado, es una manera clara de lucha popular noviolenta, que plantea que para poder lograr las soñadas transformaciones, debe haber un cambio desde el individuo, una pregunta constante por las formas de construir poder con y para todos.

Declaración Sandra Murillo Marín

Me declaro objetora de conciencia por que no creo que la paz se logre con armas y practicas violentas (cualquiera que fuera), no creo que el camino sea reprimir, acatar ordenes, violar los derechos humanos y defender los intereses de los que están en el poder, como lo hacen todas estas estructuras militares legales o ilegales que solo mantienen una posición patriarcal que nos oprime y no nos permite avanzar con l@s otras personas que también quieren una transformación para el bien de toda la sociedad y no de unos pocos, por que no quiero ver mar muertes violentas, masacres, detenciones y demás que realizan todos estos que se hacen llamar defensores de los derechos humanos.

Me de claro objetora por que quiero que halla mas inversión social y se termine la inversión para esta maldita guerra.

Quiero ser libre y ver a l@s como pueblo que lucha en unidad por intereses comunes y no como mis enemig@s.

11 de febrero de 2007

Declaración de Estefanía Gómez Vásquez

Cómo pretender hablar de una postura política, de un contexto desgarrador y consumido por la violencia y la eliminación del otro para garantizar la supervivencia, cómo abordar la economía bélica, y la injusticia, cómo criticar un gobierno y unos medios de comunicación que nos venden la paz a través de la guerra, cómo distinguirme de quienes se muestran indiferentes al conflicto colombiano, y ante la pretensión tristemente humana de hallar placer en un poder que implica el perjuicio, la pobreza, la resignación y el miedo del otro. Cómo pretender definirme como objetora de conciencia, y pretender expandir aquí un discurso basado en un país y en las lógicas que lo dominan, sin reconocer que esa historia y que esas lógicas han sido tatuadas en mi propia historia, sin reconocirme primero, como una sujeto que tiene razones mucho más íntimas que un contexto político, social y económico para decidir estar en contra y no conformarme con expresarlo, para sentir la necesidad de proponer y construir alternativas para quienes como yo, creemos que las cosas pueden ser diferentes, que no todos le apostamos a la guerra y que no todos nuestros cuerpos, son máquinas de muerte.

Expresar mi condición puede resultar más simple de lo que yo misma pensé, se trata simplemente de querer ver y sentir cosas distintas, de ser parte de su construcción y convencerme día a día, de que las críticas nunca funcionan sino traen con ellas una propuesta, que los discursos cubren toda expectativa, y que nuestros actos siempre resultan más cortos que nuestras palabras, esto es lo que quiero cambiar, quiero construcciones silenciosas pero reales, quiero que mis actos no necesiten palabras para ser considerados en un mundo de discurso.

Entonces la objeción de conciencia no es limitarme a ser la contraria, ni la que se opone a una guerra que desborda completamente el alcance de mis acciones y mi propia naturaleza, simplemente no quiero hacer parte de aquellos cuya labor consiste en ir detrás de la guerra recogiendo sus escombros y de alguna manera, sin aportar mucho, hacerla sostenible, preparar el terreno para que vuelva a pasar y yo siga teniendo una labor moral en el mundo. Rechazo por esto, más

allá de la guerra, la indiferencia, la desesperanza, los brazos cruzados y los contentillos del discurso, escojo la crítica y la búsqueda constante.

Ser objetora de conciencia, es tatuarme un historia diferente en mi cuerpo, es expresar en cada uno de mis movimientos, que la guerra no es un reflejo de como quiero relacionarme con las personas, que la competencia no alimenta mi ilusión de poder y que el poder está precisamente en dejar preguntas, en abrir caminos, en ser pretexto para que otros crean y sepan que pueden llegar más allá de lamentos e indiferencia y que todo no está dado, que yo y cualquiera puede desobedecer a un contexto para obedecer a su convicción personal.

Esta declaración es sólo una excusa, una urgencia y un momento para decir que no pienso ceder mi espacio en el mundo, que mi cuerpo y mi mente se resiste a funcionar al unísono con aquello que se me vende, que se me impone y que no da explicaciones. Que este espacio me pertenece y que siento como mi deber y mi derecho hacer de él, lo que considero irremediable e inminente...creer en mí y en la gente que piensa más allá de su individualidad, creer en quienes comparten conmigo este reto. Quiero darle la cara a aquello que resulta más fácil ignorar cuando eres una víctima invisible de un juego de mesa para quienes nos hacen creer que jugamos a favor de la vida y la justicia, porque juego para mí, para lo que creo y para lo que siento; pues ser invisible no es un consuelo y mucho menos un privilegio, estoy aquí para quien quiera escucharme y pensar por un segundo cuántas cosas de su vida han sido en realidad su propia decisión, porque escuchar a mi conciencia y ser objeto de ella es mi decisión.

Estefanía Gómez Vásquez, noviembre de 2007

Me declaro objetora

El hecho de ser niña - ¡téngase bien en cuenta NIÑA, porque en este país resulta muy diferente ser niña que niño! - no implica que no vivamos los efectos de la guerra, el autoritarismo, la militarización de la sociedad y las políticas sociales, económicas y políticas.

De hecho somos las mujeres las que, incluso con mayor intensidad, nos vemos sometidas a una cultura que calla, educa para la sumisión y el servilismo y sobre todo somete al autoritarismo, la discriminación, el control, el temor, la represión, la jerarquización, la degradación, el empobrecimiento, la exclusión, la comercialización, que te niega como mujer, como ser, y que, en un sofisma de distracción, te hace creer sujeta de derecho.

Pero además de eso tenemos que sufrir los hermanos, tíos, primos, amigos, extraños que, en aras de garantizar las libertades de todos, deben unirse a un ejército, en donde su aprendizaje es odiar, maltratar, dejar de sentir, dejar de ser humano y que a fin de cuentas no resulta ser quien protege las libertades de cada uno de los ciudadanos de “nuestra patria”, sino por el contrario el encargado de coartarlas.

Un amigo, tío, primo, extraño que dejamos de ver durante un año o año y medio, según corresponda, porque hasta en este tipo de obligaciones todos no somos iguales. Que recibe un entrenamiento y una experiencia de vida que no compensa el tiempo de soledad, inseguridad, desasosiego, terror, desamor, humillación que se vive...

Afortunadamente, y realmente lo siento y lo expreso, afortunadamente algunos de mis familiares se abstuvieron a prestar el servicio militar obligatorio. ¿Por razones de conciencia? No lo sé, pero lo que sí sé, es que preferían resguardar sus vidas, trabajar, estudiar, amar, sentir, ser humanos, antes que entregar una parte importante de sus vidas, tan solo porque los obligan.

Ahora desde mi posición de mujer, desde lo difícil que resulta ser mujer, ME DECLARO OBJETORA DE CONCIENCIA, no solamente rehusándome a que existan ejércitos, como los de mi

país; también me declaro objetora a este modelo económico, social y cultural. Me opongo a las políticas de seguridad que se están implementando a nivel mundial, donde las prácticas de guerra son degradantes y el ser humano se convierte en el muñeco que se puede destruir.

Rechazo completamente un modelo que nos excluye y me niega a participar de esta sumisión impuesta, a un mundo que me dice qué hacer y que me degrada constantemente como mujer, a este patriarcado, a esta jerarquía...

Reivindico un mundo diferente, definitivamente diferente, donde yo, mi mamá, mi papá, mis hermanos, mis amigos, el vecino, la vecina, el campesino, el perro, el gato, la mata, la madre tierra, tengamos derecho a un vida digna con justicia y respeto, y para aquellos que somos humanos con libertad de conciencia, con la plena conciencia de no obedecer, porque yo no quiero obedecer...

Milena Romero Sanabria

La objeción de conciencia de las mujeres como estrategia contra el militarismo: conclusiones de las editoras

Por Ellen Elster and Majken Jul Sørensen, Internacional de Resistentes a la Guerra

En este capítulo final analizaremos los diferentes temas suscitados por los textos incluidos en la presente antología. En la introducción mencionamos que la objeción de conciencia tiene una interpretación más amplia y otra más restringida, y deseáramos explorar ahora estas ideas. Hemos visto que la mayoría de las mujeres que han decidido declararse objetoras de conciencia trabajan en el movimiento de objeción de conciencia mixto. Se nos ocurren dos razones que expliquen por qué se declaran objetoras: una es para visibilizar los análisis de las mujeres de lo que es el militarismo en el contexto de una organización dominada por los hombres; la otra es para convertir la objeción de conciencia en una estrategia contra el militarismo, estrategia coherente con las empleadas a menudo en los grupos de mujeres [1]. Dentro de ambos tipos de organización, mixtas y de mujeres, ellas señalan que feminismo y militarismo son mutuamente excluyentes. El tema incluye, no obstante, el debate sobre la conscripción de las mujeres, que surge cada vez que se aborda su emancipación en la sociedad.

Finalmente, contemplamos el futuro. Lo que nos llama la atención es cómo rompen las mujeres con el papel tradicional de cuidadoras dentro del movimiento de objeción de conciencia mixto, y cómo evolucionan a una crítica feminista clara y radical del militarismo. Dicha crítica podría allanarle el camino a los objetores de conciencia, pues la podrían utilizar para aprender a incluir el enfoque de género en su crítica al militarismo, algo que suele no ocurrir en el antimilitarismo de los hombres.

Enfoques de Objeción de Conciencia

En la introducción mencionamos brevemente que existen dos enfoques sobre la objeción de conciencia, uno más amplio y otro más restringido. Según el restringido, la objeción de conciencia es la negativa a participar en entrenamientos o servicios militares obligatorios. El más amplio va mucho más allá: tanto hombres como mujeres rechazan el militarismo y su influencia en la sociedad y todos los aspectos del sistema militar, negándose a participar en ningún tipo de actividad que pueda ser asociada con el sistema militar. En algunos lugares, personas que son objetoras de conciencia en el sentido restringido se ven obligadas a hacer en su lugar un servicio “civil” o no armado alternativo; quienes se niegan también a esto son llamadas “insumisas”.

Como hemos visto de las historias contadas aquí, la noción más amplia de la objeción de conciencia no es un fenómeno reciente. Lo ilustran los artículos de Suecia y Gran Bretaña. Es esta definición más amplia la que ha venido siendo apoyada desde hace muchos años en la Internacional de Resistentes a la Guerra (WRI-IRG). La cuestión es dónde trazamos la línea: ¿se podría decir que todos los trabajos por la paz equivalgan a ser objetora u objetor de conciencia? No lo creemos, porque si así fuera la objeción de conciencia sería algo demasiado amplio y abierto como para tener un significado.

Lo que sí queda claro de los textos de este libro es que las mujeres que se declaran objetoras de conciencia en este sentido amplio que comentamos hacen dos cosas simultáneas: en primer lugar, se posicionan individualmente, como persona que dice “soy objetora”; al tiempo objetan al militarismo y a la militarización de la sociedad en su conjunto, no sólo a cierto tipo de servicio que les afecta personalmente. Es una paradoja interesante que las feministas que subrayan la importancia de la responsabilidad colectiva para el mundo elijan un acto individual como método de lucha. La objeción de conciencia es algo que se originó en el pensamiento “occidental” y se encuentra vinculada al mismo grupo de ideas que los derechos humanos, que también hacen énfasis en la importancia de cada persona. Claramente, las mujeres construyen un puente entre lo individual y el grupo cuando animan a otras mujeres (y hombres) a hacer algo parecido, convirtiendo una negativa personal en una condición para la resistencia colectiva al militarismo. Queda aquí un tema por resolver: cómo distinguir las actividades de objeción de conciencia de las mujeres de las otras actividades que desarrollan en el movimiento. Una consecuencia natural de posicionarse personalmente contra todos los aspectos del militarismo es implicarse en más trabajos por la paz que cuestionan el militarismo. Como es natural, las mujeres que cuentan aquí sus historias no establecen una distinción entre su “objeción de conciencia” y sus “otros trabajos”, porque ven que la primera se encuentra íntimamente conectada a lo demás.

Coexisten, así, la comprensión más restringida y la más amplia de lo que es rechazar los ejércitos. Sí podemos constatar que el proceso no ha sido ir de lo más restringido a lo más amplio, en el caso, por ejemplo, de las activistas suecas, que adoptaron una postura más radical antes en el tiempo. Consideramos que el enfoque más amplio de la objeción de conciencia está presente en muchas de las historias aquí recogidas, sea implícita o explícitamente. Quedó claro en el caso sueco de Barbro Alving y en el caso de las absolutistas británicas durante la Segunda Guerra Mundial, quienes utilizaron el término absolutistas también para negarse a realizar trabajos alternativos, no sólo la conscripción al ejército, sino también otros trabajos en el sector militar-industrial así como el servicio civil sustitutorio. Y dijeron que lo hacían porque eso dejaría libres a los hombres para poder ingresar en el ejército. La misma situación se dio con las mujeres estadounidenses, aunque a ellas no las reclutaban. Apoyando a los objetores y ayudándoles en temas prácticos, estas mujeres consideraron que estaban luchando contra el militarismo. Las historias que escuchamos sobre la Segunda

Guerra Mundial, tanto de Gran Bretaña como de Estados Unidos, son normalmente de mujeres que ya tenían ideas pacifistas y antimilitaristas, y que ya habían participado en trabajos antimilitaristas antes de la guerra. En la actualidad, en muchos países que participan en alguna guerra pero que no tienen conscripción, vamos encontrando un número creciente de mujeres que desarrollan una actitud antimilitarista estando en el propio ejército, lo que nos lleva a pensar que es probable que algo así sucediera durante la Segunda Guerra Mundial... sólo que entonces no tuvieron la oportunidad de contar su historia.

Para el caso de Israel y de Eritrea, los dos únicos países que reclutan a las mujeres, cuando éstas se niegan a servir en el ejército se convierten en objetoras de conciencia en el sentido más restringido.

Se puede decir lo mismo de las mujeres estadounidenses que ingresan en el ejército “voluntariamente”. Abandonar el ejército antes de que termine el periodo del contrato por razones de conciencia es extremadamente difícil, pero sí existe la posibilidad de solicitar el estatus de objetora y pasar a ser una objetora en este sentido más restringido. Éste es el canal legal para ser objetora. Sin embargo, en la presente antología hemos recogido el caso de Stephanie Atkinson, que desertó (AWOL, ausentarse sin permiso) y pagó el precio legal de la desertión. Su texto ilustra bien cómo se puede diferenciar los dos sentidos de la objeción, así como lo difícil que de hecho es hacerlo. Esto se debe a que ella usa el término ‘objeción’ tal y como lo usa el ejército estadounidense, que le otorga este estatus a un número limitado de personas que quieren dejar el ejército por razones de conciencia. Con todo, tanto Stephanie Atkinson como Diedra Cobb son ejemplos de lo que llamamos objetoras de conciencia en el sentido amplio de la palabra.

En muchos países europeos, con o sin conscripción, las mujeres pueden ingresar en el ejército “voluntariamente”, lo que también significa que en Europa podrían darse casos de objetoras de conciencia en el sentido más restringido de la palabra. En Finlandia sabemos de algunos: las mujeres pueden ingresar voluntariamente, pero después de un periodo de prueba de 45 días es obligatorio cumplir con el servicio hasta el final. Algunas mujeres han solicitado el estatus de objetora pasado este periodo de prueba, y han tenido que realizar el resto del servicio en un servicio civil sustitutorio, como establece la ley para los hombres también. Sin embargo, en el 2009, una mujer que desea permanecer en el anonimato pasó a ser insumisa al negarse también a realizar el servicio civil sustitutorio porque consideró que el servicio “civil” era una prolongación del militar. Probablemente será condenada a dos semanas de cárcel [2].

Así pues, incluso las mujeres que son objetoras en el sentido más restringido de la palabra pueden considerarse objetoras en el sentido más amplio cuando su objeción es al militarismo en su conjunto, y no sólo a su papel en él. Idan Halili de Israel es un claro ejemplo de este tipo de objeción. En nuestra opinión, las

objectoras que lo son en el sentido más amplio de la palabra se habrían declarado insumisas si hubieran tenido que enfrentarse a un “servicio alternativo”.

Un enfrentamiento feminista con el militarismo

Muchos de los textos de esta antología defienden el enfoque más amplio de la objeción de conciencia porque consideran que el militarismo no es compatible con los valores feministas y que es contrario, además, a los intereses de las mujeres en la sociedad. No todas emplean la palabra “feminista” o “feminismo”, pero claramente usan su identidad como mujeres en sus argumentos contra el militarismo. Barbro Alving ilustra este caso. Para el de las objetoras en Israel, hemos visto cómo se evoluciona de las razones religiosas, a las de conciencia, posteriormente a las políticas y hoy a las que incluyen un posicionamiento feminista, como ilustran los textos de Shani Werner y Idan Halili.

Idan Halili fue la primera mujer israelí que se negó abiertamente por motivos feministas, lo que la llevó a la cárcel. Argumentó que el enfoque feminista no es compatible con medios violentos de resolución de los problemas; que el sistema militar hace daño a las mujeres tanto dentro del ejército como en el marco más amplio de la sociedad; que el alistamiento significa aceptar ser parte de un sistema basado en relaciones de poder y control que sistemáticamente, perpetúa la exclusión de las mujeres de la esfera pública y construye su lugar en la sociedad como secundario al de los hombres. Rechazó servir “igual que un hombre”, puesto que ella no busca una igualdad que refuerce los privilegios de los que disfrutaban los hombres: Idan Halili no desea participar en una organización que es fundamentalmente y por definición no igualitaria, y que se encuentra en total oposición a sus principios ideológicos y a su conciencia. Como feminista, Idan Halili declara que su obligación es construir alternativas civiles al ejército a través de las cuales ella y otras feministas puedan hacer su aportación a la sociedad, y esto incluye, sin duda, luchar por reducir la influencia del ejército.

Aunque Idan Halili y las otras mujeres de Israel se encuentran en una situación excepcional puesto que son reclutadas, pensamos que sus palabras recogen lo que les ha pasado a muchas otras mujeres cuyos escritos presentamos aquí. Aun procediendo de contextos y situaciones muy diferentes, todas encuentran una conexión entre la cultura militar y la actual estructura de poder jerárquico y el patriarcado. Se posicionan contra el militarismo entendiéndolo de manera amplia, y señalan el daño que éste le hace a las mujeres y a la sociedad en su conjunto. Lo hemos visto en la declaración de 1980 donde las mujeres se declararon insumisas manifestando que su emancipación no tenía nada que ver con el militarismo. En 1991 las francesas subrayaron la dominación masculina que se da en el ejército, la institución que reproduce el modelo patriarcal imperante en la sociedad. Hemos leído de Ferda Ülker, Turquía, cómo a las mujeres se las considera tradicionalmente en función de su relación con el ejército, como madres, hermanas, esposas y novias de los chicos que serán soldados. Hilal Demir

ha añadido a esto el problema del riesgo de la “masculinización” del movimiento de objeción de conciencia mixto, si se ignora la perspectiva feminista, pues el contexto turco es el de una sociedad altamente militarizada donde las mujeres están claramente marginadas. Así ocurre también en Corea.

En Latinoamérica, las mujeres de Paraguay y Colombia describen sus sociedades y las razones por las que se han hecho objetoras de manera parecida, pues ellas también ven que son las fuerzas armadas las que promueven la cultura de violencia que impera en su sociedad a través del militarismo, el patriarcado, el machismo, la sumisión y la guerra abierta. El ejército sostiene además las estructuras de la injusticia, el abuso de los derechos humanos y la explotación de los recursos que generan pobreza para la mayoría de la población. Las mujeres del movimiento de objeción de conciencia colombiano proponen alternativas a la guerra desde un enfoque amplio, al comprender la complejidad de la realidad colombiana. Andrea Ochoa mantiene que son las mujeres las que tienen mayor poder de convocatoria para las acciones públicas.

Dado que la crítica feminista del militarismo conlleva un enfrentamiento con el patriarcado y sus efectos, es lógico que las objetoras e insumisas feministas susciten también la crítica al concepto “heroísmo”. Es común que en el movimiento de objeción de conciencia se considere héroes o heroínas a los hombres o mujeres que son condenados a penas de cárcel por negarse a hacer el servicio militar. Idan Halili plantea lo problemático de esta visión, pues la considera una prolongación del esquema militarista que convierte en héroes a los hombres que hacen “sacrificios”: en este otro ámbito, se traslada a los objetores de conciencia que renuncian a (“sacrifican”) su libertad personal por sus ideas. Ella se niega a ser considerada una heroína por su lucha. Después de haber cumplido una condena carcelaria, se da cuenta de que no va a renunciar a sus principios aceptando su marcha del ejército en términos militares en lugar de los suyos propios, que son principios feministas que incluyen negarse a ser una heroína. Ferda Ülker también reflexiona sobre la tendencia a comparar los riesgos que corren objetores y objetoras: como los hombres pueden ir a la cárcel es más fácil que pasen a ser los héroes del movimiento. Considera que al hacer estas comparaciones y participar en este “juego de héroes”, las mujeres colaboran con la causa del militarismo. Hilal Demir manifiesta que la negativa de los hombres y su posterior encumbramiento a “héroes” pudiera resultar en que el movimiento creciera con más rapidez pero opina que es preciso diseñar estrategias que eviten este fenómeno, pues el heroísmo es un concepto militarista y masculino que debe ser cuestionado.

Diedra Cobb plantea un problema relacionado con éste. Aunque no cumplió tiempo en la cárcel, sintió que los grupos activistas que la ayudaron a salir del ejército no tenían interés en su persona y que la trataban como un caso a utilizar para promocionar los intereses de sus grupos. No analiza esta cuestión en el marco del feminismo, pero creemos que es otro ejemplo de cómo la

deshumanización militarista tiene repercusión en el movimiento por la paz.

Las historias de estas mujeres aportan un enfoque más amplio de la noción de la objeción de conciencia, se vea ésta en conexión con negarse a realizar el servicio militar o con que las mujeres se declaren objetoras fuera del marco legal. Y todas aportan una dimensión feminista al concepto. Todas señalan el ejército como una institución opresiva en su estructura y valores, que se impone en la sociedad en su conjunto, y cómo la masculinidad es una parte integral de esto. Consecuentemente, casi todas estas mujeres apoyan a los objetores de conciencia, como hemos visto en los ejemplos de Turquía y Corea. Una excepción por analizar es el caso de Alemania, donde muchas de las personas que se oponían al ingreso de las mujeres en el ejército en los años setenta y ochenta no cuestionaron la conscripción para los hombres, y por tanto, el sistema militar en su conjunto.

¿Por qué hacerse objetora de conciencia si no tienes que hacer el servicio militar?

La cuestión de por qué las mujeres se declaran objetoras cuando no tienen que hacer el servicio militar es central en este libro. Para comprenderlo, es preciso tener en cuenta las organizaciones de mujeres y su lucha por enfrentar el militarismo, y también el análisis que realizan sobre la sociedad donde viven, porque su reacción a lo que ocurre en las organizaciones queda influido por lo que pasa en el contexto más amplio de la sociedad, y viceversa.

Según los datos, las mujeres que se declaran objetoras suelen pertenecer a grupos mixtos, no a grupos de mujeres. Existen varios grupos y redes de mujeres claramente feministas, como Mujeres de Negro, Ruta Pacífica (Colombia) y la Liga Internacional de las Mujeres por la Paz y la Libertad (WILPF, en inglés). Como han elegido otras maneras de expresar su resistencia al militarismo, no podíamos incluirlas en esta antología.

Desde los años setenta especialmente, las mujeres de los grupos mixtos han tenido que crear su propio espacio como mujeres dentro de sus grupos, espacio concebido desde su análisis del militarismo y de sus experiencias como mujeres. Declararse objetoras fue una de las respuestas a esta situación. El debate sobre ser mujer en movimiento por la paz mixto, dominado por los hombres, empezó con el movimiento de liberación de las mujeres de los setenta y ochenta. Muchos grupos por la paz se centraban en el trabajo de los objetores e insumisos, y la IRG incorporó este debate. Las mujeres se negaron a ser “las encargadas de servir el café” o “quienes cuidaran el fuego del hogar” mientras los hombres estaban en la cárcel por objeción de conciencia. Tenían un papel propio en el movimiento. En 1980, las mujeres de la IRG se declararon insumisas: participan en las reuniones internacionales de la IRG, donde insistían en que el trabajo y la resistencia de las

mujeres a las guerras no consistía sólo en ayudar a los objetores. Muchas mujeres han experimentado invisibilidad porque el contexto es de una mayoría de hombres. Su necesidad de un espacio propio donde puedan generar temas desde los enfoques de las mujeres no ha sido respetada en la mayoría de los casos. Aquí hemos visto que el análisis feminista demuestra que la guerra y el militarismo nos afectan a las mujeres de muy diversas maneras, y que éstas no suelen ser las mismas a cómo les afectan a los hombres. La objeción de conciencia en sentido legal afecta mayoritariamente a los hombres, pero repercute en las mujeres no reclutadas también debido a cómo el patriarcado fundamenta el militarismo.

En países donde se recluta a las mujeres, ellas enfrentan problemas similares en sus propios movimientos a los de las mujeres que no van a ser reclutadas. Shani Werner, de Israel, señala que, en su experiencia, los objetores son encarcelados mientras que las mujeres quedan exentas de hacer el servicio militar. Pensa que así se militariza la resistencia a la leva, porque la objeción de las mujeres queda reducida a un tema individual, queda silenciada, o bien (tal y como ella lo llama) convertida en “una resistencia a servir el café”. En Turquía, los hombres intentan explicar la presencia de las mujeres en el movimiento de objeción de conciencia sólo por su relación con o de apoyo a objetores concretos. Las objetoras rechazan esta visión, que consideran clásica entre los hombres. Aunque obviamente apoyan la negativa de los hombres a hacer el servicio militar, principalmente están ahí para visibilizar el militarismo y para mostrar cómo éste penetra en todos los sectores de la vida social y de las relaciones sociales. Un argumento contra que las mujeres se declaren objetoras es que, al hacerlo, están aceptando implícitamente la lógica de la conscripción y del sistema militar. ¿Es posible rechazar el sistema adoptando su manera de concebir el mundo? ¿Por qué no se llaman las mujeres a sí mismas ‘resistentes a la guerra’ o ‘antimilitaristas’ en lugar de ‘objetoras’? Se podría hacer fácilmente con una campaña de cartas o en declaraciones públicas... ¿Por qué adoptan un término que es parte del sistema militar? Stephanie Atkinson apoya implícitamente esta crítica cuando dice que ella prefiere identificarse como una desertora orgullosa en lugar de como una objetora. Hilal, sin embargo, lo explica.

Hilal Demir señala que es común que se piense que el término ‘objeción’ ha sido inventado por situaciones legales creadas para el servicio militar obligatorio. Se sigue de allí que, si las mujeres no tienen que hacer el servicio militar, no pueden objetar. Sin embargo, ella cree necesario que exista una distinción entre el marco legal y una comprensión más amplia de la objeción de conciencia. Como explica, las mujeres cambian el significado de los términos al impactar en sus evoluciones. Con todo, se plantea la pregunta de si la plataforma de la objeción de conciencia es el lugar adecuado. Pensa que las declaraciones públicas de las 12 objetoras turcas contribuyeron al desarrollo de mayor sensibilidad en el movimiento y generaron debate en torno al concepto de objeción; que existe una necesidad no sólo de visibilizar a las mujeres en los movimientos mixtos, sino también de concienciarlas a ellas, además de a los hombres, pues todo el mundo

debería entender que las mujeres tienen sus propias razones para estar en el movimiento, y que tan necesario como tener en cuenta lo que piensan los hombres es tener en cuenta lo que piensan las mujeres.

En contraste con el caso de Turquía, en Paraguay las objetoras no encuentran oposición dentro del movimiento, según nos cuenta María Elena Meza Barboza. En alguna época de su historia, hubo más mujeres que hombres, lo que les dio legitimidad. Las mujeres tienen la misma voz, y utilizan el consenso como forma de toma de decisiones. Sin embargo, sí enfrentan reacciones adversas del exterior: críticas que apuntan a la incapacidad de la gente para entender cómo el militarismo afecta gravemente a las mujeres.

Como hemos visto, las reacciones dentro en las organizaciones y grupos donde participan las mujeres varían considerablemente. Sin embargo, las dinámicas internas sólo explican en parte por qué las mujeres deciden declararse objetoras de conciencia. Principalmente se trata de una estrategia de acción dirigida al conjunto de la sociedad, lo que suscita la cuestión de si el territorio de la objeción es, para las mujeres que desean enfrentarse al militarismo, una buena estrategia. ¿Sería un método eficaz para llegar a población y explicar qué es el antimilitarismo? ¿O corren el riesgo de que no puedan comprender sus análisis? Que las mujeres aborden un nuevo tipo de acción, que no es parte de las tradicionales del pacifismo, ¿podría implicar que se reduzcan las posibilidades de poder comunicarse dentro del propio movimiento?

Los textos aquí recogidos han presentado más argumentos a favor de las declaraciones públicas de objetoras que en contra, obviamente. Las mujeres turcas sostienen que los temas que suscita la objeción de conciencia de las mujeres han creado, de hecho, la posibilidad de que se dé un diálogo sobre el antimilitarismo. Al menos, la población ha formulado preguntas, aunque no comprendieran bien las respuestas. Las coreanas también manifiestan que el público en general sigue sin comprender por qué las mujeres se implican en temas del ejército. Ellas no se están declarando objetoras, pero han elegido una estrategia conjunta con los hombres, basada en mostrar el sufrimiento no sólo del objetor de conciencia sino también de la red de personas que lo rodean, lo que incluye a las mujeres. Es una forma de romper el silencio que impide que se oigan las voces de las mujeres en este tema, explica Jung-min Choi.

El sociólogo noruego Thomas Mathiesen [3] ha analizado la cuestión de cómo pueden los movimientos sociales tener repercusión en la sociedad. Una de sus averiguaciones es que las organizaciones que consiguen que su voz sea escuchada y comprendida son las que buscan el equilibrio entre, por un lado, no ser succionadas por la mentalidad imperante, desnaturalizando así su lucha, y por otro, evitar ser consideradas entes “marginales” a los que no es necesario prestar atención. Aplicando esta idea al caso de la existencia de objetoras allí donde no existe la conscripción, lo que pudiera funcionar dependerá en gran medida de las

circunstancias y de la habilidad de las mujeres para comunicarse con el resto de la sociedad.

Algo que se hace evidente cuando consideramos el conjunto de las historias aquí recogidas es lo importante que es entender la objeción de conciencia de las mujeres como reacción a lo que está ocurriendo a su alrededor. La objeción no se da en un vacío: siempre es una reacción a circunstancias externas, y a lo que es su contexto. Como ya se ha analizado, las mujeres están respondiendo al militarismo, y a menudo también, al tiempo, a la dinámica interna de sus propias organizaciones. Dicho eso, existen también otros contextos que debemos tener en cuenta. Uno es el movimiento por la paz en su conjunto en el país en cuestión. Según lo entendemos, las personas implicadas en la objeción no se oponen sólo al militarismo en sí; a menudo, son críticas también con la manera en que la mayoría concibe y lleva a cabo el “trabajo por la paz”, pues no lo consideran lo suficientemente personal y radical. Un segundo contexto en el que deben ubicarse es en el movimiento feminista, y en cómo perciben el militarismo las personas que se consideran feministas. Que existen diferentes concepciones sobre esto queda claro en la narración de la futura piloto de caza Alice Miller, de Israel. El tercer contexto es la sociedad, y cómo esa sociedad concibe el militarismo. Algunas mujeres viven en países donde el militarismo es muy visible ya que opera en muchas áreas del día a día, mientras que otras mujeres viven allí donde el militarismo es mucho menos evidente. Cómo se evalúe la eficacia de la objeción de las mujeres tendrá necesariamente que incluir la evaluación de su estatus en estos tres contextos, así como de su impacto en sus propias organizaciones.

¿Por qué la conscripción de las mujeres es incompatible con el feminismo radical?

Los valores militares son contrarios al feminismo y a los valores que las mujeres que aquí escriben esperan ver en su sociedad. Las historias de Estados Unidos y Eritrea muestran cómo afecta la vida en el ejército a las militares. Estas mujeres hablan de violación en un contexto donde no se respeta la diversidad ni la vida. También las mujeres que nunca han estado en el ejército aportan argumentos sobre por qué el ejército no es compatible con el feminismo radical. Sus historias sobre por qué decidieron declararse objetoras de conciencia son en sí argumentos contra la conscripción de las mujeres.

Las objetoras israelíes plantean esta cuestión cuando mencionan a Alice Miller, que fue una de las primeras en exigir los mismos derechos para las mujeres dentro del ejército cuando vio que la prohibían ser piloto de combate. Se argumentaba que el acceso a los puestos de combate más importantes, a menudo una condición previa para poder acceder a puestos más importantes dentro de las fuerzas armadas, le daría a las mujeres acceso a otros puestos de influencia en la

sociedad, lo que contribuiría aun más a reducir la opresión de las mujeres. Esta cuestión fue central en Europa a finales de los setenta y durante los años ochenta, concretamente, hasta que terminó la Guerra Fría. Otra Alice, Alice Schwarzer, de Alemania Occidental, se convirtió en un símbolo del debate en Europa entonces, cuando lanzó la idea de que la conscripción de las mujeres era necesaria para que las mujeres pudieran acceder a los puestos de mayor poder, donde sólo había hombres. Alice Schwarzer era la editora de la revista feminista Emma, muy respetada por sus posturas radicales y conocida voz de la emancipación de las mujeres. Por ello, estas declaraciones fueron una desagradable sorpresa para las mujeres antimilitaristas.

La declaración de las mujeres de la IRG, de 1980, las posicionó claramente contra la incorporación de las mujeres a las fuerzas armadas, pues rechazaron la idea de que su emancipación pudiera hacerse adoptando los papeles de los hombres en el patriarcado. Su análisis de la historia constata cómo los ejércitos siempre han aceptado y expulsado a las mujeres según sus necesidades. En la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, se animó a las mujeres británicas a ocupar los puestos de los hombres en la sociedad civil, y se las aceptó incluso en el ejército, para luego, finalizada la guerra, devolverlas a las cocinas. En un artículo de 1981 de Spare Rib [4], titulado “¡No a la igualdad en el Ejército!”, Lesley Merryfinch cuenta que las mujeres pasaron a cubrir las vacantes de los hombres en las fábricas de armas y demás industrias relevantes entonces. Incluso el cuidado de las niñas y los niños se convirtió en parte de los “esfuerzos de la guerra”. Las mujeres que participaron en los ejércitos de liberación, por ejemplo, el eritreo, vivieron experiencias similares. Las historias de Ruta Yosef-Tudla y Bisrat Habte Micael refutan los argumentos de que el servicio militar trae consigo un alto nivel de liberación para las mujeres, a pesar de que las mujeres accedieron a este ejército en nombre de la igualdad. Lesley Merryfinch menciona, asimismo, el caso de Alemania, donde las mujeres eran reclutadas para trabajos de salud en las fuerzas armadas a finales de los años setenta. Esto desató numerosas acciones protesta por parte de las feministas radicales, como manifestaciones y campañas de envío de postales, tal y como se recoge en los textos procedentes de Alemania publicados aquí.

Otras voces dentro del movimiento feminista, tanto de hoy como del pasado, señalan la violación como norma dentro del ejército. En Estados Unidos, las mujeres han denunciado abiertamente casos de violación y acoso provocados por sus compañeros [5]. En la introducción a los casos estadounidenses, Joanne Sheehan ha señalado que aunque muchas mujeres han vivido experiencias traumáticas de agresiones de este tipo, muy pocas están dispuestas a hablar de ello por lo muy doloroso que es. Diedra Cobb sólo menciona que sufrió estos abusos. Como argumenta Idan Halili, si las mujeres quieren abrirse camino en el ejército, tendrán que ajustarse a la norma del soldado de combate, del “combatiente”, y esa norma está poderosamente identificada con el estereotipo de masculinidad imperante.

El debate sobre el ingreso de las mujeres en las fuerzas armadas se sigue dando en algunos países, y las posturas a favor y en contra no han cambiado mucho. Tali Lerner nos ha contado cómo es ese debate en Israel.

Un debate comparable ha sido un tema candente en Noruega en estos últimos cinco o diez años. En Noruega existe el servicio militar obligatorio para los hombres, aunque el número de soldados profesionales está incrementando debido a las misiones de la ONU y de las fuerzas europeas en otras partes del mundo. Al mismo tiempo, se está produciendo un debate sobre si extender el servicio militar obligatorio a las mujeres, no porque les falte personal (de hecho, sólo uno de cada cuatro hombres son reclutados), sino en nombre de la igualdad. Un salto generacional parece influir en las posiciones que hay en este tema. Las mujeres socialistas más jóvenes defienden que es importante para la igualdad que las mujeres hagan el servicio militar obligatorio. Al tiempo, también se declaran antimilitaristas, y dicen “No a la OTAN”. También están en contra de la participación noruega en la guerra de Afganistán. Sus argumentos son los mismos que los de Alice Schwarzer hace 30 años y que los de Alice Miller hoy, aunque con matices, pues Alice Schwarzer se declararía objetora de conciencia (en el sentido restringido del término) y Alice Miller no. La generación más vieja de antimilitaristas en Noruega rechaza la posibilidad de que el ejército pueda cambiarse desde dentro. Muy al contrario, piensan que la idea de que las mujeres “lo suavicen” es absurda. Aceptar la conscripción para hombres y mujeres significa aceptar el ejército como institución, y el militarismo en general. Más mujeres en el ejército provocaría probablemente que las ideas del militarismo se extendieran en la sociedad. Sin embargo, sí existe una apertura al tema de la conscripción de hombres y mujeres en un marco más amplio de la defensa, el que permitiera un servicio de paz alternativo y formación en defensa noviolenta. [6]

En Noruega, la resolución de la ONU número 1325, “Mujeres, paz y seguridad”, es utilizada para legitimar la necesidad de reclutar a las mujeres al servicio militar activo, y además se presenta la visión de que los hombres y las mujeres se complementan mutuamente. El argumento a favor de que se reclute a las mujeres es que ellas están mejor capacitadas para ocuparse de las mujeres traumatizadas de las zonas de guerra, argumento que ha sido también utilizado por la ex ministra de Defensa, Anne-Grete Strøm-Erichsen. [7]

Berit von der Lippe [8], investigadora noruega del tema Cultura y Lenguaje, abordó el debate considerando los conceptos utilizados para legitimar la participación de las mujeres en el ejército, en especial, en misiones en el extranjero. Recoge palabras como “seguridad humana”, “obligaciones morales”, “trabajando por la paz y la resolución de los conflictos”. El ministerio de Defensa está legitimando que se amplíe el servicio militar obligatorio a las mujeres en nombre de la democracia y los derechos humanos, y según su análisis, esto disfraza lo que está ocurriendo de hecho: guerra y ocupación, temas ubicados en

una esfera muy distinta, la de la política de poder que lideran los hombres. Para ella, que se amplíe el servicio militar a las mujeres conseguirá la igualdad de convertirlas también agentes de la agresión que mantienen una actitud post-colonial carente de perspectivas sobre la situación de las mujeres fuera de Occidente.

Esperamos que este debate se pueda dar en más países. Aunque se encuentra conectado al tema de la conscripción de las mujeres en Noruega, los argumentos serán los mismos. Para nosotras, esto también significa que la objeción de las mujeres al militarismo pasará a cobrar mayor importancia que nunca antes. Asimismo, compartimos que el lenguaje empleado por los ejércitos occidentales disfraza lo que en realidad se está diciendo con palabras que hablan de las buenas intenciones de las guerras “humanitarias”, los ejércitos que imponen la paz, las guerras en defensa de la democracia y contra el terrorismo. Pudiera ser que la abierta agresividad y masculinidad del ejército sea más patente fuera de Noruega, pero ya lo recoge Cynthia Cockburn [9]: las guerras humanas tratan de la violencia, y la violencia genera más violencia.

El futuro de la objeción de conciencia de las mujeres

En esta antología, las autoras plantean poderosos argumentos que explican por qué se declaran objetoras de conciencias públicamente. Una de las razones por las que encontramos que su activismo alienta a todo el mundo es porque se posicionan muy claramente en el antimilitarismo: adoptando un término que suele ser interpretado en un sentido muy restringido (el término legal), lo destripan, lo expanden, llenándolo de muchos otros contenidos las mujeres consiguen explicar el problema del militarismo con mucha claridad, vinculándolo estrechamente con el patriarcado, la jerarquía y la violencia. Según lo entendemos nosotras, estas activistas rescatan el concepto para devolverlo a su lugar legítimo, el activismo pacifista. Cynthia Enloe en su prefacio señala cómo las mujeres están investigando abiertamente las operaciones diarias del patriarcado dentro de los movimientos de objeción de conciencia nacional e internacional. Estos movimientos han ayudado a persuadir a muchos hombres que consideran la objeción de conciencia de que es preciso incluir la autocrítica a su propio comportamiento, pues siempre puede reflejar aprendizajes de la masculinidad patriarcal.

La objeción de conciencia implica mucho más que la negativa a hacer el servicio militar. Puede incluir la objeción por razones de conciencia a la guerra y también a la preparación de la guerra. El hecho de que la objeción de conciencia esté legalizada en algunos países no se debe a la buena voluntad del ejército sino a la fuerte presión de objetoras y objetores de conciencia y de personas que les apoyan y que han luchado por la existencia y en defensa de esta opción. Declararse objetora, u objetor, es al tiempo algo muy personal y un compromiso contra el militarismo, que se ve como causa raíz de numerosos problemas en el

mundo.

La mayor parte de los casos de mujeres que se declaran objetoras de conciencia parecen darse en sociedades muy militarizadas. ¿Refleja esto que sea “más fácil” ubicarse contra el militarismo cuando éste es más visible que cuando su influencia está más disimulada? ¿O es sólo coincidencia? No lo sabemos pero sospechamos que así pudiera ser. Esperamos que con la publicación de este libro hayamos contribuido a la visibilización de estas activistas, para que así su trabajo sirva de inspiración a mujeres que estén contra el militarismo en sociedades donde éste no sea tan evidente. No obstante, nuestra propuesta no trata sólo de que se imiten las declaraciones aquí incluidas. Lo que proponemos es que las mujeres reflexionen sobre cómo se puede luchar de la manera más eficaz contra el militarismo de su Estado. En muchos lugares donde no existe la conscripción, tendrá bastante sentido considerar este tema en movimientos mixtos. En lugares donde han abolido recientemente la conscripción de los hombres, como en muchos Estados europeos, quizá sea posible aprovechar experiencias y estructuras de anteriores movimientos de objeción de conciencia; quizá haya que construir otras nuevas. Para los casos que consideren los análisis feministas, puede ser mejor inspirarse en grupos y redes del movimiento feminista. En cualquier caso, como el militarismo hace daño a mujeres y a hombres, siempre será buena idea incluir a los hombres en el rechazo a los ejércitos. El tema principal será identificar cómo el militarismo y sus “primos”, el patriarcado y el sexismo, afectan a las relaciones personales de cada mujer y a su posición en su sociedad. La segunda cuestión será buscar a gente que comparta el mismo interés, para trabajar con ella y organizar una estrategia eficaz frente al militarismo desarrollado en el país donde vivan. Una primera acción podría ser la de sacar a la luz las conexiones entre militarismo, patriarcado y sexismo.

Es muy posible que las mujeres que se consideran objetoras de conciencia sigan siendo minoría durante mucho tiempo en el movimiento feminista y pacifista. Queda por ver si esta minoría crecerá. Podría ser útil que las objetoras vean si es posible identificar un espacio común desde el que se puedan acordar corrientes de trabajo, para trascender las diferencias planteadas por las innumerables caras del militarismo al que se enfrentan. De este modo, su presencia escasa numéricamente y dispersa no les hará sentir aislamiento, porque en conjunto podrán ir analizando el militarismo más allá de cada Estado, llegando a reflejar el que impera a nivel mundial. La IRG, con su historia de resistencia radical al militarismo y de apoyo a las objetoras y los objetores de conciencia, tiene la posibilidad de desempeñar un papel importante en el desarrollo de este análisis y en la red de apoyo.

Los textos incluidos en esta antología describen experiencias de mujeres como objetoras de conciencia en los diferentes contextos en que viven cada una de ellas. Las historias son de diferentes lugares del mundo, y se han escrito desde experiencias particulares, privadas, aunque ilustran el mismo tipo de desarrollos

y manejan conceptos muy similares. Nos ha sorprendido que ninguna narración haga referencia a otras de estas experiencias. Como señala Cynthia Enloe, cuando las mujeres actúan como un colectivo, a menudo sacan a la luz nuevas curiosidades: nuevas líneas de investigación, de información y conocimiento, de consciencia. Por lo que queremos concluir aquí con la esperanza de que la presente antología pueda inspirar a las mujeres para que se impliquen en el desarrollo de una nueva consciencia colectiva sobre lo que es el militarismo y la guerra.

Notas

- [1] Cynthia Cockburn: From where we stand. War, Women's Activism & Feminist Analysis (Desde donde nos ubicamos: la guerra, las activistas y el análisis feminista). Zed Books 2007.
- [2] Helsinki Times 9 diciembre 2009 y CO-update enero 2010, nº 53
- [3] Mathiesen, Thomas "Makt og motmakt", (Poder y contrapoder), Pax forlag, Oslo 1982
- [4] Spare Rib, marzo 1981.
- [5] Cynthia Enloe: Does Khaki become you? The Militarisation of Women's Lives (¿Te sienta bien el caqui? La militarización de las vidas de las mujeres), Londres, Pluto Press 1983; Cockburn op.cit.; Helen Benedict, Army Cpt. Jennifer Machmer: "Why Soldiers Rape. Culture of misogyny, illegal occupation, fuel sexual violence in military" (Por qué violan los soldados. Cultura de misoginia, ocupación ilegal, alientan la violación en el ejército) <http://www.inthesetimes.com/article/3848/> Descargado el 14 de agosto 2008.
- [6] Carta del WILPF-Noruega a Anne-Grete Strøm-Erichsen, ministra de Defensa noruega, 28 mayo 2009.
- [7] Fue ministra de Defensa del 2005 al 2009.
- [8] Klassekampen, 10 abril 2007
- [9] Cynthia Cockburn: From where we stand. War, Women's Activism & Feminist Analysis. Zed Books 2007.

Otras publicaciones de la Internacional de Resistentes a la Guerra



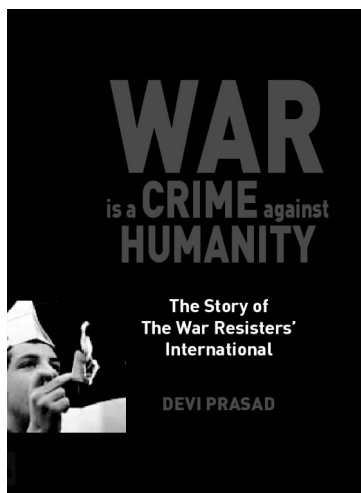
Manual para Campañas Noviolentas

ISBN 978-0-903517-23-2

Junio de 2010, 160 paginas, £6.50

El cambio social no sucede solo, este es el resultado del trabajo de gente comprometida luchando por un mundo de justicia y paz. Este trabajo se gesta en grupos o celulas de activistas, en discusiones, en sesiones de entrenamientos, en la reflexion de experiencias previas, en la planificación, en la experiencia y aprendizaje con otros. El prepararnos para nuestro trabajo por la justicia social es vital para su éxito.

Este manual compartelo que gente ya ha desarrollado a partir de contextos diferentes.



War is a Crime Against Humanity

The Story of War Resisters' International

By Devi Prasad

ISBN 978-0-903517-20-1

2005, 558 paginas, £18

Esta historia sigue el desarrollo de la IRG desde un movimiento centrado principalmente en la objeción de conciencia a la guerra, hasta uno que combina esta inquietud con un compromiso en la promoción de la acción colectiva noviolenta tanto contra la guerra como contra la opresión.

Visita la Internacional de Resistentes a la Guerra en <http://wri-irg.org> para más información

Sobre la Internacional de Resistentes a la Guerra



Fundada en 1921, WRI es una red de organizaciones, grupos e individuos que suscriben la declaración de WRI:

La guerra es un crimen contra la humanidad. Por ello me comprometo a no apoyar ningún tipo de guerra, y a luchar por la eliminación de todas sus causas.

WRI existe con la intención de promover la acción contra la guerra, así como también para apoyar y poner en contacto, a través de todo el mundo, a las personas que se niegan a tomar parte en la guerra o en su preparación.

Noviolencia

La IRG abraza la noviolencia. Para algunas personas, la noviolencia es una forma de vida. Para toda la IRG, es una forma de acción que defiende la vida, alza la voz contra la opresión, y reconoce el valor de toda persona.

La noviolencia puede conjugar la resistencia activa, incluida la desobediencia civil, con el diálogo. Puede combinar la no cooperación -retirada del apoyo a un sistema de opresión- con el trabajo constructivo para crear alternativas.

Como forma de implicarse en el conflicto, la noviolencia trata de empoderar a quienes se hayan en la base de la sociedad e incluir a personas de diferentes partes en la búsqueda de una solución.

No a la guerra

La IRG nunca dará su apoyo a ninguna clase de guerra, sea emprendida por un Estado, por un "ejército de liberación", o bajo los auspicios de las Naciones Unidas, aunque sea llamada "intervención militar humanitaria". Las guerras, por muy noble que sea la retórica, son usadas invariablemente al servicio de ciertos intereses políticos o económicos. Sabemos adónde conducen las guerras: al sufrimiento y la destrucción, a la violación y el crimen organizado, a la traición a los valores y a nuevas estructuras de dominación.

Contacto:

War Resisters' International - Internacional de Resistentes a la Guerra
5 Caledonian Road
London N1 9DX
Britain
Email info@wri-irg.org
Web <http://wri-irg.org>

MUJERES OBJETORAS DE CONCIENCIA: UNA ANTOLOGÍA

"Esta antología es más, mucho más que una mero collage de experiencias de mujeres en el movimiento por la objeción de conciencia de los hombres al servicio militar obligatorio. Es más, incluso, que un relato de la lucha de las mujeres contra su propia conscripción. Porque lo que vemos aquí son mujeres, en diversos momentos, en uno y otro país, creando por sí mismas el concepto, el análisis y la práctica de un antimilitarismo feminista diferente. Centradas inicialmente en el reclutamiento, se dan cuenta pronto de que la militarización no es sólo la existencia de los ejércitos. Ésta permea y deforma la vida cotidiana de miles de formas. Todas las personas estamos militarizadas, todas podemos ser objetoras de conciencia. Como expresa Ferda Ülker de Turquía en su declaración, "puesto que el militarismo está empeñado en influir en mi vida, yo estoy empeñada en continuar mi lucha. ¡Me niego!"

Cynthia Cockburn, Mujeres de Negro, Londres, autora de From Where We Stand War: War, Women's Activism and Feminist Analysis. Zed Books. 2007.



"Desde la nativa americana Tina Garnanez que, tras presenciar "cuerpos desfigurados, miembros reventados, soldados que perdieron su salud mental" en Iraq, decide abandonar el ejército y "no luchar por los intereses petrolíferos de nadie", hasta Idan Halili, que declara ante el Comité de Conciencia del ejército israelí basándose en una "objeción feminista", definiéndola como "una objeción a todos los ejércitos, más que a una determinada política de gobierno", pasando por mujeres colombianas, francesas, coreanas, paraguayas y turcas que redefinen la objeción de conciencia como el rechazo a tomar parte en el militarismo en sentido amplio, más que en la conscripción en sí misma. Esta antología ofrece una amplia muestra de imaginativas y transformadoras respuestas de mujeres de todo el mundo al servicio militar, la guerra y el militarismo que invita a la reflexión. Su radical reteorización del militarismo con una perspectiva feminista nos recuerda la centralidad de las mujeres en los procesos de militarización, así como su poder para darle la vuelta a los procesos de militarización y para contribuir a recreaciones radicales de un mundo donde la violencia, la guerra, el patriarcado, el sexismo, el heterosexismo, y otras forma de dominación, no se den por sentadas."

Ayşe Gul Altınay, antropóloga, Universidad de Sabanci, Turquía, autora de The Myth of the Military-Nation: Militarism, Gender and Education in Turkey. Basingstoke, 2006.

ISBN 978-0-903517-24-9

